

68

HISTORIAS IRREPARABLES

Jules Jimes Duval

Jules Jimes Duval (Estrasburgo [Francia], 1975) era hijo de madre española y de padre francés, un pastor protestante que se suicidó cuando Jules tenía once años. David, tío de Jules por parte materna, se hizo cargo de él poco tiempo después del suicidio de su padre. Ambos, entonces, se trasladaron a Suiza, al pueblo de Silenen, en el cantón de Uri. Jules vivió con su tío hasta los diecisiete años. A esta edad el joven Jules se fue a Ginebra para estudiar Filología Hebrea. Durante el cuarto año de sus estudios conoció a Madelaine, joven de familia acaudalada. Se casaron en 1996.

Cuando acabó sus estudios Jules fue contratado como profesor de Historia Antigua en la Université de Periguxen. Apenas estuvo medio año. Fue expulsado de su puesto por motivos que tanto la universidad como Jules mantuvieron en secreto.

Su esposa Madeleine le procuró la serenidad y la seguridad económica necesarias para que Jules se consagrara a su pasión, la escritura. Solo había publicado un libro de relatos breves y algunos cuentos en revistas literarias de Ginebra cuando la mañana del ocho de agosto de 1999 desapareció. No se supo nada de él hasta que en el invierno del 2007 un excursionista encontró su cuerpo congelado en un bosque del cantón de Uri.

Su escasa obra publicada irradia soledad e incomunicación, atenuadas siempre por un peculiar sentido del humor. Nada conocemos de la mayor parte de sus escritos. Fueron hallados junto al cuerpo del escritor, dentro de su mochila. Contenía once cuadernos manuscritos y numerados. El primero de ellos fue publicado con el título: "Relatos del hombre que murió congelado en un bosque de abetos". Ahora publicamos el contenido del segundo cuaderno, sesenta y ocho historias cortas caracterizadas por el fracaso y el absurdo.

CONTENIDO

AGOSTO
ENDEMONIADOS
EL CHIN JAPONÉS
EL HOMBRE FLEXIBLE
EL HIJO
UNA SALIDA
EL MÉTODO
UNA SITUACIÓN INCÓMODA
EL JUICIO
CONFUSIÓN
EL PACIENTE
EL JILGUERO
UNA PEQUEÑA DECISIÓN
HOMBRES EQUIVOCADOS
LA CONFERENCIA
EN UNA ENCRUCIJADA
EN TINIEBLAS
DEL HOMBRE Y OTROS ANIMALES
EL APRENDIZ DE HISTORIADOR
EL CORONEL
¿CÓMO EMPEZAR?
UN DÍA FRÍO
CREPÚSCULO
VAGABUNDOS
UN INSTANTE DE LUCIDEZ
UNA IMAGEN

UNA HISTORIA IMPOSIBLE
UNA ENTREVISTA
ELLA
DOS HOMBRES
OBJETOS
LOS PRISMÁTICOS
CABEZA DE MARTILLO
UN HOMBRE SOLITARIO
DECADENCIA
EL MUERTO
UN DÍA BELLÍSIMO
UNA MUJER JOVEN
ABRIL
EN ESTE MOMENTO
CRISTINA
UN HOMBRE DUPLICADO
UNA SITUACIÓN EXTRAÑA
HOMBRE DE POCA FE
EL CÍRCULO
EN LA TRINCHERA
EL CURSILLO
LOS RESUCITADOS
INTENTO BIOGRÁFICO
UN INTENTO DE CONFESIÓN
EL CRONÓMETRO
PREJUICIOS

EL PLAN
AQUEL HERMOSO Y LOCO MUNDO
UN HOMBRE CONSERVADOR
EN LA CIUDAD
AMENAZAS
EL SIMULACRO
LA CASA ABANDONADA
LAS CUATRO GRANDES RELIQUIAS DE
AQUISGRÁN
EL GITANO
UN COMPLEJO ENCARGO
TRAMPAS
HABITACIONES
EN LA BIBLIOTECA
SÓLLER
EL VIAJE
MANUALES

«No, señor, un hombre no
emprendería nunca grandes cosas si
pudiera divertirse con pequeñas
cosas».

JAMES BOSWELL. La vida de Samuel Johnson.

AGOSTO

¡Señores, ya pueden irse aquellos que han sido atendidos! Nadie salió de la sala. Allí seguían aquellas personas grises sin saber qué esperaban. Yo pensaba en algunas cosas mientras miraba a esos desgraciados. Había pasado el mes de agosto metido en casa. Cada cuatro o cinco días, cuando se acababa el pan, salía un momento a comprar pan para otros cuatro o cinco días y volvía a casa. Me sentaba en la terraza, en mi cómoda silla plegable. Veía pasar todos esos aviones y me preguntaba dónde iba toda aquella gente. ¿Es que no tenían nada mejor que hacer?

El inspector vino otra vez. Me dijo que había observado a las personas de la sala y que le parecía que tenían un profundo aburrimiento. Salí otra vez de la oficina y fui a la sala. ¡Señores, por favor, aquellos que han sido atendidos pueden irse, ya no hacen nada aquí! Nadie se movió. Hubiera asegurado que no me escuchaban. Entré en la oficina.

Así fue, durante el mes de agosto no me relacioné con los hombres. Fui bastante dichoso. Las preocupaciones se redujeron un noventa por ciento.

Miraba de vez en cuando a través de la cristalera. En efecto, aquellas personas tenían un profundo aburrimiento. El inspector volvió; me preguntó qué había hecho al respecto. ¿Al respecto de qué? ¿Cómo va a hacer algo al respecto si no sabe al respecto de qué es? Usted ha bajado su rendimiento alarmantemente.

Sí, en la terraza me tumbaba en la silla plegable y miraba el cielo. ¡Qué agradable era estar allí en agosto, en un lugar tan acogedor! ¿Por qué me iba a ir de la ciudad durante mis vacaciones como hacían otros? Los días pasaban con una monotonía dichosa. Agosto fue un largo y bello día. El pan me duraba cada vez más. La segunda quincena de agosto solo salí de casa un día. No fue agradable. Tuve un encuentro con un conocido. Me entretuvo una media hora contándome sus vacaciones. Los hombres creen que lo que hacen es de lo más interesante. Tratan de compartir gustos. ¿A quién le interesan las cosas que otros hacen y sus gustos?

El inspector entró muy enfadado. Llegó a amenazarme. De buena gana hubiera metido al inspector en una botella.

Salí de la oficina. Entré en la sala. ¡Señores, me ponen en un aprieto, dificultan mi trabajo! Por favor, aquellos que ya han sido atendidos pueden irse. Nadie se movió. Pregunté si no habían llamado todavía a nadie. Silencio. ¿Qué estaba pasando? Pregunté a un viejo. Se asustó. Hizo unos movimientos con las manos que no comprendí. Volví a la oficina. A través de la cristalera observaba a aquellos hombres. ¿Todo para qué? ¿Qué provecho sacaban aquellas personas de esto?

Creo que en agosto fui todo lo dichoso que pueda ser. Aquí, en la oficina, comparaba mi situación de antes, en agosto, con la de ahora. Me daba cuenta de que estaba metido en un asunto desdichado y sucio. Apenas unos días antes yo había vivido de otra manera, una manera apropiada. Ahora yo era un

hombre como todos aquellos hombres, luchando sin armas para salir adelante.
Hace poco tiempo fui dichoso en una isla de agosto.

ENDEMONIADOS

Según el exorcista del Vaticano, el padre Albertino Beppo, es muy probable que Stalin y Hitler tuvieran el demonio dentro. Según el padre Albertino Beppo, Hitler y Stalin... ¡Basta! Él se levanta con dificultad —lleva veinte horas encamado— y siente un dolor agudo en las dos plantas de los pies. Bastaría con «siente un dolor agudo en las plantas de los pies». Las ardillas han abierto la jaula y suben por las paredes como los endemoniados. Así dice el padre Albertino Beppo: «Es muy probable que Hitler y Stalin fueran poseídos por el maligno». El demonio no solo puede entrar en una persona, sino también en grupos y pueblos enteros. Gracias a Dios, basta con echar un puñado de piñones dentro de la jaula para que las ardillas vuelvan a ella. Entonces con ellas, las ardillas, dentro de la jaula, cierro la puerta. No resulta tan sencillo con los endemoniados. Pío XII trató de hacer un exorcismo a Hitler desde el Vaticano. El padre Albertino Beppo dice que esto resulta imposible. También me dolían las articulaciones; este dolor apareció después; primero fueron las plantas de los pies y luego las articulaciones. Empieza a llover. Abro la ventana para escuchar el sonido de la lluvia. La lluvia no tiene el demonio dentro. El olor de la tierra mojada entra en la casa. Las ardillas están alborotadas. No creo que esto, por ahora, sea un motivo de preocupación. Encenderé el fuego. El fuego de la chimenea calienta únicamente esta habitación. Es suficiente. ¿Qué tengo yo que ver ahora con las otras habitaciones de la casa? En invierno enciendo la chimenea. El fuego calienta esta habitación y las otras habitaciones están frías como deben de estarlo los endemoniados. A veces —hoy tal vez—, las ardillas se ponen nerviosas. Entonces llevo la jaula a la habitación de los aparejos. Allí, con el frío, las ardillas se apretujan y forman una bola de pelo. La bola aumenta y disminuye con la respiración de las ardillas. Mientras que unas inspiran otras espiran y la bola se deforma, ni siquiera así, ellas, las ardillas, pueden llegar a un acuerdo.

El padre Albertino Beppo murió a la edad de noventa y dos años. Dejó escrita su experiencia contra el demonio. Asegura el padre Albertino Beppo que el maligno dispone de puentes para entrar en el cuerpo de un hombre, así la invocación de los espíritus y ciertas prácticas alrededor de una mesa que no me atrevo ni siquiera a nombrar.

Hoy llueve. Sí, así sucederá, encenderé la chimenea y la habitación..., estar aquí en la habitación caliente mientras las otras habitaciones están frías como habitaciones muertas o endemoniadas. Escucharé la lluvia y olvidaré el dolor de las articulaciones y de las plantas de los pies. Al final del día me diré: «No será porque no lo has intentado». Por las noches las ardillas están inquietas. Últimamente he logrado que se tranquilicen un poco. Antes era un alboroto continuo, ahora tienen momentos tranquilos; ellas, las ardillas, son muy

nerviosas. Creo que ellas, las ardillas, por las noches ven cosas que yo no veo. Ellas, las ardillas, por la noche ven cosas que yo no veo, y esta es la causa de su alboroto, aunque por el día también se alborotan. La inquietud del día es diferente a la de la noche.

Así se explica la maldad y el dolor que Hitler y Stalin trajeron al mundo y cómo millones de personas fueron seducidas por ellos. El padre Albertino Beppo dijo que «era probable», pero me parece que no dudaba de las posesiones demoníacas de Stalin y Hitler. Antes de la posesión Hitler quería ser pintor; Stalin estudió en el seminario. También los dos, Hitler y Stalin, fueron niños, es algo que suele olvidarse. ¡Basta! Él enciende el fuego y se sienta al lado del fuego. Tiemblan, él, el fuego y ellas, las ardillas. La habitación empieza a calentarse. Las otras habitaciones de la casa están frías.

EL CHIN JAPONÉS

Él, el perrito, era un chin japonés. Él, el hermano de B., se encaprichó de un chin japonés cuando vio uno por primera vez. Compró un chin japonés y trajo al perrito desde Japón a Bélgica. Él, el hermano de B., tenía sus momentos de acaloramiento. A veces aunque él, me refiero al hermano de B., tuviera un capricho, si no estallaba rápidamente el momento de fogosidad relacionado con su capricho, él, el capricho, se quedaba solo en capricho-intención. Esta vez tuvo un fuerte ataque de acaloramiento relacionado con el chin japonés, de modo que a los tres días del ataque el chin japonés estaba en Bélgica, desorientado, como es fácil de entender. Ellos, él, el hermano de B. y ella, la propia B., tuvieron sus dudas cuando vieron al chin japonés. En el mundo de los hombres, él, el chin japonés, parecía un perro con algún síndrome. Dudaron. Decidieron que meter al chin japonés en el avión de vuelta a Japón no lo meterían. Antes de esta decisión hubo un intercambio de impresiones. Mientras esto sucedía él, el chin, se mostraba inquieto, no ya desorientado. En mitad del intercambio él, el chin japonés, sin mediar palabra, vació su vejiguita en la alfombra. Después expulsó dos bolitas pastosas. Tal era la situación creada a partir del capricho. El intercambio de impresiones se alargaba. En el fondo él y ella sabían que se quedarían con el chin. Por mucho empeño que ponga ella, la hermana, no comparte los caprichos de él, su hermano, y empeño, ella, pone mucho; si no fuera así ya no vivirían bajo el mismo techo. En todos los sentidos ella es una mujer abnegada. Su hermano tiene momentos de acaloramiento, sobre todo cuando ella, la hermana, intenta refrenar sus caprichos. Nunca, sin embargo, él ha sufrido ataques de ira cuando es contrariado por ella. Él, en estos casos, siempre cree que es el principio del fin y ante este miedo él se apacigua. Así las cosas, él, el hermano de B., muestra cierto raciocinio.

Los primeros días, él, el chin japonés se mostró apagado. Ellos, él y la hermana, supusieron que así era su carácter. El chin caminaba por la casa como un chin anciano. Parecía un perro de once años. Apenas ladraba y solo comía fruta. Gastaba los días asomado a la ventana, mirando a las golondrinas. Él dijo que los chinos japoneses eran alegres y ladraban a menudo y ella dijo que tal vez añorase el Japón. Él, el chin, se negaba a comer en otro lugar que no fuera el alféizar de la ventana. Cogía del cuenco un trocito de fruta y miraba al cielo mientras masticaba. Él, el hermano, observaba al chin; el chin observaba a las golondrinas y ella, la hermana, observaba al hermano. Este juego de miradas a veces cambiaba. Casi todas las golondrinas volaban solas. Unas pocas volaban en pareja. En estos casos los movimientos estaban sincronizados.

Ella, la hermana, pidió a su hermano que lo volviera a pensar. Él, el hermano, dijo que pensarlo, no lo volvería a pensar. Una vez que hemos cedido al capricho, dijo el hermano, ya no hay retorno. Ella, la hermana, dijo que acabarían los tres mirando al cielo todo el día si la situación no cambiaba y él, el hermano, añadió la siguiente pregunta: «¿Encuentras algo mejor que

hacer?». No del todo, así ella, la hermana. ¿Y bien?, así él, el hermano. Ellos, él y la hermana, pusieron dos butacas cerca de la ventana. Allí estarían ellas, las butacas, y ellos, él y su hermana, como árboles de hoja perenne hasta que el chin abandonara la costumbre de mirar a las golondrinas.

EL HOMBRE FLEXIBLE

Cerré la puerta, entonces aquel hombre se metió por la rendija que había entre la puerta y el suelo como una cucaracha y salió de la habitación con la puerta cerrada. Cuando reaccioné le pregunté cómo lo había hecho y me dijo que era una habilidad que tenía de niño y que había entrenado durante toda su vida. Me dijo que había conseguido que sus huesos fueran como de plastilina, le dije que no me tomara por imbécil, entonces el hombre salió otra vez por la rendija y volvió a entrar, todo con la puerta cerrada. Primero metía los pies y luego el resto del cuerpo. Yo veía cómo lo hacía. Pensaba que era un truco de magia. ¿Recuerda usted que esto sucediese en realidad? Como que usted y yo estamos sentados ahora mismo aquí, hablando. El capitán sonrió y le guiñó un ojo. ¡Ya lo tenemos! Quiero que se den cuenta de que este es el camino para derrotar al enemigo. Recuerden que debemos apartar al soldado con las argucias especificadas en el manual y trabajar con él individualmente. Primero muéstrense simpáticos, hagan que se confíe. Todo esto es increíble. Tapé la rendija de la puerta con cinta aislante. El capitán llegó con la compañía. Revisó la puerta. Al no encontrar anomalía alguna ordenó al instructor que examinara la puerta también y como el instructor no vio nada extraño ordenó a dos soldados que desmontaran la puerta. La desmontaron y la montaron y la volvieron a sellar con cinta aislante, entonces el hombre, delante de toda la compañía, salió del pabellón con la puerta cerrada y sellada y volvió a entrar, esta vez no por la rendija, porque la habían tapado los dos soldados con cinta aislante; no sabemos cómo salió y entró; todos, más que sorprendernos, nos acobardamos.

El capitán tanteó al hombre, palpó sus hombros, la cabeza, las piernas y según dijo no notó nada anormal; él, el hombre, mientras el capitán examinaba sus articulaciones y músculos, estaba muy serio, sin duda le disgustaba que el capitán manoseara su cuerpecito. El capitán le dijo que hasta que no revelase el misterio no saldría del pabellón; entonces él, el hombre, empezó a reír a carcajadas. Fue un cambio muy brusco. No parecía el mismo hombre. En un instante, sin apenas darnos cuenta, el hombre estaba fuera del pabellón. El capitán ordenó al instructor que abriera la puerta y a su vez el instructor transmitió la orden a un soldado. Cuando el soldado empezaba a retirar la cinta adhesiva el hombre ya estaba dentro del pabellón otra vez.

El capitán ordenó al instructor que buscara al capellán y el instructor se lo ordenó a un soldado. El soldado se negó. El capitán y el instructor se quedaron más aturridos de lo que ya estaban, aunque yo creo que no era la primera vez que un soldado de esa compañía desobedecía una orden de un superior. El capitán y el instructor no insistieron. El instructor fue a buscar al capellán. En este intervalo el hombre se sentó en la grada mientras que la compañía hacía ejercicios físicos por iniciativa propia. El capellán daba la impresión de estar muy asustado. Llevaba un crucifijo enorme colgado al cuello. Cuando el

capellán se puso frente al hombre estaba muy pálido, él, el capellán; sin apenas mediar palabra él, el capellán, empuñó el crucifijo con la mano derecha, extendió el brazo y apuntó con el crucifijo la cara del hombre, como si tuviera una pistola en lugar de un crucifijo. El hombre hizo una genuflexión y luego besó el crucifijo, mientras la cara del capellán recuperaba su color. El capellán dijo al capitán que no había motivo para preocuparse, que el hombre era un hombre de Dios y que el demonio no había entrado en él. El instructor sonreía con malicia mientras él, el capitán, se pasaba la mano derecha por la barbilla. Entonces él, el hombre flexible, empezó a rezar un Padre Nuestro en voz alta y la compañía se cuadró. Cuando llegaba al «hágase tu voluntad así en el Cielo», él, el hombre flexible, salió del pabellón otra vez sin abrir la puerta y volvió en «el pan nuestro de cada día». El capellán se desmayó, a pesar de que era un hombre muy curtido según supe luego por el instructor. ¿Usted presencié todo aquello? Como que usted y yo estamos aquí, hablando, uno enfrente del otro. Él, el capitán, se descontroló. Aunque el instructor intentó mantener la calma, la compañía se puso muy nerviosa, así, en conjunto, el estado de ánimo de la compañía era el nerviosismo. Lógicamente algunos soldados estaban más nerviosos que otros. Al final, él, el instructor, también se descontroló y no digamos el capellán. Él, el hombre flexible, el causante de todo este alboroto, tomó el mando de la situación. Con voz autoritaria y los brazos en jarra, él, el hombre flexible, dijo: «Por favor señores, mantengan la calma y compórtense como adultos. Todo esto tiene una explicación». Aquellas palabras y su actitud fueron un bálsamo. Cuando él, el capitán, él, el instructor, él, el capellán y ella, la compañía, se tranquilizaron, el hombre flexible volvió a salir sin abrir la puerta y no volvió. Después el capitán se dirigió a la tropa y empezó a hablar sin sentido. Pronunciaba palabras que intentaban decir algo. Hablaba tan rápido y mezclaba las palabras de tal modo que no se entendía nada. El instructor tomó la palabra; le sucedió lo mismo que al capitán. El capellán salió del pabellón como alma que lleva el diablo. La compañía empezó a formar grupitos que cuchicheaban como si fueran organizaciones clandestinas. Pasados unos quince minutos llegó él, el general. La compañía formó rápidamente. El general intentó explicar algo que nadie entendió. No pude saber de qué hablaba.

EL HIJO

Ella dijo. Así dijo ella: «Remuévalo bien y llévelo a ebullición. Estas son las mejores comidas, todo mezclado en la misma olla. Compruebe luego que la cocción es lenta. Los guisos son la comida preferida de mis hijos. Comer arena, el menor, ya no come arena. Va a estar delicioso». El niño tenía un llanto que parecía el maullido de un gato. Has traído un gato al mundo con aspecto humano me decía y luego el maullido se fue dorando como una cebolla al fuego. «Mire cómo el guiso toma color. Ahora él, el gato, es el más inteligente de los hermanos y el más sensible, también el más elegante. Comer arena, ya no come». Esto dijo.

UNA SALIDA

No has de levantar sospechas. Lo más conveniente es que respetes tus costumbres. Si de pronto te asalta el deseo de salir de casa, mantendrás la cabeza fría y antes de dar un paso pensarás en las consecuencias. Cuando vayas por las mañanas a tomar el café y fumar el cigarrillo, según tu estricta rutina, no se te ocurrirá, al salir del portal, mirar a derecha e izquierda ni volver la cabeza una vez que empieces a andar. Observas que tienes pensamientos de aficionado. ¿Por qué piensas en ligerezas como esta cuando deberías ocuparte de buscar una salida? La primera precaución después de un suceso así es preparar la salida, sin embargo, te entretienes en pequeñeces ¿Pierdes facultades? Cuando se envejece se atrofian muchas cosas. Puede que algo se haya atrofiado ya en ti, pues has envejecido, lo notas sobre todo en la percepción que ahora tienes del tiempo. Ayer, mientras una vez más malgastabas tu tiempo en el tedioso trabajo te dijiste que no podías continuar así, que ya era hora de decidir. Te decías: «Si el tiempo ya se encarga de matarme es necedad darle la razón, lucharé para resucitar el tiempo que me mata». Ahora vuelves a tus precauciones. Debes buscar la salida.

EL MÉTODO

–¿Cree usted entonces que si no me expongo no solo detendré el envejecimiento, sino que además rejuveneceré?

–No lo creo, lo afirmo, se lo aseguro. Respete las normas que le he dado y lleve una rigurosa rutina, levántese a la misma hora, haga lo mismo cada día y sobre todo no trabaje más de tres horas diarias en un trabajo que no sea muy físico.

–¿Cuánto rejuveneceré?

–Alrededor de unos veinte años. Cuando usted tenga sesenta años parecerá un hombre de cuarenta. ¡Míreme! Yo sigo rigurosamente mi método como no puede ser de otra manera. ¿Cuántos años cree que tengo?

–¿Entre veinticinco y treinta?

–¿Lo ve usted? Tengo cuarenta y tres años.

–Sorprendente, desde luego.

–Ahora permítame que le haga una pregunta indiscreta, aunque obligada. No se moleste, por favor, es parte del protocolo del método...

–¿Y bien?, pregunte.

–¿Por qué motivo quiere rejuvenecer y retrasar el envejecimiento?

–Tengo varios, el principal es que me he enamorado.

–Comprendo, y ella es mucho más joven que usted.

–Veinticinco años.

–Entiendo, entiendo, no es la primera vez que alguien acude a mi consulta por este motivo. ¿Cabe la posibilidad de que ella venga a mi consulta?

–Apenas la conozco, solo hemos cambiado algunas palabras. ¿Para qué quiere que venga aquí?

–Su presencia en las sesiones aceleraría mucho el proceso... No se preocupe, el método contempla todo tipo de situaciones. Esperaremos, cuando usted haya hecho sus progresos volveremos a hablar de este asunto. Si usted consigue que ella venga a mi consulta no se arrepentirá.

–No sé por qué ha de venir ella aquí.

–Dejémoslo para más adelante. Ya se lo explicaré, ahora lo principal es que nos centremos en usted. Me ha dicho que tiene cincuenta y dos años, si consigue seguir el método dentro de un año usted aparentará entre treinta y cinco y cuarenta años; en realidad tendrá cincuenta y dos años y esto no debe olvidarlo; algunos pacientes llegan a creérselo, ya sabe, se miran en el espejo por las mañanas y al final creen que tienen la edad que aparentan y empiezan a hacer cosas propias de esa edad, entonces vienen los problemas. En la vida de cualquier hombre veinte años es un obstáculo difícil de salvar. Así pues mantenga la cabeza en su sitio, que es una cabeza de cincuenta y no de treinta.

–Creo que estamos perdiendo el tiempo.

–¿Perdón?

–Que creo que usted pierde el tiempo conmigo y yo con usted. Me parece, perdone mi franqueza, un impostor.

–Bien, aquí tiene mi carnet de identidad, mire la fecha de mi nacimiento.

–Bueno, esto me basta. Le pido disculpas. Ahora todo será más fácil.

–Acepto sus disculpas, no es la primera vez que me sucede, ya que el método es increíble, parece un truco de magia. Mi método me llevó veinte años de estudio. Cuando estuvo acabado me sentí tan feliz que no podía dormir. Durante días no había nada alrededor que se torciese, excepto que no dormía. Lógicamente nadie puede aguantar durante mucho tiempo la felicidad y excitación en las que vivía y entonces me dije: «Bueno, ahora piensa en las desventajas del método». Pasé tan rápidamente de la excitación a la calma que casi enfermo. Desde luego, no es fácil llevar la vida espartana que el método exige. Cuando pensaba en los inconvenientes no sé lo que me sucedía. Me ponía a llorar. Creo que estaba sometido a emociones demasiado fuertes. Con el tiempo logré un equilibrio. Había llegado el momento y aquí me ve, ofreciendo mis desvelos a los necesitados, como un buen samaritano, a pesar de ser tan criticado, vilipendiado... Pero ¡hable usted con mis pacientes! Antes del método solo tres o cuatro, entre cien mujeres viejísimas, conservaban algo de su atractivo y ahora fíjese, mire estas fotografías, todas estas mujeres son fieles seguidoras del método, aquí a la derecha puede ver la fecha de nacimiento de cada una de ellas.

–Desde luego no deja de sorprenderme. Su mujer y sus hijos estarán muy orgullosos de usted.

–Por desgracia, estoy solo en el mundo. Toda mi familia murió y le digo toda mi familia, hijos, esposa, padres, tíos, hermanos, todos perecieron en la misma catástrofe, excepto yo. Fue algo bíblico, como la destrucción de Sodoma y Gomorra y Dios me salvó a mí, como a Lot, no sé si como premio o castigo.

–¡Vaya! Me he quedado de piedra. Lo siento mucho, aunque apenas sé nada de usted y en estos casos las condolencias son una cortesía social. Lo siento, le estoy cogiendo cariño. Hasta hace un momento me parecía un impostor y ahora todo se ha dado la vuelta. Uno habla con las personas y cuando empieza a conocerlas se da cuenta de que en el fondo de todas hay mucha bondad y sufrimiento. Estamos tan atareados que no nos fijamos en nada.

–Así es, y en un momento todo se va al olvido y al silencio del abismo. ¿No es para volverse loco? Dejemos estos tristes asuntos. ¿Está dispuesto entonces a seguir el método?

–Creo que no voy a pensármelo más. El problema es que por lo general las cosas empiezan bien y luego se van torciendo, como usted ya habrá comprobado.

–¡Vamos! ¡Vamos!, ya verá como empiezan y acaban bien.

–No, no, doctor, no parece entender. Las personas que han pasado por lo que usted ha pasado están obligadas a comprender ciertas cosas que la mayoría no entiende. Lo que empieza mal acaba mal y lo que empieza bien acaba mal también. Este es el final de todo, un rotundo fracaso y nos encontramos aquí

sin que nadie sepa nada. A veces alguien parece animarme con su ejemplo, entonces enseguida me doy cuenta de sus intenciones. Todos quieren conseguir algo de los demás. ¿Cómo diría? Cada hombre tiene una forma peculiar de engaño. El fondo de asunto siempre es el mismo. «¡Ah, qué puedo hacer!», «me gustaría ayudarte», «no te mereces esto» y por dentro sonríen con malicia. Creo que no voy a seguir su método. Intentaré enamorar a la joven así, como soy.

–En ese caso, ¿qué puedo decirle? Lo lamento, más todavía porque tengo delante a un hombre lleno de posibilidades. No sé nada de usted, pero desde que entró en mi consulta me di cuenta de que usted es un hombre que no sabe aprovechar sus posibilidades.

–Guárdese su opinión. No quiero saber nada de su método ni de usted, ni de sus desgracias, ni de su fingido optimismo. ¡Dios mío, qué amargor de boca!

UNA SITUACIÓN INCÓMODA

–No me sirvió de mucho.

–¿Insistió?

–No quiero ser pesado. Se lo dije una vez y noté que no le agradaba. Trató de disimular, pero vi una pequeña mueca de incomodidad. A veces basta mirar a los ojos. Aunque la cara no cambie, los ojos hablan. Este no fue el caso porque, como le he dicho, su cara cambió sin darse cuenta. Para mí estas situaciones siempre son muy violentas. Cuando uno tiene el poder de dar y otro la necesidad de recibir ya hay mucha tensión. Es mejor cuando todo está organizado de tal modo que nunca puede darse una situación como esta; cuando la jerarquía y las reglas están bien definidas, entonces uno sabe siempre a qué ajustarse y dónde se encuentra.

–Le repito que usted tendría que haber insistido y ahora estaría en una situación muy distinta. Un pequeño momento incómodo puede resolver muchos problemas. Estoy seguro de que él hubiera cedido dado su débil carácter. ¿Entiende usted de mecánica? Porque por ahí conseguiría encontrar una salida.

–Yo no entiendo nada más que me encuentro aquí sin quererlo, sin haber hecho nada ni haber molestado a nadie. Yo era un completo desconocido, del que nadie se había ocupado jamás; de pronto ustedes vienen a buscarme; me traen aquí y ya soy alguien que siempre tiene que hacer algo y a quien no dejan tranquilo. No comprendo nada.

–No me dificulte más las cosas. Trate de colaborar con aquellos que le ofrecen su ayuda.

–Entonces déjeme que vuelva a casa y siga siendo nadie.

–Sabe que eso no es posible. Si usted no afronta la realidad que ahora le corresponde lo pasará mal. Ya sabe, el tiempo, el lugar, el aquí y el ahora.

EL JUICIO

–Se lo pregunto por última vez. ¿Tiene usted tendencia a regalar un perrito a la persona adecuada?

–Y por última vez le contesto que no entiendo la pregunta.

Esta punzada en el oído izquierdo está matándome. Tuve que ir al médico cuando empezó. Puede que ya no tenga remedio. Parece que todos entendieran la pregunta. Cuando contesto que no entiendo la pregunta mueven la cabeza y hacen gestos irónicos ¿Qué clase de tribunal es este? Creo que me conviene encerrarme en mí mismo para evadirme de esta sala de locos. ¡Si tuviera una botella de ginebra a mano y unos cigarrillos!

–Yo también tengo algunas preguntas para este tribunal.

–Usted es el acusado. Ha de limitarse a responder verazmente las preguntas que se le formulen.

–Por ejemplo: ¿Les parece serio que algunos de los miembros del jurado vengan vestidos de esta manera? ¿Les parece...? (Recibe un fuerte manotazo en la boca).

Por otra parte el güisqui da mejor tono que la ginebra. Gracias a Dios que este dolor no afecta también al oído derecho. Creo que hoy es miércoles. El miércoles era mi día de descanso. Pasaba muchos miércoles en casa. El trabajo me aniquilaba. Cuando llegaba el día de descanso no tenía fuerzas para nada. A veces incluso no salía del dormitorio. Estaba todo el miércoles tumbado en la cama, la mitad del miércoles dormía y la otra mitad bebía y fumaba. La mejor parte de la semana era la que pasaba durmiendo. Con el tiempo el jefe hizo algunos cambios. Entonces descansaba los viernes; los viernes nunca fueron como los miércoles. Al menos si el dolor remitiera un poco tendría otro ánimo.

–Entonces usted declara que a la hora del asesinato paseaba por el bosque.

–Una vez más le digo que todos los jueves cuando salgo del trabajo voy a pasear al bosque de Seawood para tratar de relajarme. Suelo pasear desde las cuatro hasta que cae la tarde.

–¿Cómo es capaz de recordar que aquella tarde usted estuvo en el bosque, precisamente en el bosque de Seawood, cuando ya han pasado tres años desde el asesinato? (Risas suspicaces de los miembros del jurado).

–Porque desde hace cinco años no he fallado un solo jueves.

–Usted dice que su trabajo es aniquilador y a la vez dice que a pesar de ser aniquilador caminaba por el bosque durante tres horas aproximadamente. Nosotros hemos observado aquí una contradicción que no ayudará al jurado y menos a usted.

–Cada jueves, después del trabajo, paseaba por el bosque de Seawood, a pesar (recalca «a pesar») del cansancio. Es una rutina que me impuse para hacer un poco de ejercicio físico. Con el tiempo me resultaba incluso agradable, a pesar (vuelve a recalcar «a pesar») de mi cansancio.

No deja de ser misterioso e inquietante que ahora, en este momento, fuera de

esta sala, los hombres se diviertan y vean cosas fascinantes. Yo podría ser uno de esos hombres. El dolor me llega hasta el ojo izquierdo. Siento punzadas intensas en el ojo izquierdo.

Conozco a dos miembros del jurado. ¿Cómo puede depender mi suerte de estos hombres? Ellos escuchan, juzgan, se reúnen y dan un veredicto que podría encerrarme el resto de mi vida. En realidad, qué importancia tiene que un hombre pase encerrado lo que le queda de vida y que otros hombres sean responsables de su encierro. Todo esto son sombras chinescas reflejadas en la pared. Mientras tanto hago lo que puedo. Y este esfuerzo es importante; en el poco tiempo que me queda incluso podría llegar a ser dichoso. Así es, elijo la dicha en mi situación.

–Usted declara, pues, que aquel día, mientras se cometía el crimen, usted paseaba por el bosque de Seawood. Declara esto como podría declarar que usted estaba en casa o en el cine. Nadie ha confirmado que usted estaba en el bosque, a no ser usted mismo. (Risas irónicas). ¿Puede darnos más detalles?

–¿Servirán para algo?

–Es posible, depende de los detalles que usted nos dé.

–Aparqué el coche en la estación de Seawood, quizá alguien me viera allí.

–Si alguien lo vio no está aquí.

–Si usted nos aclarase por qué tiene esa tendencia a regalar un perrito a la persona adecuada, el asunto cambiaría.

–Le repito que no entiendo la pregunta. ¿De qué tendencia me habla? ¿Quiénes son las personas adecuadas? Es cierto que de vez en cuando regalo un perrito a alguno amigo. ¿Qué relación tiene esto con el crimen?

–Lo sabrá en el momento oportuno.

Si algún miércoles me encontraba con fuerza iba a la playa. Me decía que tenía que hacer algo con el día de descanso. En la playa solía dormirme. Por la noche me ardía la piel. Las noches de los días en la playa eran noches muy largas.

–¿Por qué entonces usted volvía al bosque cada jueves? ¿O eran los viernes?

–No veo la relación con el asesinato.

–Usted no relaciona nada, pero nosotros sí. ¿Cree usted que esto forma parte de un juego? (Ríen maliciosamente).

–Tengo la impresión de que diga lo que diga no me servirá de nada. Ustedes ya lo tienen todo bien atado.

–Su actitud no nos ayuda y perjudica sus intereses. Nosotros estamos aquí para juzgar y, a pesar de su tozudez, queremos ayudar. Nosotros escuchamos, observamos y decidiremos. La decisión será un final. La tomaremos «después de» y no «antes de».

–Entonces creo que ustedes confunden el antes y el después. (Recibe un fuerte manotazo en la boca. Risas maliciosas).

Yo trabajaba con ahínco. Mis superiores me ponían como ejemplo delante de mis compañeros. Ellos me tenían envidia. Hay unas envidias más enfermas

que otras. Ellos estaban muy enfermos de envidia. Los golpes en la boca han disimulado el dolor de oído.

–¿Reconoce, pues, su tendencia?

¿La de regalar perritos a las personas apropiadas?

–¡Fabuloso! Por fin nos ponemos de acuerdo!

–Creo que, de acuerdo con mi situación actual, no regalé los perritos a las personas apropiadas.

–Es cierto. Nadie ha salido en su defensa. Me refiero a las personas apropiadas (ríe maliciosamente), aunque los perritos tal vez le estén agradecidos. Nunca lo sabrá.

CONFUSIÓN

¿No se da cuenta de que pierde su realidad? Usted desaparece cada día un poco más y pronto no notaremos su presencia. ¿Cómo solucionará su problema? Su problema también es nuestro problema por eso me preocupo por usted y aquí no tiene nada que ver el cariño o la amistad, es un asunto práctico, si usted desaparece nosotros desaparecemos. Usted contiene nuestra realidad. Los demás no se han percatado del problema por eso siguen embobados con sus juegos infantiles. Me pide ayuda, ¿qué puedo hacer? Solo usted puede recuperar su realidad. ¿Somos algo sin usted? Todos hemos llegado a una situación complicadísima. Nos ha dado demasiados caprichos y ahora no podemos volver al principio.

Ya no puedo aguantar sus caprichos. Ellos son los culpables de mi situación, día tras día me agobian con nuevas peticiones y me ahogan con sus fantasías de modo que me confunden y no consigo unir mis pensamientos. Mi cabeza va de una cosa a otra.

EL PACIENTE

Usted debe expresar sinceramente lo que siente, si esconde algo, no podré prestarle mi ayuda; tenga en cuenta que estoy acostumbrado; he escuchado cosas de todo tipo. Esta es mi profesión. El hombre no conseguía sincerarse. Daba vueltas y más vueltas y no llegaba al fondo de su problema. Bien, pasaba a menudo, era la primera sesión. Mientras no me ganara su confianza no avanzaríamos. Nada de esto me sorprendía. La primera sesión era muy parecida en todos los pacientes. He de ganarme la confianza para acabar con sus prejuicios.

El hombre tenía una boca enorme. Cuando reía su risa era forzada y la boca parecía más grande. Era una risa desagradable. Desde que entró en la consulta, él, el hombre, me resultó antipático, aunque este es otro asunto, yo estaba allí para tratar de solucionar su problema. Eso es lo que esperaba de mí. Me importan poco mis pacientes y sus problemas. Muchas veces he estado tentado de decirles lo que pienso. Si aún ejerzo mi profesión es solo porque no sé ganarme la vida de otra manera y quiero seguir con mi ritmo de vida. Es una vida mentirosa, cobarde. A pesar de la gran estafa de mi vida gozo de gran prestigio profesional. Muchos pacientes me tienen como un salvador. ¿Estoy equivocado yo? ¿Son ellos los equivocados? ¿Todos estamos equivocados? ¿Es así como debe ser? Porque es posible que yo sea muy exigente conmigo mismo. Tengo presente esta posibilidad. Me sirve de consuelo.

Siempre que un paciente nuevo entra en la consulta me digo que la gente es muy rara. Así es mi santo y seña. Unos son más raros que otros, más raros dentro de la rareza. Una vez un paciente me dijo que él era un eclipse.

Ahora tenía enfrente a este hombre de boca enorme y desconfiado como pocos. En sus gestos y en su postura vi que era un hombre ya sin resistencia. Aunque desagradable, me conmovió según pasaba el tiempo, aquí, con sus manos entrelazadas y los hombros recogidos, cerca de saltar por los aires. Pero yo tenía otras cosas en la cabeza.

—Quizás pudiera abrir una ventana—, me dijo—. Me levanté y abrí la ventana que estaba más cerca de él. El frío del invierno entró con violencia. Pronto los dedos de mis manos se pusieron amarillos y perdieron la sensibilidad. La situación incómoda había pasado ya a incomodísima. El hombre no respondía a mis preguntas. Me contestaba siempre con otra pregunta.

—Podríamos cerrar ya la ventana—, le dije.

—Haga lo que mejor le parezca, está en su casa.

Me levanté y cerré la ventana. Hizo un gesto de disgusto. No avanzábamos. Sí, yo no acababa de decidirme a terminar con todo esto. Ahora con este hombre todo ocurría como yo no quería que ocurriese. Miré hacia la ventana. Las palomas volaban en grupos pequeños en el cielo nublado. Cuando hace frío las palomas vuelan agrupadas. Tendrán sus motivos. Las nubes habían formado un pequeño agujero por el que ahora se filtraba el sol. Los agujeros se forman para que algo pase a través de ellos. Posiblemente cuando muera tenga que

pasar por un agujero. Después de mirar al cielo, miré al hombre y luego al reloj. Todavía quedaba un cuarto de hora. Me levanté del sillón. A veces creo que las cosas suceden para que uno se entretenga, como espectáculos montados para combatir el tedio. ¿Qué quería este hombre de mí? ¿De verdad pensaba que yo podría ayudarlo?

Cuando algo pasaba a través de un agujero ¿entraba o salía? Así le pregunté a aquel hombre. Me respondió con firmeza.

EL JILGUERO

«Ayer fue ayer». Piénselo. Repítalo. Intente que nada distraiga su pensamiento de este «ayer fue ayer». Él retuvo durante tres minutos la frase en la cabeza. Le preguntó a qué conclusiones había llegado. La pequeña experiencia no me ha hecho ver las cosas de otra manera. No le aseguro que el pensamiento acerca de esta frase logre cambiar el rumbo de los acontecimientos individuales. Mentes hay de todo tipo y son todas un misterio.

A menudo usted sufre la pesadilla del coche. Usted es uno de los tres pasajeros del coche. El conductor acelera y dirige el coche hacia un muro que ya está a unos ochenta metros. Usted ha comprendido que se estrellará contra el muro; ahora su única preocupación es la posibilidad de que tras el impacto usted sobreviva y quede consciente, aunque retorcido por el dolor, y luego, después del calvario de operaciones y hospitales, condenado a una vida de terribles dolores y dependencias. Usted quiere que todo acabe ahora y que sea tan rápido que muera en el instante del golpe, sin dolor. Ahora consciente y dentro de unos segundos ¿quién sabe cómo y dónde? Hoy volvió a soñar con esto. Piense en este sueño. Dispone de tres minutos. No aparte su pensamiento de este sueño. Imagine. Cuando le digo que imagine quiero decirle que usted debe crear en su mente imágenes del accidente. Antes asomémonos a la ventana. Quiero que observe la parte que le corresponde de este día luminoso. Me refiero a su capacidad de observación, que será su parte en esta fiesta. Usted verá cosas que me pasarán desapercibidas. Retenga todo lo que pueda. Después imagine el accidente y luego me contará aquello que ha observado desde la ventana. Intercambiaremos nuestros puntos de vista con el fin de ampliar la parte que nos corresponde de este magnífico día. ¿Por qué usted se ha fijado en el perrito y yo, por ejemplo, en la correa o en el hombre? Este mundo es inagotable; debemos centrarnos, precisar, si no queremos que la vida nos pase plana. En la experiencia que tratamos de describir encontrará un puro acto de limitación: el interés por uno mismo ante este día bellísimo. Hay, pues, un enfrentamiento que exige una interpretación. Usted se acostumbrará a interpretar y en más de una ocasión hallará varias interpretaciones. Déjese llevar por la interpretación que se impone sobre las demás. Cuando crea que todo está perdido o, simplemente, cuando se note cansado, levántese y estire las piernas. Aquí estoy ahora para orientar. Si en vez de orientarse usted siente que está más desorientado que cuando llegó, dígamelo tan pronto como aparezca la primera duda. Ambos corremos un riesgo enorme. Ambos dependemos uno del otro. Volvamos al accidente. Usted dispone de tres minutos y tres minutos en este tipo de ejercicios mentales es el tiempo máximo aconsejado por los especialistas. Le doy el tiempo máximo. No quisiera que usted se preocupase. Le he concedido el tiempo máximo no por la gravedad del asunto, sino por mi curiosidad. ¿Quiere usted un vaso de agua? Él mantiene su aplomo a pesar de las acometidas del otro. Por otra parte, él se

ha distraído con el jilguero que vuela por la habitación. Las ventanas están abiertas, si embargo el jilguero no aprovecha la ocasión para huir. Por supuesto él piensa en el jilguero como piensa un hombre y no un jilguero. Desconoce la lógica del jilguero. Usted ahora está distraído, por lo tanto no conseguiré apartar de usted su preocupación. Leeré ahora un párrafo de Francis Bacon. No me interesa que atienda al contenido. Quiero que se concentre solo en el sonido de mi voz. «Por lo tanto estaría bien que los hombres siguieran en sus innovaciones el ejemplo del propio tiempo, el cual, por supuesto, hace muchas innovaciones, pero despacio y por grados que apenas se perciben».

El conductor enloqueció de repente. Se inclinó hacia el volante y pisó el acelerador con todas sus fuerzas. Usted ya había perdido el control de la situación. En realidad nunca se tiene el control de la situación dentro de un coche cuando es otro el que conduce. En todo caso me quedará la duda. Parece evidente que dentro del coche la situación es controlada por el conductor. En el gobierno del coche reside la fuerza del conductor. Puede que fuera del coche, él, el conductor, sea un pelele; dentro del coche él, el conductor, tiene el control de los mandos, por lo tanto también controla la situación. Entonces el conductor enloquece y decide suicidarse. Hay otras personas dentro del automóvil. Usted va dentro del coche. En ese pequeño teatro se representa la última función. Son actores muy metidos en su papel. Auténticos profesionales. Les aguarda un destino muy físico. También trágico. No encuentro el lado cómico de todo esto aunque estemos acostumbrados a oír que todo tiene un lado cómico. Como no encuentro el lado cómico aprovecho los otros lados de esta función y la dejo que repose en uno de sus lados. Al fin y al cabo ahora usted y yo estamos vivos. No cabe duda de que usted es movido por la esperanza. ¿Acaso no es la esperanza el motor psíquico de la vida? Por supuesto este mundo es muy complejo. Tratemos de ser fieles a unas creencias y respetémoslas. Usted se distrae con el jilguero y me distrae. Voy de una cosa a otra, como sus ojos cuando siguen al jilguero. Él notó que había llegado a un momento estéril. Dijo: «Todo está bien». Eso confirmaba el momento estéril. «Todo está bien» es lo mismo que «nada está bien». Usted y yo buscamos en esta habitación un aislamiento de nuestra realidad cotidiana, comprenderá que este deseo es vago, impreciso. Su realidad cotidiana está dentro de usted y no consigue dejarla en la puerta de entrada. Por supuesto, yo estoy en una situación parecida. ¿Quién es capaz de abandonar su mundo cuando entra en una habitación? Ni usted ni yo podemos despojarnos de nuestras preocupaciones y dejarlas en la puerta, como se deja un abrigo. Por otra parte usted ha acudido a mí para solucionar sus conflictos, propósito que imposibilita el aislamiento eficaz de su realidad cotidiana. Partamos, pues, de nuestro fracaso. Así todo será más sencillo. La primera pregunta que hay que formularse entonces es: ¿qué queremos? ¿No se da cuenta de lo doloroso que es todo? Mire, por ejemplo, esta fotografía. Fue hecha en 1970. Usted ve la pista de hielo de Wollman Rink, en Manhattan. Hay en la pista dieciocho

patinadores atrapados en el instante. Han pasado desde entonces cuarenta y siete años. La mujer que usted ve en el centro de la pista tal vez esté muerta, pero ahí está, como estaba hace cuarenta y siete años. Usted ve sus gestos, su figura. ¿No es para enloquecer? Hay que estar inoculado con el veneno de la vida para sobrevivir. Aunque no lo crea, usted es un hombre fuerte. Ahora usted tiene miedo de desmoronarse. En el caso de que así suceda, pregúntese ¿y qué?, ¿y bien? Llegue hasta el fondo. Es cierto, allí, en el fondo, él vio en ese instante los episodios más importantes de su vida y esos episodios no guardaban relación con él, sino con otros. Usted intenta explicarse. Es normal en sus circunstancias. Él tenía la impresión de que el jilguero intentaba decirles algo, que su revoloteo no carecía de significado. Sí, así era, el jilguero quería decirnos algo. Milagrosamente su mundo y el nuestro se habían unido. Usted goza de mucha agudeza crítica. Aquí suelen acudir personas que se equivocan en sus interpretaciones. Esto ahora es irrelevante. No cabe duda de que había un lenguaje en su revoloteo. Él ya no podía perder más tiempo con el otro. El jilguero concentraba toda su atención. Usted tenía algunos asuntos que resolver antes de venir aquí y debió resolverlos. La experiencia del accidente está clasificada, según estos expedientes, en el grado tercero, es el grado crítico. Es un asunto que tiene que ser tratado muy en serio. Vuelva allí y prepárese a conciencia. Usted me asegura que es incapaz de decir nada acerca del impacto contra el muro. Ahora me detendré aquí por un deber de cortesía. No forzaré la situación, a pesar de que continuaría con agrado. Sin duda ya hemos llegado a la parte más interesante. «Hoy es hoy». Piénselo. Repítalo. Intente mantener su atención en este «hoy es hoy». Pasaron tres minutos. Le preguntó a qué conclusiones había llegado. Él contestó: «He tenido la sensación de estar muerto». Él sonrió. El jilguero se posó encima de la mesa y fijó su mirada de jilguero en él.

UNA PEQUEÑA DECISIÓN

Salimos de casa a las tres de la tarde. A esa hora empezó todo y a esa hora acabó todo. El suceso está puntualmente delimitado. Por supuesto no dejé nada a la suerte. Yo había incubado la idea durante meses, unas veces con una dedicación más intensa que otras, dependía siempre, como en todos estos casos, de mi ánimo más inmediato. Ese día perdí el miedo o así me lo parecía. Prefería hacerlo solo, pero me vi obligado a ir con ella. Ella siempre estuvo conmigo cuando toqué fondo y ahora no podía apartarla de mi lado y desaparecer. Soy un hombre agradecido. El agradecimiento crea obligaciones. Cualquier descripción que sea capaz de hacer falseará los hechos. Todas las descripciones falsean los hechos.

Un día, al volver a casa, me quedé mirando el pequeño jardín de mi vecino Louis. Acabo de decir que cualquier descripción falseará los hechos, de modo que no describiré lo que vi en el pequeño jardín de mi vecino Louis. Entré en casa apoyándome en todo lo que encontraba a mano. Creo que no notaron nada y si lo notaron pensarían que estaba ebrio, no era la primera vez. Algunos estaban arriba, en sus habitaciones. Solo me las tenía que ver con los tres que estaban en la planta baja. Mi casa ya no era mi casa, ahora era un nido de víboras. Hacía mucho tiempo que todos los habitantes de la casa eran serpientes. Los hechos se precipitaron allí, en la casa. Ahora se daban las condiciones apropiadas. Apenas en veinte minutos preparé todo. Salimos a las tres de la tarde.

HOMBRES EQUIVOCADOS

Él dispuso de tres meses para retirarse a la casa de la montaña. Su retiro parecía venir en un buen momento. En los últimos días él estaba cerca de tocar fondo. Él era un hombre equivocado, quiero decir que interpretaba mal la realidad y decidía de acuerdo con sus interpretaciones, de modo que sus decisiones eran desacertadas. Tanto en las decisiones grandes como en las pequeñas él se equivocaba. Cuando, por ejemplo, el cielo estaba bellísimo, él miraba hacia el suelo. Hasta el día de hoy es para mí un misterio cómo las personas equivocadas solemos conducirnos por la vida. Yo también soy un hombre equivocado, lo habrá advertido hace un instante cuando dije que para mí era un misterio cómo las personas equivocadas solemos...

Según su manera de proceder yo estaba convencido de que la decisión de vivir tres meses en la casa de la montaña era otro error. Si él había decidido subir la montaña y vivir en la montaña, sin duda era más acertado descender hasta el nivel del mar y vivir cerca del mar. Y todavía más atinado hubiera sido quedarse en casa.

Ahora creo que ha llegado el momento de contar las causas que provocaron el retiro temporal a la casa de la montaña. No desvelaré ahora esas causas. Como hombre equivocado haré una cosa cuando debo hacer otra, conducta natural en hombres como nosotros. Este relato es, pues, el resultado de varios errores. «De todo se aprende» asegura el lugar común. Pues bien, la narración iluminará a aquellos hombres que tengan dudas acerca de si son hombres equivocados u hombres acertados. Nada por ahora mejor para calmar estas incertidumbres que este relato sobre dos hombres equivocados. Ciertamente si usted acaba este relato sabrá que es un hombre errado. La decisión de cerrar el libro no le otorga el título de hombre acertado.

Él pasó los tres meses allí, en la casa de la montaña. Yo subía los domingos con las provisiones y estaba unas dos horas con él. El camino de ida me llevaba tres horas y el de vuelta dos. La casa estaba en medio de un bosque de abetos. Era primavera. Unos diez años después de aquel retiro, volvió a aislarse allí, en la casa de la montaña, otros tres meses. Un día él fue encontrado por un excursionista apenas a un kilómetro de la casa. Estaba sentado, apoyado en el tronco de un abeto y con unas hojas entre las manos del libro que entonces escribía, impresiones mínimas sobre asuntos variados. Él salió una mañana de invierno. Se sentó a escribir, apoyó la espalda en el tronco del abeto y murió congelado. Fue su última decisión equivocada. Aquella mañana —¿o tarde?— debió quedarse en la casa de la montaña, al calor del hogar, y escribir en la mesa que tenía cerca de la ventana mientras veía caer la nieve. Esa era la decisión adecuada.

De no haber tenido el pensamiento puesto en él, durante aquellos tres meses de su primer retiro, yo no hubiese soportado mi vida de entonces. Los pequeños preparativos de sus provisiones, el camino de ida y de vuelta y las dos horas que pasaba con él bastaron para mantenerme. Su equivocación fue provechosa

para mí.

LA CONFERENCIA

Cualquier objeto se presta a ser observado. Cuanto más se observa un objeto tanto más interesante se vuelve. Observemos los movimientos de un hombre cuando camina o los gestos cuando come. La observación prolongada y tenaz lleva al observador a conclusiones casi siempre acertadas que podrá aplicar felizmente a diversos aspectos de la realidad. La observación atrae a la observación y el conocimiento aumenta...

El ayudante señala su reloj. El orador mira de reojo al ayudante.

Y no sería este el lugar más adecuado para... El ayudante señala de nuevo su reloj y el conferenciante mira de nuevo de reojo al ayudante.

Señores, como habrán notado, el tiempo apremia y tenemos que dar por terminada esta conferencia sobre el arte de observar. Ahora pasaremos a las preguntas. Me pongo a su disposición para contestar todas sus preguntas y... El ayudante toca con el dedo índice su reloj. El orador se pone nervioso, así el tono de su voz, y hace unos movimientos extraños. Son movimientos propios del nerviosismo. Un hombre alza la mano. El ayudante mira al hombre y de nuevo toca con el dedo índice su reloj. El hombre baja rápidamente el brazo. El orador, a pesar de su ayudante, se dirige al hombre y le dice que formule su pregunta. El hombre titubea, por fin pregunta: «¿Por qué dijo que era importante dejarse ver a tiempo? ¿Tiene esto alguna relación con el tema de esta conferencia?».

Señores, no dispongo de más tiempo. Respondería con agrado a todas sus preguntas, pero como ven el tiempo... El ayudante toca con el dedo índice su reloj por tercera vez.

¿Alguna pregunta más? Otro hombre alza la mano. Sí, por favor, usted, y el conferenciante señala al hombre que ha levantado la mano. Las luces se apagan. Se oyen murmullos. Señores, señores, por favor, así no avanzaremos. Es curioso, señores, que esta conferencia dedicada al arte de observar acabe a oscuras. Antes les diré que la observación anima a la observación. El observador es un hombre inquieto y curioso. Alguien pregunta: «¿Acaso usted piensa continuar con la conferencia?». Así es, tengo motivos para continuar. Tengan la seguridad de que cuando se me acaben los motivos me callaré. ¿Alguien duda de mi profesionalidad?

Bien, señores, ahora que estamos en tinieblas y no veo a mi ayudante les confieso que estuve a punto de perder la paciencia. El ayudante grita que el tiempo se ha acabado. Bien, pero yo no he acabado. ¡Muy bien! ¡Ya era hora que callase a ese ayudante tan impertinente! Señores, perdonen las interrupciones de mi ayudante. Tienen que entender que desde el principio mi conferencia contemplaba estas interrupciones como parte de la propia conferencia. Todo estaba preparado así con una intención. Por otra parte, mi ayudante es un gran historiador y podría escribir libros históricos. Considero que ahora es más conveniente para él que sea mi ayudante. Él está de acuerdo conmigo. Veo que ustedes han notado durante toda la conferencia un fuerte

olor a mantequilla. Proviene este olor de mi ayudante, el propio olor es parte del objetivo de la conferencia. ¿Ustedes han observado cuántas veces mi ayudante ha señalado su reloj? Como dije, todo está planeado. ¿Ustedes han visto que yo me haya puesto nervioso? Señores, a mi ayudante y a mí nos mueve solo el dinero. Este es el único motivo que nos ha traído hasta aquí. Encienda la luz, por favor. Señores, en esta sala se han producido algunos cambios. Ustedes han traído lápiz y papel, así obligaba la asistencia a esta conferencia. Ha llegado el momento de anotar los cambios. Antes, ¿alguna pregunta? Un hombre de la quinta fila levanta la mano. He observado que el hombre que estaba a mi derecha ahora no está. Bien, anótelos como un cambio, a esto me refiero cuando hablo de la observación.

EN UNA ENCRUCIJADA

Hemos llegado a una encrucijada. De acuerdo con mi experiencia les aconsejo que vayamos al pueblo, allí pasaremos la noche y por la mañana veremos todo con más claridad. Cuando el grupo es tan numeroso —esta vez quince personas— la experiencia no es suficiente si se carece de las cualidades de un líder. Entonces, siempre uno levantará su voccecita para opinar y dirá: «En el pueblo tal vez seamos mal recibidos». La situación se complicará más. Inevitablemente saldrán otras voccecitas de apoyo o de rechazo, incluso alguien tendrá otra opinión y dirá: «Continuemos hasta encontrar un lugar adecuado para acampar». Sé que sin líder el grupo es muy vulnerable. Estoy convencido de que acabará por disgregarse, entonces la situación se complicará más. No es la primera vez que he vivido esto. Les explico, pero no soy convincente, no soy un líder. Desperdiciamos en la encrucijada unos minutos preciosos. Este tiempo malgastado nos dañará más adelante. Nadie ha propuesto todavía que volvamos. ¿Y acampar cerca de la encrucijada y decidir al amanecer? Cuatro están de acuerdo con esta opinión. Trato de explicarme. Hasta ahora todos coincidimos en que tenemos que acampar cuanto antes. La noche llegará dentro de una hora.

EN TINIEBLAS

Después de este periodo de oscuridad tendrá que acostumbrarse a la luz poco a poco. No le garantizo nada. Es probable que tengamos que volver a la oscuridad. Son tiempos oscuros. Nos ha tocado vivir estos tiempos de tinieblas. Resulta muy comprensible que usted ya no tome nada en serio. Somos hombres muy desafortunados. Cuando las circunstancias son tan desfavorables solemos huir hacia el lado cómico y trivial del mundo. ¿Cómo, si no fuese así, podríamos sobrevivir? Usted al menos tiene la suerte de desconocer las épocas felices. Siempre ha vivido en esta oscuridad; así es más fácil acostumbrarse. Me hubiera gustado, no obstante, conocer tiempos dichosos. Le aseguro que sufriría mucho más ahora. Ignorar puede ser una gran ventaja. No tiene más que compararse conmigo. Quítese las gafas durante unos segundos. Sí, son ojos casi muertos. Intentemos caminar unos metros. Agárrese a mí. Un pie, recoja... ahora el otro pie, recoja. Será mejor que me ponga enfrente de usted. Deme las manos, ahora avance. Todavía no podemos salir a la calle. ¿Empieza a distinguir algunos objetos? Ahora desconfiará, después de tanto tiempo ninguna verdad será creíble para usted. Dígame algo sobre los tiempos felices. Usted no podría en sus circunstancias asimilar la excitación que despertaría mi relato. No nos torturemos más. He oído que entonces había que ponerse en guardia contra la belleza.

El pasillo medía ocho metros. Tardamos unos diez minutos en recorrerlo. Cuando llegó al final desfalleció. Amortigué su golpe. Levantarlo, no pude levantarlo. ¿Nos dormimos? Si dormimos, no puedo asegurarlo.

De la casa solo conocíamos el pasillo y nuestro dormitorio. Ignorábamos cómo era la casa; cuántos habitantes vivían en ella; dónde estábamos. Oír voces, no se oían. Los únicos ruidos, los de las aguas corriendo por tuberías. ¿O venían de las aguas subterráneas? Por la oscuridad y la humedad parece que la casa está bajo tierra. Nuestro dormitorio no tiene ventanas. Cuando llegamos aquí, cómo llegamos aquí, saber no lo sabíamos y cuánto tiempo llevábamos aquí, saber, no lo sabemos. No debemos aparentar curiosidad. La curiosidad ahora está fuera de la casa. Curiosidad. Curiosidad ha de ser en nuestra situación un concepto ajeno a nosotros y a la casa.

Volvamos como hemos venido. Yo me pongo frente a usted. Usted me da las manos y avanza mientras yo camino hacia atrás. Recuerde que es importante que un sentimiento de superioridad no se apodere de usted al verme caminar de esta manera tan forzada. Es posible que me desentienda de usted si yo observo que un sentimiento de superioridad se ha apoderado de usted. Me apartaría de usted sin pensármelo. ¿Usted vio alguna vez el cielo surcado por golondrinas? Por favor, dejemos estos asuntos ahora hasta que usted pueda comprender. Y los domingos, ¿cómo eran los domingos? Ceder, no cedería. Por otra parte una distracción causaría con seguridad un accidente. El pasillo estaba lleno de obstáculos y apenas distinguíamos los objetos. Empezaba el

pasillo a resultarme estrecho y larguísimo. Entonces era entonces ¿Se acuerda usted de entonces? ¡Cómo olvidar entonces! Entonces qué me quedaría si olvidase aquellos tiempos. Usted no tiene recuerdos, pero yo tengo muchísimos recuerdos. Descríbame algo de su infancia con palabras que sean imágenes. Mis palabras roerían su corazón como si fuesen un ácido. ¿Qué me queda por perder? Es usted muy desagradecido. Hagamos un alto, hemos recorrido mucha distancia. Cuente hasta cincuenta. Uno, dos, tres, cuatro... Cuente en silencio. Cuando llegue a cincuenta avíseme. Unos entran y otros salen. Las puertas se abren y se cierran. Dentro suceden cosas interiores y fuera suceden cosas exteriores. Los días dichosos son días solitarios, días mudos. Treinta y cinco, treinta y seis, treinta y siete, treinta y ocho. Voces no se oyen. Ruido de agua subterránea se oye. Ventanas no hay. El pasillo no tiene puertas. Hay muchos objetos por el suelo. Cincuenta. Ahora recuperemos la posición para continuar. Bien, me pondré frente a usted. Extienda los brazos y deme las manos. Yo caminaré ahora hacia atrás y usted hacia delante. Habrá notado que su estado me preocupa, pero mucho más me preocupa nuestra situación. Ahora quisiera hablar de asuntos pueriles y que nuestra conversación fuera relajada. ¿Cómo es posible en estas circunstancias hablar sobre temas insignificantes y agradables? Siento un zumbido en la cabeza. Paremos un momento. La cabeza va a estallarme. ¿Cree usted que estaremos solos en esta casa? Ahora intente descansar. Yo no quisiera que usted se tomara tantas molestias conmigo. Usted podría buscar una salida en vez de ocuparse de mí. En ese caso intentaría buscar la salida con usted. Dentro de unos días hasta podremos hacer una excursión juntos. (Sonríe con nostalgia). Ahora descanse. No anticipe nada. Me parece haber oído que antes las personas vivían incluso hasta los cincuenta años sin excesivas preocupaciones. ¿Dónde ha escuchado eso? Son patrañas. No las crea. Le digo que la vida siempre ha estado llena de trampas y de hombres que intentan dificultarla por todos los medios y además, las enfermedades, las desgracias y un sinfín de penalidades. He visto muchas cosas que me sorprendieron y desconcertaron. Espere usted lo peor y siempre habrá algo peor.

Bien, ahora deme las manos. Yo caminaré hacia atrás mientras usted avanza. Recuerde que no debe perder el contacto con mis manos. Ahora esta es nuestra realidad. Noto una ligera brisa. ¿La siente usted? No se confíe. Nuestra suerte depende de nuestra atención. O estamos alerta o moriremos. Hasta ahora nos hemos movido en un medio que no ha cambiado. ¿Inmutable? Un medio inmutable. ¿Continuará así? ¿Inmutable? No obstante usted no debería rechazar la posibilidad de un plan de choque. Cuando lleguemos a la habitación usted podría aventurarse por la casa para averiguar a qué tendremos que enfrentarnos. Me guardé de decirle lo que pensaba. Todavía nos quedaban unos cinco metros para llegar al final de pasillo. Busque ahora una posición cómoda para aguantar estos últimos metros. Si extiende tanto los brazos se cansará antes y le dolerá la espalda. Descríbame un día lluvioso. ¿Llovía, verdad? Concentrémonos en hacer un buen uso de nuestras limitaciones. Sus

rasgos muestran inteligencia. Actúe de acuerdo con sus rasgos. No nos desviemos. Esta repetición me agota. Caemos en las metáforas cuando más necesitamos tener los pies pegados al suelo. Si nota que su respiración se altera, dígamelo. Confiemos en que este espacio que recorremos sea un camino para la recuperación. Primero recuperarnos y después descubrir. Estaremos recuperados cuando sepamos con certeza que nos hemos recuperado y entonces averiguaremos el mal que nos devora. ¿No es extraña esta ausencia de hambre y sed? He oído también que había árboles que medían cien metros y vivían cuatro mil años. Escuché que del océano llegaban los males a tierra firme. Tiene usted una mente que pide a gritos ser saneada. ¿Por qué entonces los hombres no plantaron jardines en el mar? Si continúa con esta actitud me desentenderé de usted y no por capricho, sino por necesidad. No puedo respirar. Descansemos. Mientras, le aseguro que en mi actitud hay una intención. El problema que nos ocupa es que todo tiene un final y no sabemos si hemos llegado al final o estamos cerca del final. Creo que recuerdo algo. No se confíe, la memoria engaña. Sí, recuerdo cómo era mi cara. Yo puedo describírsela. ¿Continuamos? Me pondré frente a usted y nos daremos las manos. Me verá obligado a caminar hacia atrás. Esto me sitúa en desventaja; no debe preocuparse siempre que no nazca un sentimiento de superioridad en usted. Entonces usted me abandonaría a mi suerte. Así es, ¿cómo lo sabe? Usted me lo recuerda constantemente. Parece dispuesto a abandonarme por cualquier motivo y me lo repite a menudo, bien, abandóneme, veremos quién sale más perjudicado. En este momento solo quiero llegar al dormitorio y dormir. ¿Dormir? Tengo que descansar de nuevo. No sé qué me agota más, si usted o mis esfuerzos ¿Qué importa si es usted o soy yo? Al menos aquí dentro no conocemos los efectos de la devastación. ¿De qué me habla? Usted debería describirme cómo era un olivo y me habla de devastaciones. He oído que el tronco del olivo era retorcido y a pesar de ello, bellissimo. Parece haber oído muchas cosas. Tenga cuidado y no se forme opiniones con las cosas que oye, si forma así sus opiniones usted no será usted. Investigaré de dónde viene el ruido del agua. Por aquí pudiera encontrar alguna respuesta. Ahora tenemos que seguir. Para levantarse usted apoyará la espalda en la pared y flexionará las piernas mientras me da las manos. Entonces yo tiraré de usted. Ahora me pondré frente a usted y usted caminará sin perder el contacto con mis manos. Podría ser fatal que usted perdiese el contacto con mis manos. Recuerde que no debe agarrarme las manos con fuerza; tampoco ligeramente. Yo caminaré hacia atrás. Apenas quedan dos metros.

DEL HOMBRE Y OTROS ANIMALES

Sobre esto..., acerca de esto... ¿Cómo continuar? Todo tiene que estar ordenado. Cada uno conoce su misión. Bien, una sociedad estructurada, de Edad Media. El abad, el jurista, el campesino, el guerrero, sí, así fue, entonces todo más sencillo que ahora. Mi padre, un herrero y yo un herrero. Continúo con el oficio de mi padre. Era también el oficio de mi abuelo y el oficio de mi bisabuelo. Más lejos, ya no lo sé. Las herramientas, heredarse, las hemos heredado. Por supuesto, todos tenemos la misma mirada y el mismo orden metido en el cuerpo. Estrujamos a las mujeres de la familia de la misma manera, según la tradición familiar, ¿por qué cambiar? Desde niños hemos evitado las tareas de las mujeres. Nunca se nos pasó por la cabeza hacer lo que las mujeres hacen. ¿Llorar? No sabemos, eso lo hacen ellas de vez en cuando. Y las casas son de piedra. En la chimenea las mujeres guisan en calderos. Ahora continuar con esta incertidumbre, bien, continuar así... pensar acerca de ello, entonces la incertidumbre. Después: «Cada acto tiene unas consecuencias». ¿Una consecuencia o varias consecuencias? Es un bálsamo que los actos tengan una consecuencia o varias consecuencias. Aseguran un orden, bien, un orden frágil, es cierto. ¿Podemos pretender otro orden interno? Desconocer las consecuencias de nuestros actos, esto es necedad. Terrible es la necedad, contraria a la Creación, adversaria del Creador. Entonces interpretar los sucesos, no se pueden interpretar con acierto. Ni siquiera sabemos que haya unas causas. El grado profundo de necedad. Bien, acerca de esto..., o sobre esto..., con respecto a... Antes de posicionarse, averiguar algunas cosas. Los asuntos humanos se distribuyen alrededor de la redondez del mundo y de aquí nos abastecemos, bien, agarramos lo que podemos, también aquello que nuestro entendimiento nos permite. Y además está la fortuna. Bien, admitamos que antes las construcciones eran de piedra, llevaban su tiempo y muchísimo esfuerzo, aunque merecía la pena, puentes y acueductos romanos, Vía Apia, dos mil crucificados en la Vía Apia, pirámides, catedrales, bien, acerca de esto..., sobre esto... poco queda de ese espíritu humano. El espíritu es hoy de plástico. Antes de piedra y antes de barro. Había muchos diluvios, antes, y arrasaban todo. Después no pudieron, los diluvios, llevarse la piedra. El hecho perfecto de la necedad humana. Sobre esto... acerca de esto..., bien, ¿cómo continuar? Y ¿es necesario continuar? No continuar es morir. Morir es quedarse. ¡Ah! Como la piedra. ¡Qué vida tan intensa! Ondulante. Un día y otro día. La tensión arterial sube y baja. Hay muchísimos días sin hombres. ¡Qué tiempos remotos aquellos sin hombres! Es imborrable el pasado. Está en cada objeto, en cada hombre, en los árboles, en el mar. Bien, acerca de esto... empieza a nublarse, la vista. Ya deja de ser gracioso ver cómo camina un hombre. Lo gracioso ahora sería compartir piernas, una pierna apoyada sobre

mi pierna da mucho calor y alegría veladas, a veces. Fuego amigo, escucho. Me siento satisfecho de haber llegado hasta aquí. Los buenos modales abren puertas. Una vez aquí... bien, acerca de esto..., sobre esto o respecto de... ¿Cómo seguir? ¿Guardaré silencio? Como un monje cartujo. Silencio, no guardaré, el silencio tiene agujeros que dejan escapar verdades como montañas. El silencio es una vasija agujereada. A falta de una compañía para mantener una conversación —el nivel entre dos interlocutores se impone por defecto— hablo solo para mí. Es menos violento. Más cómodo que tener un interlocutor. En las conversaciones siempre hay una cesión del más despierto al más dormido, a esto me refería cuando dije que el nivel se imponía por defecto. Hasta en el parloteo más trivial uno gana y otro pierde. Una violencia que no permite la relajación en toda la redondez del mundo. ¿Relajarse? Lo he intentado. Por todas partes empezaron a devorarme. Bien, respecto a..., respecto de..., acerca de... Alguien adecuado ¿un repostero? Podría contar algo provechoso acerca de, bien, o sobre esto. Todos queremos decir algo y a veces tenemos algunos argumentos. Un buen hojaldre es un magnífico tema de conversación y un buen argumento. ¿Puede decir algo mejor dicho un repostero que darnos a probar sus hojaldres? Y nunca estará más acertado en sus palabras que cuando hable de sus pasteles. Bien, ahora, no perder de vista el motivo que me ocupa. Por las mañanas, antes de levantarme, me estiro como los gatos mientras me rechinan los dientes. Tensión, entonces, de los músculos y temor a que se rompa alguno. Incertidumbre. Aunque el significado de algunas palabras sea contrario a mis intereses, reconozco que encerradas en sí mismas, algunas palabras con significado desfavorable son muy bellas, como algunas personas, bellas por fuera y podridas por dentro. Bien, una vez dicho... acerca de esto..., sobre esto... se trata de continuar. ¿Corre el tiempo en contra? Por otra parte hay palabras horribles que a la vez tienen un significado feo. En este mundo nos encontramos de todo. Una de las cosas más importantes en este mundo es aguantar para no venarnos abajo, si uno se rinde, entonces, bien, si uno se rinde... acerca de... con respecto a la rendición. Algunos animales simulan que están muertos cuando la situación es muy peligrosa. ¿Están entonces convencidos de su actitud? Bien, es un misterio que no acierto a descifrar cómo algunos animales tienen tal sagacidad, de mentes así pueden esperarse más cosas de las que sospechamos. Bien, ayer vi cómo descansaba, apretujada, una colonia inmensa de ánsares, de pronto divisan un águila de cabeza pelada y a esos ánsares no se les ocurre otra cosa más inteligente que echarse a volar en vez de seguir como estaban o atacar al águila juntos. ¿Cómo interpretar estas diferencias entre los animales? Acerca de esto..., sobre esto... o respecto a esto. ¿Seguir? Sí, entonces había paz porque había orden y ¿qué hicimos?, no otra estupidez que morir de abundancia. Estábamos tan empachados que nos aburríamos y queríamos cambiar, y cambiamos, y los cambios nos aniquilaron. ¿Cuáles son las diferencias entre nosotros y los ánsares? Bien, diferencias hay, acerca de esto... sobre la esencia del asunto... por si esto no fuera suficiente, estamos

convencidos de que fuerzas ajenas causaron nuestros desgraciados cambios. De nuevo, para partirse de risa, igual que cuando observo a los monos en el zoológico. Aunque bien, acerca de esto...o respecto a esto nada me divierte, aun cuando veo los cambios desde el lado cómico. Lo cierto es que ahora parece que... El parecer no tiene envidia de la certeza, ciertamente parece que... Tengo ocupada la cabeza por asuntos triviales. Según avanzo en edad me caigo con más frecuencia. Las piernas me pesan, apenas las levanto del suelo; o hace frío ya en la cama; o mañana tengo que llegar media hora antes al trabajo; o qué prepararé hoy de comer; o tendré que poner dos lavadoras; o he de llamar al conductor de la furgoneta y también al responsable del material; o a quién dejaré luego las llaves; o no podré correr esta tarde porque me duele la rodilla; o qué haré en vez de correr; o comeré hoy judías verdes en vez de macarrones; o ¿aprobará el gestor el ridículo presupuesto de sesenta y dos euros?; o ¿tendré que ajustarlo más?; o ¡ah, el pan! (recuerda que hoy tienes que comprar dos barras sin sal); o cambiar los décimos de lotería; hoy lunes todos quieren cobrar los premios y entonces, esperar, en estas situaciones más que en otras las personas son lentas. Ellas, las personas lentas, buscan el monedero cuando la lotera les ha dicho el precio y casi nunca encuentran el monedero en el primer intento y luego pagan con moneditas que cuentan dos o tres veces. Sobre todo evita las colas donde hay ancianos, los viejos son lentos entre los lentos. Sí, mejor iré mañana, bien, acerca de esto o sobre esto... no pierdas el contacto con la realidad, si lo pierdes las ratas subirán por las piernas hasta llegar a los hombros, tan cerca de la cabeza... bien, recupera la realidad, vuelve a la hermosa vida, como vivir sin saber el día, aunque conviene conocer el mes y el año. La pérdida del mes o del año revela grandes limitaciones, no así la del día, licencia propia de los vividores. ¿El tiempo juega a mi favor? Nunca. El tiempo nunca juega. La inteligencia es la que juega, bien, no distraerse más con preguntas.

EL APRENDIZ DE HISTORIADOR

En el año 1345 —el año es irrelevante—, por supuesto después de la llegada de Jesucristo al mundo —no entiendo por qué lo da por supuesto—, de los cinco millones de habitantes de Aldorfer, cuatro millones mostraron su conformidad con que el príncipe Adolfus sucediera a su padre, el rey Adolfus III. Cerca de un millón de habitantes quedó decepcionado por esta sucesión, algo que por otra parte era previsible. Parece que usted trate de confundirnos. ¿Qué era previsible, la sucesión o la decepción de los habitantes? Además, ¿cuántos individuos del grupo más numeroso estaban descontentos y, sin embargo, los incluye en el grupo de los afines al nuevo rey? Y ¿cuántos se arrepintieron de dar su conformidad a tal besugo malvado? Tan pronto como el príncipe Adolfus fue coronado como Adolfus IV arrojó al lago que rodeaba el palacio los sabios consejos de su antecesor, su padre, el rey Adolfus III, y así empezó su alocado reinado. ¿Alocado? No precisa usted. Terrible. Sangriento. Por favor, elabore una lista de adjetivos y escogeremos el más adecuado siempre de acuerdo con la verdad. ¿Qué verdad? ¿La de los privilegiados? ¿La verdad de los condenados? ¿La verdad del rey? Me pone usted siempre en una situación paralizante. Se lo repito, ponga todo lo que escribe en cuarentena. Las primeras decisiones del nuevo rey no favorecieron la felicidad de los habitantes del reino. ¿Cómo dice aquí? ¿Ha reflexionado antes de escribir esto? Si continúa con esta actitud tendré que tomar medidas. Nunca ha sido fácil para mí tomar medidas y mire, tengo un cargo en el cual solo tomo medidas. Ambos saldremos perjudicados. Espere, no tenga prejuicios, espere a que redacte las primeras decisiones del rey Adolfus IV y entonces juzgue. No ha entendido nada, a pesar de que ya se lo he explicado más de una vez. No es este el fondo del asunto. Usted puede enumerar veinte decisiones que contribuyeron a la desgracia de los súbditos. ¿Acaso esas medidas provocaron la infelicidad de todos los habitantes del reino? Observe que mis preguntas ya mueven a la confusión. Sin duda, las decisiones del nuevo rey beneficiaron a algunos habitantes y perjudicaron a otros. Me refiero a que usted habla con lugares comunes y esto es inaceptable en su trabajo. Sucede con los cambios como... No siga, interpreta de nuevo. El rey Adolfus IV empezó a reinar tras la muerte de su padre, el rey Adolfus III, el 8 de octubre de 1345. Bien esto ya se ajusta más a la realidad, no obstante todavía es posible precisar más. Así esta historia no será sino una recopilación de datos. ¿Qué aportará al conocimiento de las causas? Usted no ha entendido nada. Explicárselo, no se lo explicaré de nuevo. ¡Ajústese a la labor encomendada! El nuevo monarca Adolfus IV empezó su reinado con la animadversión de millones de sus súbditos. Una pequeña parte de la población de su extenso reino recibió con alegría su llegada al trono; otros habitantes mostraron su indiferencia; algunos ni siquiera sabían que estaban gobernados por un rey. ¿Cómo? ¿Usted cree en lo que escribe? Trato de ceñirme a las reglas. ¿Qué importancia tiene para mí si creo

o no en ello? Insolencias no permitiré. Suprima el párrafo anterior y continúe desde la frase que acaba «el 7 de octubre de 1345». No fue el siete, sino el ocho. Bien, desde el ocho de octubre. La sucesión fue recibida con... ¿Por qué se empeña en impresiones, estados de ánimo, hechos subjetivos? Observe. El rey Adolfus IV tenía cuarenta años cuando sucedió a su padre, el rey Adolfus III. Esto sucedió el 7 de octubre... el ocho de octubre de 1345. Reinó durante quince años. El primer desafío de su reinado fue la revuelta de los enanos, el 15 de noviembre de 1345. ¿Nota la diferencia? Ahora continúe usted. Bien, el rey Adolfus IV aplastó la revuelta de los enanos con una violencia... ¡Pare, por Dios! A pesar del cariño que le tengo, a pesar de la amistad que me unía con su padre, a pesar de su expediente... ¿Intenta despedirme? Comprendo, usted hace muy bien su trabajo, cumple con creces la misión que se le encargó.

EL CORONEL

Señores, antes de irnos, ¿tienen alguna duda? (Pasan unos segundos). Bien, señores, su silencio en este caso está lleno de sentido. Me asegura que ustedes han comprendido al pie de la letra la misión. Sería un suicidio que alguno de ustedes, sin comprender algún aspecto de la misión, se embarcase en esta misión con dudas que pondrían en peligro a todos. Trabajo en este departamento desde hace quince años y nada me sorprende ya en cuanto al comportamiento humano, por lo tanto es posible que a pesar de mis esfuerzos alguno de ustedes dude sobre un aspecto que puede parecer trivial. Si es así, ahora es el momento de aclarar la más pequeña duda. Bien, señores, ahora es el momento de las dudas y las aclaraciones. (Pasan unos segundos). El silencio, no obstante, me preocupa. Por una parte me dice: «Todo es diáfano para todos»; por otra parte, me molesta tener que decirles que yo expongo ante ustedes mi duda. Así es, dudo acerca de que ustedes hayan comprendido todo el entramado de la misión. Bien, señores, haré unas preguntas para asegurarme. (Casi todos los soldados muestran su nerviosismo). He observado que temen mis preguntas. Pasaré de nuevo a explicar todos los detalles de la misión. (Un soldado bosteza). Bien, señores... (El coronel bosteza. Algunos soldados también bostezan inmediatamente después del bostezo del coronel). Observo que están cansados, probablemente también aburridos y hambrientos. Hablaré con claridad. Lo entenderán enseguida. Ustedes han sido seleccionados entre miles de soldados por destacar en las tres cualidades que todos ustedes conocen y no es momento de recordar. (Dos soldados bostezan). Comprendo, comprendo. Ustedes están aburridos y de malhumor y en parte lo entiendo. Mientras sus compañeros gozan de un día de permiso en esta bellísima ciudad, ustedes han de estar aquí precisamente por destacar entre ellos. Alguno de ustedes pensará que es mejor ser un mediocre. ¿Se han dado cuenta de que yo estoy en la misma situación que ustedes? Porque yo estoy aquí también por tener las mismas cualidades que ustedes y podría estar ahora con mis hijos, en mi casa de la playa, disfrutando de la brisa del mar, en vez de estar ahora en esta sala oscura y mal ventilada (un soldado sonríe) con veinte soldados, todos compartiendo una misma suerte, en una misión que puede acabar en segundos con nosotros. (Un soldado se levanta). Señor, no tiene que darnos tantas explicaciones. Eso mismo pensaba yo hace un momento mientras hablaba, y me preguntaba por qué daba tantas explicaciones. Según hablaba pensaba en otras cosas. Ustedes han escuchado unas cosas, mientras yo pensaba en otras que me he callado. (Otro soldado se levanta). Señor, díganos con franqueza en qué pensaba. (El coronel sonríe). Bien, señores, hemos llegado a un punto de entendimiento y fraternidad que es perjudicial para el éxito de la misión. La misión, como ya saben, se sustenta en la confianza y en el respeto. Si no mantenemos la distancia, fracasaremos.

Ustedes, los soldados, son soldados y yo, el coronel, soy coronel. Conviene que tengamos esto muy claro. Así pues, ¡firmes! (Los soldados ríen). ¡Firmes! ¡Es una orden! (Los soldados ríen con más fuerza. Pasan unos minutos hasta que los soldados se recuperan). Bien, señores, comprenderán que hemos llegado a un punto sin retorno. Nuestra relación acaba de sufrir un deterioro insalvable. Es mi obligación comunicar al mando superior el fracaso de una misión que ni siquiera ha empezado. (Se levanta un soldado). Usted es el único culpable de este fracaso. Señores, no se engañen. Estos son tiempos complicados. (Se levanta otro soldado). Usted no tiene autoridad, le falta carácter. Bien, señores, acusaciones y más acusaciones. Yo soy capaz de cargar sobre mis espaldas con todos los reproches de mis soldados, incluso los de mi mujer y mis hijos. Hace un momento ustedes me respetaban y ahora soy el hazmerreír. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué ha cambiado en tan corto tiempo? (Pasan unos segundos). Comprenderán que este cambio está contemplado en el protocolo de la misión. (El coronel sufre una extraña alteración. Los soldados se encogen atemorizados). ¡Usted! (El soldado señalado se levanta. Tiembla). Descríbame su misión. Bueno, yo... estoy... ¿Ustedes creen que tenemos alguna posibilidad? ¡Siéntese! Bien, señores, señores, señores y señores, empezaré de nuevo. (El coronel ríe con malicia).

¿CÓMO EMPEZAR?

Empiezo esta historia sin saber nada de ella. Espero que según avance el relato conozca algo acerca de la historia. Me he puesto cómodo, así me concentraré antes en una historia que desconozco. Ahora tengo tiempo. Con tranquilidad encontraré un comienzo desde el que seguir, algo parecido a: «Érase una vez el hijo de un carnicero» o «En el valle de Seawood, antes del terrible suceso». La primera palabra será «Amanece» y la última «viaje». Encerraré la historia entre estas dos palabras. Intentaré la primera frase: Amanece... No soy capaz de encontrar lo que sigue. Desde luego puedo escribir que «Amanece en el pueblo de» o «Amanece después de». No, no es así como debe empezar esta historia. Cuando me encuentro en situaciones como esta me levanto para tomarme las pulsaciones, pesarme y comprobar mi tensión. Y esto es lo que voy a hacer ahora. Bien, cincuenta y cinco pulsaciones, cincuenta y nueve kilos y doce-seis de tensión. Vuelvo a la postura anterior. Estas cifras me sientan bien.

Llueve en este día de abril y hace frío. Me tapo con una manta. Agotaré todo el tiempo que me he concedido para empezar esta historia. Tengo una hora y media todavía. ¡Qué suerte es disponer de una hora y media! «Amanece y...» A pesar de la manta tengo escalofríos. Quisiera vivir en un lugar cálido y en una casa con solo cuatro paredes. Amanece...

UN DÍA FRÍO

Este día frío está necesitado de sol. Así es, con el sol este día frío al menos parecería otro día, aunque fuera tan frío como este día frío. Es un día apropiado para estar todo el día apartado del día, dentro de una casa con chimenea, por ejemplo, y apenas saber nada del exterior. Que aquellos que salgan a enfrentarse con el día carguen con las consecuencias. No me responsabilizo de ellos y que no me vengan, ellos, los arriesgados, con malas noticias, que si los pies se han helado o que si han resbalado a causa del hielo, y menos que se han partido la pierna o un brazo.

Cuando he asomado la nariz al día él, el día, me ha dicho: «¡Quédate al calor del hogar, loco! ¿Dónde vas hoy? ¿Me subestimas?». Lo he entendido rápidamente. Me he refugiado en la habitación más lejana de la puerta de entrada con el Orlando Furioso, tres velas y una botella de ginebra. Y esto a pesar de mis compromisos. Pensé que después del segundo vaso de ginebra vería las cosas más relajado. Me refiero a los compromisos. Hoy es hoy y es un día muy frío. Apremiaba elegir entre las dos posibilidades: bien los compromisos del día comprometido o bien el refugio. Decidí enfrentarme al día para no eludir mis compromisos; tan pronto como salí de casa se impuso la vuelta a casa; mi decisión fue aniquilada por el frío del día. Sin duda, era un día necesitado de sol. Aun así me reproché mi débil voluntad; luego me dije que cualquier decisión que tomase no tendría mucha importancia. Fui un hombre decidido; fui un hombre pusilánime; fui un hombre valiente; fui un hombre cobarde. Y bien, ¿y qué? Toda una simple pirueta del momento. Ah sí, mientras, en ese momento... He aquí al maestro del momento: un contorsionista sin prejuicios. Renuncié, pues, al día, muy frío, y entré en el Sancta Sanctorum con el Orlando Furioso y una botella de ginebra. Encendí las tres velas. Antes de empezar a beber y a leer debía solucionar algunos asuntos. Siempre, antes de satisfacer mi deseo debo ocuparme de asuntos ajenos a mi deseo. Sería más conveniente atender primero a los asuntos y luego desear. ¿Lo crees así, ojos de lechuza? Allí, en la habitación, pensé que si alguien me buscaba por el bosque no me encontraría. El mundo es muy grande para buscar a un perdido, sobre todo cuando el buscador ignora todo acerca del hombre perdido. ¿Y quién me buscaría en el fondo de la casa? Yo, ahora, tendría que estar expuesto al día como un hombre parecido a los hombres que un día cualquiera consagran sus esfuerzos a solucionar problemas. En este día frío, hombres muy abrigados, con guantes que protegen manos delicadas y también orejeras, las orejeras no estorban en estos días, hay muchas prendas útiles en estos días. ¿Enumerarlas? ¿Para qué? Hagámoslo mentalmente. Incluso allí, pertrechado en el fondo de la casa y en el fondo de la habitación, los hombres no eran capaces de olvidarme, preguntaban por mí y me echaban de menos. No, no, así no. Me falta precisión. Ellos, los hombres, no se interesaban por mí. Los hombres, ellos, se interesaban por aquello que

podían sacar de mí. ¿Acaso descubro?

El Sancta Sanctorum es muy austero: una cama, una mesilla y tres velas. Es una habitación con pocas intenciones. No entra luz exterior. Aquí, en la habitación, nada debe animar a las sensaciones del paso del tiempo. Entonces, en aquel día, salí a la calle, preparado para continuar con las trivialidades cotidianas. Era un día muy frío. Era un día al cual le faltaba el sol allí arriba. Si el sol hubiera estado donde debía estar, yo entonces... Entré en casa. Rápidamente, el libro y la botella de ginebra. Me sienta bien la ginebra en días como este. En el Sancta Sanctorum me vino de nuevo a la cabeza el problema judío. Los nazis querían llevar a los judíos a Madagascar. Todo el mundo en Alemania sabía que los judíos eran deportados. Y esto apenas hace un poco más de medio siglo, en la civilizada y burguesa Europa, una guerra con más de cuarenta millones de muertos. ¿Acaso no cabían todos en este mundo? La naturaleza, la sabiduría divina derramada por el universo, la compensación, muy sencillo reproducirse y otros cuarenta millones en un momento, manos a la obra y cuarenta millones más, muertos también dentro de unos años, todos sin saber nada acerca de la muerte, cada uno con una opinión, casi todas prestadas. Había montañas de gafas y montañas de relojes. Literalmente: «Los matábamos a trabajar». Allí, en la habitación, en el fondo del día para no sentir el día, muy frío, yo estaba tumbado a la luz de tres velas.

Supe más tarde que el día frío había degenerado a muy frío. Por supuesto, allí, en la habitación, no me enteré del día ni de muchas otras cosas. Mejor así. Después de todo, dentro, en la habitación, o fuera, en el día frío, seguiría preguntándome qué pasaba con el mundo y con los hombres.

CREPÚSCULO

Desde hace unos días nota que cuando camina por la calle —solo por la calle, y no por el campo— tiende a desequilibrarse. Cada paso que da tiene la impresión de que será el paso que lo conduzca al suelo. Le parece que los pies no se apoyan bien. De repente ha dejado de caminar como lo hacía siempre. Pisa de una manera extraña, dice que los pies han menguado y no ha tenido tiempo de acostumbrarse. Ahora se fija en las irregularidades del terreno, en el suelo mojado, en los bordillos de las aceras. ¿Empieza a fallarle el sistema locomotor a pesar de que aún es joven? También en estos días ha notado otro cambio extraño. Cree que tiene relación con el anterior. En aceras poco transitadas, cuando una persona viene de frente, tiende a chocarse contra ella, y no porque así lo quiera. En estas situaciones, al ver que alguien se aproxima se dice: «Sigue en línea recta y mira hacia el horizonte», pero cuando apenas está a un metro hace inconscientemente un ligero movimiento hacia el transeúnte y si este no camina distraído —casi siempre los hombres andan distraídos— él, el transeúnte, consigue evitar el encontronazo. Durante treinta años no se había chocado contra nadie en una acera. En los últimos quince días ya ha sufrido tres cabezazos. Todo esto no le preocupa mucho. Le preocupan más otras cosas, así, el dolor en el costado derecho, la pérdida del trabajo o el envejecimiento repentino de su madre. Y luego hay otras cosas que le preocupan mucho más que estas.

VAGABUNDOS

Venimos de muy lejos, venimos de tan lejos que no recordamos cuándo empezamos este viaje, ni siquiera recordamos el motivo que nos empujó a salir de dondequiera que vengamos. Suponemos que allí la vida era insoportable. Pudiera ser que no vengamos de ningún lugar, que vaguemos desde niños. En todas partes hay algo que nos desagrada, entonces volvemos al camino hasta que creemos encontrar un lugar un poco menos hostil que el anterior. Pocos días después descubrimos cosas tan desagradables como antes. A veces el mismo día de nuestra llegada. Hoy es el tercer día del viento del norte, ayer estuvimos rodeados por los lobos.

Nuestra manera de vivir invita a creer que somos hombres luchadores y fuertes, sin embargo. evitamos la lucha, huimos siempre y estamos enfermos. ¡Ah, las apariencias, cómo confunden a los hombres! Estos que están aquí son mis hijos y aquella mi mujer. Obsérvenos. ¿No estamos más cerca de los animales que de los hombres? Y aun así nos permitimos algunos lujos. Los domingos soñamos con llevar otra vida. Y los lunes volvemos a nuestra vida hasta el próximo domingo. Tenemos los pies tan doloridos que no podemos apoyarnos. Avanzamos muy despacio y nos turnamos la única bestia que tenemos. Cuando voy sobre el animal pienso, y pienso cosas aniquiladoras. Sería el momento oportuno para pensar otro tipo de pensamientos. ¿Por qué se interesan en nuestro modo de vida? ¿Ustedes no tienen nada más provechoso que hacer? Sus costumbres han llegado a un extremo tan peligroso como el nuestro. Todos acabaremos por volarnos los sesos unos a otros, pero a diferencia de nosotros, ustedes viven en la abundancia. Ustedes con su abundancia e insatisfacción y nosotros con nuestra miseria; al final todos desapareceremos de este extraño mundo.

No lo crea, es complicadísimo acabar con los hombres; epidemias, guerras, catástrofes naturales y aquí seguimos, nos adaptamos a todo como las cucarachas y las ratas.

¿No cree usted que hemos comenzado bien? Yo creo que hemos tenido un excelente comienzo para entablar una amistad, aunque durará poco, por otra parte, porque nosotros continuaremos y ustedes se quedarán aquí. Yo espero siempre que llegue el momento de marcharnos y sabemos que ha llegado cuando todos queremos irnos. Ahora tenemos tiempo para entablar esta pequeña amistad, hasta que decidamos dejar este lugar. ¿Sabe de qué le hablo? Me interesa saber qué vieron en nuestro pueblo para detenerse en él con la esperanza de que este lugar fuera el sitio definitivo. Sucede a menudo que uno no ve aquello que tiene siempre delante. Como si hubiera adivinado mis pensamientos se levantó y trajo una botella de vino. Este detalle me abrió el corazón. En realidad no hubo un motivo firme para detenernos aquí. Estábamos agotados y decidimos descansar unos días en este lugar. Era ya de noche; cuando amaneció empezó a gustarnos la disposición de las calles.

Enseguida supimos que no era un lugar diseñado para la huida. Habrá observado que cuando hablo incluyo a todos mis compañeros de viaje; hablo con la voz del grupo; cualquiera de nosotros podría estar aquí y estoy seguro de que respondería lo mismo que yo a las mismas preguntas de usted.

Hacía tiempo que no me sentía el protagonista. El interés de aquellos hombres por nuestro peregrinaje me animaba. Pensé: «Estos hombres son felices y deben de tener buenas esposas». Ahora me embargaba el optimismo. Duró poco, tan pronto como me pidieron que les contara alguna historia divertida de nuestros viajes por el mundo la cara me cambió y debieron de notarlo, con todo me rogaban, con un servilismo vergonzoso. Se frotaban las manos y gesticulaban como usureros jacobinos. Yo podría haberles contado historias increíbles con los registros más variados, pero me callé. Aquellos hombres, que hacía un momento me agradaban como pocos, ahora me asqueaban con sus gestos y su impaciencia. Sabía que realmente no querían escuchar mis relatos, sino acumularlos, como acumulaban el oro en sus sótanos. Era lo mismo en todos los lugares donde tratábamos de asentarnos. Unas veces descubríamos la miseria pronto y otras más tarde, así sucedía siempre.

UN INSTANTE DE LUCIDEZ

El asunto era un asunto difícil, tan difícil como él nunca había encontrado un asunto, el asunto y la dificultad ahora juntos para hacer un asunto problemático. Él se despertaba cada día, pero no se despertaba completamente. Es comprensible. Disculpamos que él creyese que aquello era natural, me refiero a pasar inadvertido, para él, su estado entre el sueño y la vigilia, y ahora se había dado cuenta de que no se despertaba del todo ¿Cada amanecer? Es decir, a manera de repetición, él había vivido sin despertar del todo y considere que él forzaba los dedos de las manos y crujían; forzaba las rodillas y crujían, no como los dedos de las manos, un crujir, el de las rodillas, más robusto. Escuchaba: «Han pasado diez años desde la última vez...» ¡Dios mío, diez años! Después de cuarenta años —toda su vida— con esta costumbre inconsciente. Recuperar la normalidad no era la manera conveniente de atacar el problema, así él mismo comprendió este complejo asunto, en verdad un logro importante para un hombre como él, en este caso él y no otro. Un descubrimiento, percibir finalmente, en un instante de fortuna, aquello oculto durante cuarenta años, destapar, ¿cómo tras cuarenta años? El asunto, ahora descubierto y sin duda difícil, el asunto más difícil que él había encontrado, no frente a frente, sino en su interior, carne de su carne y sangre de su sangre, bien, este asunto que no podía ser eludido y que llamaba su atención, pues ¿qué quedaba de la realidad hasta ahora percibida? Este asunto le revelaba que hasta ahora, entonces, había visto sin ver, ¿oído también? ¿Y sentido? Donde hospitalidad ahora hostilidad, donde bondad ahora apariencia, entendámonos, ahora más cerca, más cerca de todo, como la vista de un águila enrevesada, ¿troncos retorcidos?, no tenía por menos que reír a carcajadas, así elevado sobre la trivialidad diaria. No obstante él dudaba, ahora, entonces. Se decía: «Esto no puede ser verdad o ¿en realidad esto era así?».

UNA IMAGEN

Por alguna razón, él, el niño, está armado con un palo. ¿Es un arma ofensiva o defensiva? Y antes de esta pregunta, ¿cómo sé que es un arma? Pues bien que podría ser él, el palo, un instrumento de juego o un palo que él, el niño, ha encontrado y ha cogido porque le agradaba su forma o color. No hay duda, ahora la actitud del niño es belicosa. Ahora bien, ¿cuál es su intención? ¿Reventar cabezas? ¿Defender su cabeza? Sin duda prevalecerá una de las dos. Puedo seguir algunas pistas e interpretarlas. En cualquier caso ahora él, el palo, es materia con algo del alma del niño. Ciertamente él, el niño, con él, el palo, no parece gozar de libertad de niño. Llama la atención un palo tan alto en un niño tan bajo. Él, el niño, tendrá unos doce años y apenas mide un metro y medio. Mientras camina por una orilla pedregosa, él, el palo, roza el agua del río. No existe afinidad alguna entre él, el niño, él, el río y él, el palo. Todos están fuera de lugar una vez que forman un conjunto; aquí lo esperado sería la imagen de una excursión escolar o familiar. Corren tiempos difíciles y todavía no me he acostumbrado. A menudo se imponen en nuestras mentes imágenes de otro tiempo. Así es, ahora veo una imagen desagradable a mi sensibilidad burguesa.

Con alguna preocupación esta escena, él, el niño, él, el palo y él, el río, me lleva a pensar que estoy siempre en el presente y que continuamente pierdo el presente y solo me quedan restos ridículos de él, el presente, y que con estos restos —gracias a ellos, los restos— estoy en el presente que soy.

UNA HISTORIA IMPOSIBLE

Era esta una historia imposible de modo que el autor se vio obligado a cambiar algunas cosas para que ella, la historia, fuera posible. Digamos que la historia era como era, aunque no podía ser contada como era. Cabía la posibilidad de que ella, la historia, fuese narrada como palabra revelada, a modo de historia sagrada, en verdad, un intento imposible; el autor no vivía en los tiempos bíblicos ni era un Isaías o un san Marcos. No obstante él, el autor, era un hombre honrado y, como se esperaba de él, no albergaba malas intenciones. Cuando conoció la historia se dio cuenta de que ella, la historia, no podía sostenerse tal como era y así no tuvo más remedio que alterar algunos detalles para que ella, la historia, fuera aceptada, alteraciones que convirtieron a la historia en inaceptable precisamente por la intención de hacerla aceptable. En un primer momento el encargo no convenció al autor. Después de unos días él, el autor, se arrepintió. Tomó las riendas del encargo no sin avisar antes de los inconvenientes. Así él, el autor, dio la impresión de ponerse a la defensiva. Era una impresión a todas luces acertada, pues en efecto él, el autor, estaba a la defensiva. Contestó con muchas excusas para dar a entender que aceptaba el encargo con reservas, una postura que fue interpretada por el encargado como una equivocación que no presagiaba nada bueno.

UNA ENTREVISTA

Me dice: «Pan para hoy y hambre para mañana». He perdido los rasgos de su cara. Sin embargo, recuerdo algo de la habitación. No era una habitación grande. Decir ahora: «Era una habitación tan pequeña que oprimía el alma». Una habitación salvada por un cuadro de Morandi, obra tardía, de madurez. ¿Cómo aquel hombre tenía un cuadro de Morandi en su habitación? Ni un solo recuerdo sobre el aspecto del hombre. Sí recuerdo que allí, en la habitación, hacía mucho calor. Esto si lo recuerdo. Calculé, entonces, que unos treinta y cinco grados. De esto me acuerdo como si lo hubiera vivido esta mañana. Era el conjunto un campamento militar situado en el conjunto de un bosque. Y yo llegué allí en bicicleta como alguien que se interna en un campo de minas sin sospechar ni comprender nada. Me encontré con un puesto de control. Me permitieron pasar sin dar explicaciones. También pude pasar la bicicleta. ¡Una bicicleta en un campamento militar! Igual que en los viejos tiempos. ¿Cómo llegué hasta la habitación-despacho del hombre sin rasgos? Tampoco lo recuerdo, pero sin duda mis manos sudaban. Hasta allí me llevaba una ilusión. Tenía algunas esperanzas. Hablé con el hombre de la habitación-despacho unos veinte minutos. Mientras me hablaba pensaba que allí estábamos los dos en el corazón del bosque sin tener apariencia de emboscados. El hombre podría haber pasado por un oficinista de una gran ciudad. Cualquiera se hubiera dado cuenta de que estábamos de paso, a pesar de estar, ahora, entonces, en el corazón del bosque. Es curioso que no haya retenido nada de aquel hombre. Pasé unos veinte minutos mirando su cara y no recuerdo si era joven o viejo, rubio o moreno, alto o bajo, delgado o gordo. Aquel hombre acabó la charla con «pan para hoy y hambre para mañana». Recuerdo este final y también que me dije: «Ni siquiera me deja tener el pan para hoy». Nos despedimos con frialdad, a pesar del calor sofocante. Salir de allí fue más sencillo todavía que entrar, allí, aun cuando salí del corazón del bosque sin las esperanzas que había llevado hasta el corazón del bosque.

ELLA

Anote que ella ha pasado la noche despierta, que se ha levantado unas siete veces y que lloraba a menudo. Anote también —esto no sé si será relevante— que se echaba mano a la tripa. Puede utilizar otra expresión para esto último. ¿Anotó ya que ella es incapaz de comunicar sus dolores y preocupaciones? Le ruego que observe su comportamiento durante la clase y me diga si ha notado algo extraño. Ella siempre viene alegre a sus clases, así nos lo parece. Creemos notárselo cuando tomamos el camino hacia su colegio. De todas las formas es difícil de interpretar. Todos necesitamos ahora un poco de perspicacia y sobre todo debemos estar muy atentos. En asuntos como este la costumbre es demoledora, nos ciega e insensibiliza. ¿Tiene la impresión de que he utilizado las palabras adecuadas? En cualquier caso sabemos que es usted un hombre perspicaz y a quien no se puede zarandear mucho.

Sospechamos que ella expresa el dolor mediante el llanto. ¿Cómo saber si es dolor físico o tristeza? La pasada noche ella se tocaba la tripa, de aquí podemos deducir que tenía dolor de tripa, pero ella suele llevarse las manos a la tripa cuando tiene ganas de orinar, aunque no llora en estos casos. La pasada noche, mientras se tocaba la tripa, lloraba y mientras orinaba también lloraba. No es su comportamiento habitual por eso estamos desconcertados. Si es tristeza, no lo sabemos. Si es dolor, no lo sabemos. Sí sabemos que ahora hay asuntos más importantes y urgentes que este. Entenderá que tenemos debilidades y ella es una de nuestras debilidades. Obsérvela y apunte todo lo que salga de su comportamiento habitual de modo que nosotros tengamos una información ajena a su ambiente. Ahora más que nunca son importantes los detalles. Durante el trayecto desde allí hasta aquí ella miraba por la ventanilla del coche y parecía entretenida. Observamos que ella no ha llorado en el trayecto desde allí, de la casa, hasta aquí, su consulta. Si siente algún dolor pudiera ser que el vaivén del coche haya aliviado ese dolor, hasta ahora incierto en cuanto a su localización e incierta también la existencia del algún dolor. ¿Acaso sus lágrimas son de tristeza? Esto es lo que debemos averiguar, por ello le rogamos que anote cualquier desviación de su conducta habitual. Apunte por ejemplo que inclina la cabeza hacia la derecha, señal de debilidad, siempre que efectivamente la incline hacia la derecha. Anote que la pasada noche mientras ella lloraba caía una fuerte nevada. ¡Imagínese, nieve aquí! Esta mañana, cuando salimos de casa para venir aquí creíamos estar en Minnesota. Ella miraba todo el tiempo por la ventanilla del coche, sin duda por la novedad, incluso nosotros nos olvidamos de ella durante un momento, cautivados por los bellísimos paisajes. Nunca ha sido tan ameno el trayecto desde allí, nuestra casa, hasta aquí, su consulta, y ello a pesar de nuestra preocupación por ella. Se nos pusieron ojos de nieve y esto llevó a aquello. Los sentimientos se enfrían con la nieve. ¿No ha sido así siempre? El frío es racional y el calor sentimental. ¿Está usted de acuerdo?

DOS HOMBRES

Según el resultado de mis estudios, concienzudos estudios, he concluido, conclusión indiscutible, que un hombre bueno puede carecer de inteligencia, pero un hombre inteligente perseguirá siempre la bondad. Bien —dijo él—, ahora no estamos —dijo él— reunidos aquí, así dijo, para tratar el tema de la bondad o la maldad —dijo él— en este mundo tan extraño, así dijo. Los dos hombres se han apartado del grupo para procurarse intimidad, intimidad de dos personas y no de una persona como alguien podría pensar. A pesar del alejamiento, ambos, los dos hombres, oían los ruidos que llegaban del acto principal y este oír común formaba en los dos hombres, en ambos, una maraña incómoda para la conversación de ellos, los dos hombres. Pude escuchar que uno de ellos dijo: «Es un ambiente tan aniquilador que necesitamos máscaras de gas». Esto dijo, así escuché esto que dijo uno de los dos hombres y también vi, al mismo tiempo que escuchaba, que el interlocutor asentía. Los gestos del hombre que asentía no ofrecían duda, asentía, desde luego, pero hasta en las cosas más evidentes puede haber engaño. Estoy, pues, casi seguro de que cuando el otro hombre dijo aquello su compañero estaba de acuerdo. Sin embargo, ninguno tenía máscara de gas y el ambiente no había acabado con ellos. Me acerqué con el protocolo del grado tres de disimulo. Bien —dijo él—, hace tiempo me consideraba viejo, así dijo, y ahora —dijo él— cuando me recuerdo me digo que no era tan viejo, así dijo. Tenga en cuenta que le hablo de recuerdos de hace cinco o seis años —dijo él—. Cuando dentro de cinco años —dijo el otro hombre— usted recuerde este momento, así dijo, pensará también que entonces, ahora, no era tan viejo, dijo él. Así de extraño —añadió el otro hombre— es todo, esto añadió.

Acerca del ambiente principal —no olviden que ambos, los dos hombres, se apartaron a un rincón solitario— nada digno puede ser dicho. Era un ambiente enrarecido, no más allá de un puñado de hombres sedientos de venganza. Bien —dijo él—, en el fondo de este asunto ¿no está la absoluta incapacidad del hombre para llegar a acuerdos provechosos para todos?, así preguntó él mientras afirmaba con la pregunta.

Nos llegaron noticias del exterior que aumentaron la violencia en la sala. Así: «La búsqueda continúa sin éxito». Por otro parte mientras buscaban a los niños ¿qué éxito podía haber? Bien —preguntó él—, ¿no cree que esta reunión debería tener una hora fijada para el final?, llevamos ya cinco horas, así dijo, y no sabemos el tiempo que queda para que acabe. Bien— dijo él—, nuestra equivocación es haber entrado aquí, nada nos obligaba —dijo él—, ahora no podemos irnos sin levantar sospechas, así dijo.

Hemos sido utilizados —dijo el otro hombre— mediante artimañas y ellos lo saben, así dijo el otro hombre, de modo que si nos vamos ahora, expuestos a las miradas de todos —así dijo el otro hombre— no creo que sospechen de nosotros, pues dirán, bien, ellos se han dado cuenta del engaño y están

contrariados —dijo el otro hombre— y por eso se van, así dijo. No creo —dijo él— que esta sea la manera adecuada de acabar con esta situación, así dijo. Bien —dijo el otro hombre—, entonces volvamos a nuestros asientos y comportémonos como si nada hubiera pasado, así dijo. Escuché «como si nada hubiera pasado» con la convicción de que realmente nada había pasado.

OBJETOS

Nunca tirar la comida.

Aprovechar todo.

La casa no cambia de lugar.

Él cerró la libreta. Después metió la libreta y el bolígrafo en el bolsillo derecho del abrigo. El bolsillo derecho del abrigo estaba destinado a la libreta y el bolígrafo. El bolsillo izquierdo del abrigo es para el monedero. En verano todo cambia. Él entonces no lleva el abrigo y sin el abrigo, como bien sabe, pierde los bolsillos del abrigo. No por esto renuncia al monedero, a la libreta y al bolígrafo. En verano, ya sin el abrigo, el monedero, en el bolsillo izquierdo del pantalón; el bolígrafo y la libreta en el bolsillo derecho del pantalón. Estas ubicaciones son incómodas. Él podría dejar el monedero en casa y llevar monedas sueltas, pero la libreta y el bolígrafo..., no saldría, él, sin libreta ni bolígrafo. Un día olvidó la libreta, el bolígrafo y el monedero. Se perdieron algunas cosas ese día y él no supo volver a casa. No sintió tanto pasar la noche allí, en el bosque, como perder algunas ideas. Cada tres días, aproximadamente, tiene que estrenar una libreta. El bolígrafo dura mucho más tiempo. Que un día se encuentre con todas las páginas de la libreta ocupadas no supone un problema insalvable. Siempre encuentra huecos para apuntar y así salir ese día del apuro. Que un día se acabe, a mitad del día, la tinta del bolígrafo, tampoco es un problema insalvable. Para estos casos lleva el monedero. En el bosque, la noche emboscado, allí en el bosque, ¡de cuánta ayuda le hubiera sido la libreta! Precisamente por haber olvidado la libreta (y el bolígrafo y el monedero), se vio obligado a pasar allí, en el bosque, la noche. Él tuvo allí, en el bosque, muchos pensamientos y alguna idea. Todo fue olvidado. Fue un día y una noche para olvidar, así él. Las monedas eran la herramienta principal. Con ellas siempre podría comprar una libreta y un bolígrafo.

Él imaginó una situación sin bolígrafo, pero con monedero y libreta.

Él imaginó una situación sin libreta, pero con monedero y bolígrafo.

Él imaginó una situación sin monedero, pero con libreta y bolígrafo.

Sin duda el monedero era la herramienta necesaria para salvar los olvidos.

Poner siempre el monedero junto a las llaves de casa.

Leer esta noche Deuteronomio 20. La guerra y sus combatientes.

De la plaza Clemenceau a la calle Rousseau el camino por la Avenida Robespierre es el más seguro.

La vida es una expiación de la vida. Un círculo violento.

LOS PRISMÁTICOS

Es bueno tener unos prismáticos a mano y cuanto más potentes sean, tanto mejor. A veces —muchas veces— apetece ver cosas del mundo que están un poco lejos como si las tuviéramos encima. Además, como más de uno habrá comprobado, si se mira por ellos, los prismáticos, del revés, el mundo aparece muy lejos, lo cual muchas veces es una ventaja. Así las cosas yo llevaría siempre los prismáticos, como un explorador, pero pesan demasiado para ir todo el día con ellos, los prismáticos.

Desde la terraza de casa he seguido con ellos, los prismáticos, la construcción de una casa desde los cimientos. Ella, la casa, está a unos dos kilómetros de aquí, en línea recta, que es como viaja la vista. No es lo único que he observado desde la terraza de casa con ellos, los prismáticos. Ahora que la casa está acabada —y como corresponde a la normal evolución de las cosas vivirán en ella los habitantes para los que fue construida—, ya no me dedicaré a observar la casa, sino a los habitantes de ella, la casa.

Ella, la casa, resultó ser una casa enorme, blanca, con dos pisos, rectangular y llena de ventanales. Imagino que una casa como esta debe de tener piscina y lamento que desde aquí, desde mi terraza, no pueda ver la piscina de esta casa. Como ella, la casa, está reciente, desconozco muchas cosas acerca de ella. Por ejemplo, no sé cuantas habitantes tiene ella, la casa. ¿Y las costumbres de ellos, los habitantes? ¿Cuál será la mejor hora para observar cada habitación con su habitante dentro? Ella, la casa, aun sin habitantes, es una casa que atrae las miradas. Desde luego, si yo viviese en ella no me sentiría cómodo por estar demasiado expuesto. Para vivir prefiero ratoneras ocultas donde pueda desaparecer. No ser visto. Tampoco ver demasiado mundo para no distraerme de mis ocupaciones solitarias.

Ella, la casa, está ubicada en la parte más alta de la ciudad. Hace años un comerciante construyó la primera casa en esa zona. Entonces ella, la primera casa, allí solitaria en la parte más alta de la ciudad atrajo las miradas de habitantes envidiosos y poco a poco ella, la primera casa, empezó a tener otras casas cerca hasta que la zona alta de la ciudad estuvo muy poblada. Como la nueva casa ha conseguido hacerse un hueco en primera fila, ella, la nueva casa, destaca entre todas las casas de la montaña. Con el buen tiempo pasaré algunas horas frente a ella, es posible que entonces mis prismáticos se queden pequeños ante los descubrimientos que haga. No, no persigo un afán de lucro, solo quiero entender algunas cosas. Sospecho que ella, la casa, no es una casa de azúcar, como parece, ni los habitantes tan íntegros como para exponerse así. Ya dije que desconozco todavía cuántos habitantes cobija. Ya el diseño de ella, la casa, levanta sospechas. Ella, la casa, un bloque rectangular blanco con amplios ventanales.

Allí, en la parte alta de la ciudad, ella, la casa, encierra un espacio por el que se moverán sus habitantes. La casa, ella, impondrá con sus espacios unos movimientos repetidos a diario. Cada habitante pisará por los mismos lugares

una y otra vez. Si el suelo fuera blando como el de un bosque con el suelo blando, ellos, los habitantes, harían surcos profundos, las marcas inconfundibles de cada uno de ellos, los habitantes. Así ellos, los habitantes, tropezarían de vez en cuando con los surcos propios y ajenos. Como se da por hecho un suelo resistente en una casa nueva, estos, los surcos, no serán un motivo de discordia, aunque sin duda habrá más de una ocasión para el enfrentamiento.

Cualquiera, desde el valle, puede ver con la ayuda de unos prismáticos a los habitantes de la casa. La casa tiene unos ventanales enormes. No sé si ellos, los habitantes, son conscientes de que siempre estarán expuestos. Creo que una exposición tan violenta como esta no mejorará al hombre expuesto. Al final obligará a los habitantes de la casa a llevar la máscara también en casa.

Ya llegan los días cálidos. Saldré a menudo a la terraza con los prismáticos. Observaré a estos habitantes y si los prismáticos no llegan a los detalles me procuraré un telescopio. Algunas veces, ellos, los habitantes, por la fuerza de la costumbre, olvidarán que están expuestos y entonces podré descubrirlos. Las personas hacen cosas extrañas tanto en solitario como en compañía; todo lo que las personas hacen merece ser visto y tendría que conocerse.

Los habitantes de esta casa estarán expuestos a las miradas de los hombres; no se trata de ningún concurso televisivo. Creo que en el verano sabré más de los habitantes de esta casa que de mis vecinos. ¡Y vivo desde hace veinte años en este edificio! ¿Pertenece estas cosas al normal curso de la vida? Pregunto que si son así deben ser así o son así por mi manera de ver las cosas.

Una vez que empiece a observar, en la terraza, en el verano, a los habitantes de la nueva casa, lo sé, se me irá el tiempo, entretenido en la observación. No será la primera vez y después, esto también lo conozco, me arrepentiré de haber dejado pasar así el tiempo cuando hay tantas cosas provechosas que hacer y tan poco tiempo. Por otra parte, son necesarias muchas horas de observación para sacar oro. Casi nunca los habitantes de las casas hacen algo que merezca la pena. Ellos, los habitantes, suelen sentarse; luego se levantan y van de una habitación a otra; bostezan; apagan y encienden luces; se rascan. Sus rutinas son como las mías. En realidad me veo a mí mismo. Entonces miro el reloj y han pasado dos horas y una vez más tengo el estómago revuelto. Intento ganar el tiempo perdido, así siempre, en estas ocasiones. Salgo a la terraza con los prismáticos, un buen libro —siempre un buen libro—, un cuaderno y un bolígrafo. Me siento frente a las casas de la montaña, abro el libro, empiezo a leer, levanto pronto la vista y miro las casas de la montaña. Entonces cojo los prismáticos y me olvido de la lectura. ¿Qué espero una y otra vez? Por lo general la mayoría de mis observados se comportan con nerviosismo. No suelo ver personas apacibles o satisfechas.

En esta casa rectangular, blanca, con enormes ventanales, tengo la ventaja de poder entrar en muchas habitaciones. Elijo sin ser invitado. Estoy allí, desde aquí y ellos, los habitantes, no me ven. En esta casa transparente caben muchísimas personas.

Cuando observo con los prismáticos, ellos, los prismáticos, me acercan a unos centímetros lo que está a kilómetros y ellos, los prismáticos, concentran mi mirada en un círculo. Todo lo que veo con los prismáticos aparece muy nítido, de modo que es agradable mirar por ellos, los prismáticos. Aunque la visión no parezca interesante el tiempo pasa sin darme cuenta. A lo largo de veinte años —¿o a lo ancho?— he observado con los prismáticos a muchos habitantes de casas distintas. ¿Alguien me creerá si digo que nunca me he cruzado por la calle con ningún habitante observado por mí?

CABEZA DE MARTILLO

Café, vino y piña. Unos cuatro euros. Metí el dinero en el bolsillo del pantalón de correr. Según mis cálculos el café, el vino y la piña no pasarán de los cuatro euros. Sé comprar barato sin comprar basura. Tiene sus inconvenientes, porque he de comprar cada artículo en un lugar diferente. Me gusta comprar la comida. Cabeza de martillo, por el contrario, no disfruta comprando comida. Cabeza de martillo solo disfruta cuando tiene un arma entre las manos, sea el arma que sea.

Hace unos años la piña era un artículo de lujo. Hoy se puede comprar una piña por un euro. También las hay de seis y siete euros. ¿Por qué una piña vale siete euros y otra un euro? He probado las dos y no hay diferencias. A veces incluso la piña de un euro sabe mejor que la de siete, pero siempre la piña de siete tiene mejor aspecto. Que yo recuerde, he soñado con piñas dos veces en mi vida. En uno de los sueños cuando mordía la piña se me partían los dientes. El otro sueño tenía piñas como edificios y las personas estaban hartas de las piñas. Las combatían como se combate a las cucarachas o a las ratas. A pesar de estos sueños, me gusta comer piña. También a cabeza de martillo le gusta comer piña, pero nunca va a comprarlas. Cabeza de martillo no compra piñas, pero las devora; cabeza de martillo no compra vino ni café, pero bebe el café y el vino como si fueran agua. Cuando estoy de mal humor se lo reprocho. Mis críticas caen en el vacío. Afortunadamente, aunque la pasión de cabeza de martillo sean las armas, no es violento. Creo que no le gustan tanto las armas como su mecanismo. Sabe apreciar incluso los mecanismos del arco y la honda. Por supuesto disfruta más cuando desarma y arma una pistola.

Con el tiempo es probable que cabeza de martillo vaya a comprar las piñas, el vino y el café. Ahora he de reunir fuerzas para hacer a diario las rutinas como comprar piñas, vino y café. Con el tiempo puede que cabeza de martillo pierda interés por las armas y se interese por otras rutinas. Trato de mantener la calma para no salir ya desquiciado de casa y que mi único deseo no sea acabar con todo. En esta ciudad hay puentes, un río y edificios altos que no llegan a ser rascacielos. Ellos, los puentes, el río y los edificios, son como cada uno los ve, quiero decir que pueden ser amables, hostiles, delicados, frescos, peligrosos y muchas cosas más.

UN HOMBRE SOLITARIO

Salir de la casa, no saldrá. Tiene todo lo que necesita dentro de ella, la casa. Como no añora nada del exterior, salir de la casa, no saldrá. Por otra parte, afuera hace un día de perros. Aunque su actitud, para el sentido común, parezca una locura, ella, la casa, a él, todo se lo cura. La casa es bálsamo concentrado de fierabrás, refugio dichoso, uña y carne. Envidiar a los aventureros, no envidia. Maletas y mochilas revuelven su estómago. Ni siquiera hace excursiones de un día. Sin embargo, le gusta el sol y el aire puro. Su habitación tiene una ventana por la que entra el sol. A veces abre la ventana, también sale por los alrededores de la casa y se expone un poco. Esto no es salir de casa, salir es alejarse de casa, perderla de vista y aquí cuentan más las intenciones que el hecho físico.

Engañar a la vista, cuando sale de casa, para no ver algunas cosas. «¿Qué necesidad tengo de hacer esto cuando puedo hacer algo que me agrada?», se pregunta en estas ocasiones. Por otra parte sufrir es mejor en casa. ¿Por qué sufrir en un ambiente desconocido? ¡Pero de niño yo volvía a casa feliz! ¿Era entonces, de niño, un niño abierto al mundo? ¿Y no lo está ahora? Tiene curiosidad y una mirada crítica. Recluido en casa y encerrado en sí mismo, ¿acaso daña a alguien?

«Cada día me acerco más a lo que quiero», así me dijo, y «ojalá sea yo uno de los elegidos». A veces es agradable encontrar hombres firmes en sus resoluciones.

Se sienta junto a la chimenea en días como este, cruza las piernas con elegancia y así lee durante horas. A veces apunta algo en los márgenes del libro. Envidio su concentración. ¿Envejecerá mientras está así, tan ensimismado?

DECADENCIA

¿Cómo creer que esta anciana decrepita fue alguna vez una niña? Así parece confirmarlo el común desarrollo de la vida. A pesar de la costumbre y la evidencia, ¿realmente esta anciana encorvada y seca fue hace años una niña? Ella lo asegura y yo también aseguro que hace tiempo fui un niño, no obstante es una seguridad frágil. Tal vez entre aquel niño y yo hubo una ruptura en algún momento de la que no soy consciente. Si es así, ¿por qué tengo recuerdos de aquel niño? Y así ¿quién soy yo después de mí? Siempre me digo que las cosas son de una manera, pero podrían ser distintas y entonces, como ahora son, serían muy extrañas. Creo perder el tiempo con estos asuntos. Desde el momento que creo perder el tiempo pierdo el tiempo.

Dejarme caer, no me dejaré. Cuando caiga, sea por un tropiezo o porque era inevitable. Quien interrumpe aquello que no debe ser interrumpido es un loco o está loco.

¿Fue ella, la anciana que apenas puede moverse, una niña inquieta que subía a los árboles y corría como una gacela? Dice que era ágil y flexible ella, la anciana, la niña. ¿Se trata de la misma persona? ¿Cuándo se produjo este cambio? Explícame que es un proceso rápido y apenas perceptible. Explícame que el tiempo pasaba a su cuerpo y se quedaba dentro. Tengo la impresión de que todo es un malentendido entre uno y sus esperanzas, que la vida es ajena a las interpretaciones, así la lluvia o el ligero gorrión. El mundo está invadido de pensamientos humanos.

Ella, la anciana, me enseña una fotografía suya. Tenía entonces diez años menos. Se nota que era una mujer favorecida por la fortuna. Ahora el cambio es aniquilador. Alguien en su sano juicio enloquecería. Por suerte, el sano juicio se adapta a casi todo.

EL MUERTO

Empiezo esta pequeña historia por el final. A veces es un buen comienzo empezar las historias por donde acaban, bien porque mantienen un cierto misterio, bien porque no merecen ser empezadas por el principio. Por supuesto hay más motivos para empezar una historia por su final. En otras ocasiones conviene más contar los resultados que la propia historia. Empezaré ya por el final de esta historia. Érase una vez un hombre que murió. Por ahora el relato no precisa narrar las causas de su muerte. Hay asuntos más urgentes en esta historia. El muerto fue tratado como suelen ser tratados los muertos en los países occidentales. Tampoco ahora es necesario contar los preparativos de su entierro y el desenlace. El hombre murió a las seis y media de la tarde, asistido por una enfermera. La enfermera, a pesar de ser una enfermera experta, se sintió abatida por aquella muerte. Se preguntó: «¿Qué es la vida?». Y también: «¿Para qué vivir?». Algunas veces se había hecho estas preguntas. Nunca con la desorientación de entonces. El muerto era todavía un hombre joven para los tiempos que corren. Había ingresado en el hospital por un ataque de pánico, así diagnosticaron los médicos. Había que dar un diagnóstico y este parecía el más cercano a la verdad según los síntomas. Sobre las causas del ataque de pánico nada sé. Hay muchas lagunas alrededor de esta historia.

UN DÍA BELLÍSIMO

Hoy es un día primaveral bellísimo. La temperatura es agradable y en el cielo hay nubes grises. Las golondrinas vuelan cerca del suelo. Como hay humedad, los mosquitos han descendido y las golondrinas los persiguen. Este día de primavera favorece un estado mental contemplativo. Incluso aquel que tenga demasiada facilidad para la acción hoy es probable que se siente en la terraza de su casa para admirar la belleza de este día. Aconsejo hoy la pereza. ¡Qué daño puede ocasionar sentarse y contemplar el horizonte de este día! Durante esta contemplación tal vez surja alguna idea afortunada, como la que escuché ayer en la radio. Decía que un joven había inventado una silla de ruedas para los peces parapléjicos. ¿Se lo agradecerán bastante? Me refiero a los peces. Una idea como esta embellecería más este día bellísimo. Ya se me ocurre una; la rumiaré un poco antes de ofrecerla a los hombres. No conviene precipitarse. ¿Ha salido alguna vez algo bueno de la precipitación? Confiaré en que durante la tarde de este día bellísimo no me venza el sueño, como suele sucederme por las tardes. Sería una gran pérdida. Ahora no pensaré en el futuro de este día bellísimo, porque mientras tanto el día se irá sin darme cuenta. Me empeñaré solo en el presente para disfrutar el día. Hoy la naturaleza ha abandonado su natural indiferencia para aliarse con los hombres. ¡Unas horas de piedad natural! Me dedicaré intensamente a este día y tal vez reciba una alegría. Hoy mi conciencia no me apartará del día.

UNA MUJER JOVEN

Ella camina con un andar despreocupado. En su caminar hay un abandono civilizado. Viste una camiseta blanca y unos pantalones muy cortos, también blancos. Sandalias blancas. Un bolso blanco decorado con un autorretrato de Frida Khalo. Ella tiene la piel muy blanca y el pelo rubio. Unos veintisiete años. A decir verdad quisiera que subiera aquí, se sentara en la terraza y se comportase conmigo con la misma despreocupación que camina. A pesar de la familiaridad sin etapas previas sería muy respetuoso con ella, tan respetuoso que tal vez ella perdiera fuerza.

Es un día muy caluroso. Un ciego hoy nunca se pararía al sol. Buscaría una sombra y allí se pararía. Ella camina bajo el sol, despreocupadamente. Desde la terraza grito: «¡Sea razonable!». Ella, por la razón que sea, no atiende, o no me oye. A primera vista hay algunas cosas en esta joven que no logro entender. «¡Te han tendido una trampa!», grito desde la terraza. Ella hace todo lo posible por estar guapa. Aunque la calle está vacía ella se esfuerza por llamar la atención. Siempre puede haber alguien y sería una pena desperdiciar la ocasión. Meterse en la cabeza de otra persona tiene su atractivo. Ella, desde luego, no quiere pasar desapercibida. Lo siento desde aquí arriba. Esto ella no lo dice abiertamente. Camina de una manera despreocupada y a la vez deja pistas. Hace pues una cosa y dice otra bien distinta. Cientos de golondrinas vuelan sobre su cabeza. Ellas, las golondrinas, no disimulan. No hay en ellas, las golondrinas, un arte del fingimiento. El contraste entre ella y las golondrinas es para mí muy saludable. ¡Cuánta variedad en una situación que parece tan tranquila! Como ella, la situación también finge. Sin leyes, sin castigo, sin religión, los lobos hambrientos saldrían de sus cuevas para devorar a esta mujer. Ella se aprovecha sin darse cuenta de una herencia milenaria. Grito otra vez: «¡Ten cuidado, vas a caer en la trampa!». Ella camina sin preocupación alguna y si no atiende a mis advertencias o no me oye no es porque ella esté ensimismada. Cualquiera se daría cuenta de que ella tiene unas intenciones y aparenta otras. ¿No te parece que por ahora sería mejor mirar hacia otra parte? ¿Y hacer la vista gorda? Ella pasea confiada, así a primera vista. La veo tan confiada y empiezo a pensar. Por esta calle vacía, un día tan caluroso, una mujer joven pasea. ¡Y bajo el sol! Un ciego se cambiaría enseguida a la acera sombreada de la calle y eso que el ciego no ve la luz del sol. Ella tiene la piel muy blanca. De ella, la mujer, no puedo decir: «No tiene elección». En cuanto la vi me dije que me gustaría que subiera aquí, a la terraza, y que se comportara conmigo tan despreocupadamente como pasea. Después me dije que tal vez yo sufriera una decepción. ¿A qué podía yo recurrir entonces? Por otra parte, sobre el fondo blanco, blancas sus ropas, blanca su piel, blanco su bolso y sus sandalias, el autorretrato de Frida Khalo desafinaba y me comprometía. Volví a gritar desde la terraza que tuviera cuidado, que todo era una trampa. Ella se alejaba bajo el sol, a pesar de que era un día muy caluroso. Cualquier ciego hubiera cruzado la calle, en busca de

sombra, y allí en la sombra tal vez silbara de alegría.

ABRIL

El mes de abril venía muy cargado de trabajo. Lo mejor era que el mes de abril no se detendría y en un abrir y cerrar de ojos —como todos los meses— llegaría mayo. Así de extraño era todo. Mientras yo me afanaba en abril, abril se destruía y entonces abril con todos los viajes, compromisos y responsabilidades resultaría, en mayo, humo. Por otra parte siempre había pequeños afanes rutinarios que permanecían todos los meses y también se convertían en humo al mismo tiempo que se renovaban, ellas, las rutinas. Así como por suerte los meses pasaban rápidos y dejaban atrás las obligaciones, por desgracia nuevas obligaciones surgían mientras las anteriores eran cenizas. Siempre un aire de sacrificios inútiles alrededor de mí. ¿Quién en su sano juicio puede soportar este sinsentido? Heredé una inteligencia ajustada al mundo capaz de mantenerme en este disparate. Incluso cuando pongo un poco de mi parte llego a ser dichoso.

EN ESTE MOMENTO

En este momento, ahora, ni antes ni después, exactamente ahora, estoy en una situación llena de posibilidades. Tiene una explicación, como todo lo que me sucede. Que yo sea capaz de averiguar causas y efectos no es algo casual. Ahora, en este momento, ni antes ni después, exactamente ahora concluyo después de mis análisis que empiezo una etapa nueva y por lo tanto llena de posibilidades. Mantengo restos anteriores a esta nueva etapa como los recuerdos o el moreno que he traído de mis días marítimos. Estas cosas, sin duda, me ayudarán en mi nueva etapa llena de posibilidades. Antes de esta etapa era yo era un hombre encantador y ahora, ni antes ni después, exactamente ahora, en este momento, tal vez siga siendo un hombre encantador. No me refiero a un hombre que hace encantamientos y magias. Quiero decir que era un hombre que causaba una gran impresión. Deslumbraba. Mis gestos cautivaban. La conversación era mi atractivo principal. Decía a cada uno lo que quería oír. Cuando estaba solo me sentía incómodo. Yo era, en la soledad, como realmente era y me encontraba conmigo mismo después de venir del reino de los encantamientos. Entonces era un hombre muy distinto del hombre encantador; me maltrataba; tenía pensamientos horribles. Mi rostro solitario no expresaba nada y los movimientos elegantes de mi cuerpo, allí, en la soledad, eran movimientos zafios. Cuando trataba con los hombres todo en mí cambiaba y nadie me descubría. Ni siquiera mi mujer reconoció al impostor. En las horas odiosas e interminables que pasé con ella nunca tuve un desliz. Mientras yo la miraba, preguntándome qué hacía con aquella mujer, ella me sonría, cautivada. ¡Tan enormes son las distancias entre las personas!

Como ahora, en este momento, ni antes ni después, empieza una etapa nueva, desconozco si mantendré mis habilidades seductoras. Quisiera ser la misma persona tanto en soledad como en compañía. Me gustaría ser, en esta nueva etapa, un hombre gris, así reduciría las posibilidades que en este momento, ahora, ni antes ni después, empiezan a oprimirme. También los hombres grises gozan de muchas posibilidades cuando empiezan una etapa nueva. No duran mucho. Pronto se desvanecen en el gris de sus vidas. Ahora leo lo que acabo de escribir y me doy cuenta de que el tono cautivador se ha perdido. Creo que ha empezado un periodo gris. También siento algo bueno en mí que antes no tenía. Veo cosas más amables que antes y si esto se desarrolla bien no sé hasta dónde me llevará esta bondad desconocida. ¿Llegaré a la santidad? Desde niño he admirado a los santos y a los artistas. En el fondo, no hay diferencias entre los santos y los artistas, ambos gozan de parecidas virtudes, aunque sus movimientos y gestos sean distintos. Tengo la suerte de haber conocido a un santo y a dos artistas y a veces cuando hablo con el santo creo que estoy hablando con los artistas y cuando hablo con los artistas me parece que hablo con el santo. Cuando coincidíamos todos yo era el único que desentonaba. Ahora, desde este momento, exactamente desde ahora las cosas van a cambiar.

Cuando hable con el santo o los artistas tal vez ya no esté fuera de lugar. Seré un santo gris o un artista gris, al fin al cabo un santo o un artista. Es este un comienzo muy agresivo. Tal vez conciba esperanzas inalcanzables para el hombre gris que quiero ser. Ahora me preocupan los cambios. Empiezo a preocuparme sin mucha intensidad. Es una buena señal. Voy ya por el camino gris. En este momento, ahora, ni antes ni después, exactamente ahora.

CRISTINA

Una vez sufrí un ataque al corazón. Estuve muerto medio año. El ataque y mi muerte coincidieron con el día que empecé a vivir con la harpía Cristina y mi resurrección coincidió con el día que deje de vivir con ella. Nadie sabe que he muerto y he resucitado. Es asombroso que tenga recuerdos de mi tiempo muerto. Cualquiera que entonces me hubiera visto aseguraría que no estaba muerto. El asunto es complicado. A veces vemos hombres muertos por las calles y no sabemos que están muertos. La vista y las apariencias engañan, casi todo en la vida engaña o intenta el engaño por principio.

Durante los seis meses de mi muerte no hice otra cosa que morir. Comía y estaba muerto, iba de vacaciones y seguía muerto. Cuando dormía estaba dos veces muerto. Desde que conocí a la harpía, ella, la harpía, empezó a chuparme la sangre; ya el tercer día de nuestra convivencia, debilitado, sufrí el ataque al corazón y la muerte. Durante mi muerte ella me mantenía vivo ¿Qué era yo, un muerto-vivo o un vivo-muerto? Aquí no quiero describir los sucesos de mi muerte y mi resurrección. En su aparente rareza no dejan de ser asuntos más vulgares de lo que parecen.

Cristina, la harpía, además de víbora, era una mujer poco agraciada. No percibí su maldad ni su fealdad. Fui hechizado por unos encantos que ocultaban los desencantos y desgracias que me reservaba ella, Cristina la harpía. Con sus malas artes me llevó a vivir con ella. Entré feliz en la boca del lobo. Entonces todo se oscureció. La situación del muerto no es en modo alguno tranquila. Es como si uno tuviera las cosas cerca, estirase los brazos para tocarlas y nunca llegara a ellas. La muerte tiene una gravedad distinta a la de la vida. El cuerpo pesa muchísimo y nunca se está cerca de nada. Allí no hay actos rebeldes ni esperanzas. Sufría sed y hambre. No eran sensaciones físicas. Allí, en ningún lugar, me preguntaba si esto duraría eternamente. Si ella, mi muerte, iba a ser eterna tendría que buscar la manera de morir de nuevo, ahora no desde la vida, sino desde la muerte.

UN HOMBRE DUPLICADO

Sin darse cuenta, con esa rapidez extraña que tiene el tiempo para algunas cosas, su madre se ha hecho una anciana, como las que él veía por las calles y compadecía, virtud ella, la compasión, poco desarrollada en él. También sin darse cuenta ha ganado el privilegio de acompañar a su madre en su vejez. A veces se adquieren privilegios inmerecidos y uno debe estar a la altura de ellos.

De repente su vida se ha vuelto doble, por una parte él sigue siendo él, con movimientos propios, y por otra es también su madre, con sus movimientos, adoptados para acompasarse a ella, su madre. Él se ata los zapatos cuatro veces, se peina dos, se viste otras dos, en fin, una vida para él y otra para ella. Y como ahora en un mismo tiempo vive dos vidas él se vuelve más rápido y ágil a medida que su madre se hace más torpe y lenta. Estos cambios en su modo de vida y sobre todo el contraste entre él y ella, su madre, le han revelado que el ritmo del hombre es lento. Resulta que el hombre es lentísimo comparado con la vida vertiginosa que ha creado. Pero este es otro asunto.

UNA SITUACIÓN EXTRAÑA

No puedo asegurar cuánto duró aquello. De repente me vi tendido en el suelo y veía el cielo y la calle al mismo tiempo. La calle había quedado desierta en un instante. Así fue, y yo me veía en el suelo, como si estuviera de pie, mirándome. El hombre tendido, yo, tenía unos pensamientos y el hombre erguido, yo, tenía otros pensamientos y todos los pensamientos podían ser pensados al mismo tiempo. El hombre erguido sabía que el hombre tendido no podía levantarse. Se agachó y quiso agarrar el brazo del hombre tendido. Su brazo era como aire. Ambos veíamos el cielo y la calle al mismo tiempo. No sabríamos decir cuál de los dos veía o si los dos veíamos. Sin embargo, diferenciábamos los pensamientos. «He muerto», así el hombre tendido. «Tengo que levantarme», así el hombre erguido, ahora hombre agachado. ¿Quieres decir que éramos los mismos-el mismo? Saber, no sabríamos-sabría qué responder. Los dos formábamos una pareja que en cualquier momento podría ser individuo, así sentía el hombre erguido, ahora agachado. El hombre tendido dijo al hombre erguido, ahora agachado: «Di que se vayan» y el hombre erguido, ahora agachado, repitió la frase del hombre tendido. Aquello no era «un darse cuenta» ni tampoco «un no darse cuenta» y tengan presente que mi relato es un relato relatado por el hombre tendido y el hombre erguido, es decir, yo, dentro ya de mis límites. Pienso ahora acerca de esto porque quiero llegar a la esencia de aquello. ¿Para qué entonces todo esto? Aquello fue sentido como situación aniquiladora. La aniquilación debe de tener sus matices, puesto que sigo vivo. No cabe duda de que todo fue muy confuso y confuso es todavía. Se dio por muerto al hombre tumbado y él mismo creyó estar muerto. ¿Puede acabar aquí este relato?

HOMBRE DE POCA FE

Todas las mañanas él iba a la iglesia. Se sentaba en el mismo banco y elevaba al buen Dios la misma petición. No era decente ir allí y pedir al buen Dios una cosa como esa. Y no solo se la pedía, sino que también rezaba un Padrenuestro para que el buen Dios le concediese su deseo, como si el buen Dios fuera un genio liberado de su encierro de siglos. Así, todas las mañanas, a la misma hora, iba a la iglesia, se sentaba en el mismo banco y elevaba al buen Dios la misma petición. Su esperanza no estaba en la fe. Él era poco creyente, decía que casi no creía en Dios, que creía un poco por si existía y castigaba y premiaba. Su esperanza no estaba en la fe, sino en la repetición. Pretendía llegar al fondo del acto repetido; allí, en el fondo, así creía, todo deseo era satisfecho. Sobre esto sus ideas no estaban claras, pero él ya se había lanzado y no volvería atrás.

Así, todas las mañanas iba a la iglesia, se sentaba en el mismo banco y hacía al buen Dios la misma petición. A primera vista parece probable que Dios no escuchase su petición. ¡Quién sabe! Bien pudiera ser que una mañana cuando él llegara a la iglesia el buen Dios acabase de llegar y ambos coincidieran y esta coincidencia agradase al buen Dios. ¿Por qué no podía él sorprender desprevenido al buen Dios? Estaba seguro de que las cosas eran así, pero estaban siempre a punto de ser de otra manera. Había en todo un delicado equilibrio que bien podría desequilibrarse en cualquier momento en beneficio de uno.

Una mañana, en la iglesia, antes de su petición, se quedó dormido. El sacerdote lo despertó con delicadeza y fue tan amable con él que algunos prejuicios se esfumaron. Otra mañana, también antes de su petición, dio gracias al buen Dios por haber creado el mundo y otra mañana, esta vez después de su petición, el sacerdote le propuso que entrara a formar parte del coro. Él aceptó sin dudarlo.

EL CÍRCULO

Usted tiene que saber que me muevo dentro de un círculo que tiene quince kilómetros de diámetro cuyo centro está en mi dormitorio. Desde aquí exploro en todas las direcciones sin rebasar los límites del círculo. Esta isla sin mar supera mis expectativas. Cuando salgo con la bicicleta cada mañana no llevo preparado itinerario alguno. ¡Son tantas las posibilidades! Hay espacios abiertos por todas partes y ¡qué diré de los espacios cerrados que desconozco dentro de este perímetro!

Desde mi habitación veo un palacio enorme. En una de sus cúpulas ondea una bandera que me sirve para comprobar la dirección del viento antes de salir en bicicleta, asunto este, el del viento, de gran importancia para un ciclista, como un buen cuchillo para un carnicero. El palacio tiene más de trescientas habitaciones. Son espacios internos desconocidos, a pesar de su cercanía. Traigo aquí el ejemplo del palacio, como pude haber escogido los pisos inferiores y superiores del edificio donde vivo, también un misterio para mí, madrigueras de pequeños egoístas nunca observados.

He comprobado que este círculo es muy grande para mis intereses, de modo que hace tres meses decidí robar al perímetro del círculo un kilómetro cada año, así, cuando llegue a los ochenta años gozaré del espacio que conviene a un hombre de esa edad. El espacio disminuirá con los años hasta coincidir con los límites de mi cuerpo.

EN LA TRINCHERA

Usted está vinculado a mí por su promesa. Ahora no puede pretender que todo siga como antes. Le repito que usted conoce las circunstancias que me llevaron a hacer la promesa y en aquella situación la promesa carecía de valor, como habrá comprobado según se han desarrollado los acontecimientos. Usted parece que no ha entendido el fondo del asunto. Reconozco que las circunstancias eran demoledoras; con todo, usted no había perdido la razón. ¿Recuerda que a pesar de mi oposición usted hizo la promesa? Además cualquier promesa sigue su destino. No depende de nosotros. No tenemos ya fuerza sobre ella. De modo que los sucesos posteriores y sus arrepentimientos y dudas no pertenecen a la promesa ni pueden influir sobre ella. Usted me dice que no mantendrá la promesa. ¿Y bien? ¿Cree que esta decisión zanja el asunto? Le aseguro que no respetaré la promesa. Usted no entiende nada. Le intento explicar que la promesa se mueve sin nuestro impulso, evoluciona ajena a nosotros. Aunque usted no la respete, ella, la promesa, nos sobrevive. Puede que en nuestra realidad común, si usted no respeta la promesa, ambos salgamos perjudicados, no obstante la promesa acabará por imponerse, si no es en nuestra realidad será en otra realidad que ahora desconocemos y de la que finalmente participaremos. En esta realidad o en aquella tendremos que cargar con nuestros actos. No sé de qué me habla. Lo sabrá en su momento. Ahora es un ignorante al que trato de abrir los ojos. ¿Está seguro de lo que dice o sus palabras son un simple pasatiempo intimidatorio? Déjeme de refinamientos estéticos y morales. Mi promesa está rota, muerta, eliminada. Le diré lo que siento mientras usted me habla. Siento una pesadez insoportable en la cabeza, incluso más insoportable que el ardor del recto que me quema el culo desde hace tres días. ¡Y este barro que llega a los huesos y se pega en las armas! Dentro de unos minutos tal vez estemos muertos, así que déjese de monsergas.

EL CURSILLO

No pudo negarse sin correr el riesgo de emponzoñar más la relación con su directora. Estuvo cerca de negarse, pero acabó por convencerse de que al fin y al cabo cinco horas pasan rápido y luego todo se olvida y queda en nada. No obstante las dos noches anteriores durmió mal. En mitad de la noche venían pensamientos sobre el cursillo. Cuando llegó el día ya había aceptado que ese lunes por la mañana sería «el tiempo del cursillo». Imaginó pequeñas alegrías dentro de ese tiempo, como la media hora del desayuno o la posibilidad de que la psicóloga que impartía el curso dijese algo que despertara su curiosidad. Por experiencia, desconfiaba de los psicólogos; ellos, los psicólogos, solo decían cosas psicológicas y complicaban todo lo que tocaban. Se levantó sorprendido de su buena disposición. Sin apenas dudar fue hacia el curso con la perspectiva de una sorpresa agradable. Era un día soleado. Por el camino echó un vistazo y vio edificios muy bonitos. También los árboles eran bonitos. Estaban exuberantes después de tantos días de lluvia.

Las cinco horas pasaron muy lentas. Cuando salió del cursillo se preguntó cómo era posible hablar durante cinco horas sin decir nada. La mañana de ese lunes tan bello se había ido para siempre mientras él había estado encerrado en una sala con el sueño contenido ante aquel parloteo. Volvió a casa despacio. Se fijó otra vez en los edificios y en los árboles. Le pareció que nada había cambiado en esas cinco horas.

LOS RESUCITADOS

Él saca del bolsillo de la camisa el lápiz y la libreta. Apunta: «Ni un solo día sin una línea. La línea soporta el peso del día. Sin la línea el día se pierde en el abismo del tiempo». Apenas ha guardado el lápiz y la libreta en el bolsillo de su camisa, ella, la pequeña Nadia, que camina a su lado, hace una observación, comentario de niña. Él presta atención al dolor de su mano izquierda. Él siente dolor al cerrar la mano izquierda. El dolor no distingue la finalidad del movimiento de la mano. Ella, la pequeña Nadia, quisiera demostrarle que ya es una experta en posturas mágicas. Pero ahora ellos, él y la pequeña Nadia, no quieren llamar la atención. Han oído que hay muchos policías desplegados por la ciudad y, según han oído, caminan por las calles vestidos de paisano. Es normal ahora suponer que si ellos no quieren llamar la atención, antes quisieran llamarla, cuando los agentes no estaban por las calles. Por otra parte una niña experta en posturas mágicas siempre atrae la atención, incluso en estos tiempos de abotargamiento. Ellos, él y la pequeña Nadia, buscan calles poco frecuentadas, cuanto más solitarias, más seguros se creen. Saber, no saben bien por qué toman estas precauciones. Siempre interesa más lo que va a suceder que lo que está sucediendo.

Él y la pequeña Nadia no tienen nada en común con los sucesos que han llevado a tantos policías a las calles; según han oído, buscan ellos, los policías, a quince resucitados, según han oído, la noche pasada quince personas que fallecieron en la ciudad hace tres días salieron de sus tumbas como el que sale de su casa. No deja de ser un rumor apenas creíble, sin embargo, cunde el pánico.

Hoy las nubes, ellas, casi todas ellas, parecen cabezas de perro, así ella, la pequeña Nadia observa. Él saca el lápiz y la libreta; apunta la observación de la pequeña Nadia antes incluso de mirar las nubes. Luego dibuja una de las nubes. El dibujo desde luego no parece una cabeza de perro. Él señala la nube que ha dibujado y enseña su dibujo a ella, la pequeña Nadia. Ella se ríe. No hace ningún comentario. El dibujo atrae el corazón de ella, la pequeña Nadia, hacia él. Ellos, los dos, miran las nubes. Entonces una paloma parece ser devorada por una de las nubes cabeza de perro. Cuando se mira al cielo pasan cosas extraordinarias, dice él y mientras dice esto él tropieza. Esta vida constituye una investigación sin fin, dice él, y así ella, la pequeña Nadia se ve obligada a replicar: «Me satisface mucho que no hayas perdido el equilibrio». «¿Verdad que parece que transportamos poca cosa y en realidad cargamos con toneladas?», dice él. Ella, la pequeña Nadia, de nuevo se ve obligada: «Me satisface mucho esta pregunta. Es una pregunta que despierta curiosidad». Ellos, él y la pequeña Nadia, suben por la calle desierta hacia el mirador. Si no oyeran el ruido de un motor asegurarían que la ciudad está abandonada. Hay

grietas en las aceras y en medio de la calle brotan malas hierbas. Cantan pájaros que solo se oyen en los bosques cuando amanece un día de lluvia. Con todo, la mañana avanzaba con normalidad. No obstante él y la pequeña Nadia son precavidos. Saben que en un descuido pueden ser sorprendidos por la espalda. Los hombres tienen muchos ángulos muertos y es mucha su ambición.

Correr, corrían rumores sobre los resucitados. Mientras ellos, él y la pequeña Nadia, suben hacia el mirador los rumores corrían. Cuando ellos, él y la pequeña Nadia, lleguen al mirador los rumores allí, en el mirador, serán ya un hervidero irrespirable. Él y la pequeña Nadia habían oído la primera versión de los resucitados, desde entonces evitaban las calles concurridas. Se mostraban discretos y cautelosos incluso entre ellos mismos. Subían ellos, él, la pequeña Nadia y los rumores hacia el mirador por la calle Mitter.

Él y la pequeña Nadia solo se habían cruzado por la calle Mitter con una persona y ella, la persona, un hombre de unos cuarenta y cinco años, se había comportado de una manera extraña al cruzarse con ellos. Él, el hombre, eludió el saludo, aceleró el paso y encogió los hombros, como los pájaros cuando duermen. Este fue el único encuentro que él y la pequeña Nadia tuvieron en la calle Mitter. Así quedó registrado en la libreta de él.

Aunque la calle Mitter parecía segura, él y la pequeña Nadia avanzaban con cautela. En otras circunstancias, ella, la pequeña Nadia, ya hubiera adoptado alguna postura mágica, pero este no era un día apropiado para las posturas mágicas. Era el día apropiado para llevar un arco entre las manos y flechas envenenadas en el carcaj.

La calle Mitter nace en la plaza de San Antonio y muere en el mirador. Por lo general, el mirador es el motivo principal y la calle Mitter el motivo secundario. Intento explicar que los turistas han de tomar la calle Mitter para ir al mirador. De noviembre a marzo esta calle es poco transitada; a partir de abril su caudal empieza a aumentar y en agosto ya hierve de demonios. Muchos demonios aparentan ser hombres. La pobreza de la mirada humana es un obstáculo para reconocer a los demonios. Ni se sospecha que los demonios pueden adoptar formas humanas. Ni siquiera se tiene la seguridad de que los demonios existen. Los demonios se aprovechan de la ceguera humana.

Por alguna extraña casualidad, él y la pequeña Nadia se detuvieron al mismo tiempo, como si ambos a la vez tuvieran algo importante que decirse, y por otra extraña casualidad ambos empezaron a andar al mismo tiempo. ¡Y no habían intercambiado ni una mirada! Tengo la impresión de que no se daban cuenta de nada.

Resultaba curioso cómo el viento bajaba por la calle hacia la plaza de San Antonio, él, el viento, recogido, como torrente virtuoso, tan decidido que intentaba dejar sombras a su paso.

Excepto él nadie contempló la belleza de aquella postura mágica. La pequeña Nadia se dijo que a pesar de todo merecería la pena. Ella, la pequeña Nadia, sopesó las ventajas y desventajas de una decisión tan arriesgada con un

aplomo propio de un hombre adulto y sensato. Él no salía de su asombro. Después ellos, él y la pequeña Nadia, quedaron sumidos durante unos minutos en una peligrosa espiral de ensimismamiento. Caminaron juntos por inercia. Aunque la calle estaba desierta y las casas parecían deshabitadas, ella, la calle Mitter, daba la sensación de estar a punto de ser invadida por oleadas de hombres. Bien, entonces, podría ella, la calle Mitter, partirse como un fémur. ¿Y entonces? Entonces, los lamentos, así sucede siempre.

En el mirador la situación de él y la pequeña Nadia no sería tan comprometida como en la calle Mitter. ¿Allí, en el mirador, cambiaría algo para él y la pequeña Nadia? ¿Hay alguien que sepa algo sobre este asunto?

Ella, la calle Mitter, empieza en la plaza de San Antonio y acaba en el mirador. Muchos lugareños creen que empieza en el mirador y acaba en la calle San Antonio. Él y la pequeña Nadia seguían el orden natural. No pasaba lo mismo con el viento, que venía del mirador.

En un descuido de la pequeña Nadia él sacó del bolsillo de la camisa el lápiz y la libreta. Prefirió sacar el lápiz y la libreta mientras ella se descuidaba para evitar malentendidos. Él era un hombre correcto y cuidadoso ¿Por qué ser de otra manera cuando se puede ser correcto y cuidadoso? Me pregunto a menudo si él era una especie de hombre religioso y también si era un hombre de recursos. Él tenía un aspecto corriente. Él se detuvo y escribió algo en la libreta. La pequeña Nadia continuó andando. Cuando él acabó de escribir recuperó el terreno perdido rápidamente. Llegó hasta la pequeña Nadia fatigado. Su fatiga no cambió la situación. La pequeña Nadia preguntó qué había apuntado en la libreta esta vez. Él continuaba ensimismado. Ella, la pequeña Nadia, dijo: «Me satisface mucho tu paciencia. ¿Qué sería de mí sin ella?». Él entonces pensaba que alguien debía velar para que este mundo no fuera peor de lo que era.

Él y la pequeña Nadia dejaron de oír el ruido del motor cuando quedaban unos doscientos metros para llegar al mirador. Ahora sonaba una música que venía mezclada con la lluvia y el viento. Ella, la música, era más agradable que el ruido del motor.

Él y la pequeña Nadia vieron a un hombre que bajaba por la calle Mitter. Si ellos, él y la pequeña Nadia, continuaban la subida hacia el mirador y el hombre seguía bajando el encuentro sería inevitable. Él, entonces, sacó del bolsillo de su camisa el lápiz y la libreta. Esta vez ella, la pequeña Nadia, se paró al mismo tiempo que él. Él leyó en voz alta: «Sucede que hablan mal de su dueño los esclavos a los que no está permitido hablar en presencia de su dueño». Así él trataba de disimular. El hombre se asustó cuando estaba a unos metros de él y de la pequeña Nadia. Sin duda creyó que ellos eran dos de los resucitados. Él y la pequeña Nadia miraron al hombre después de que el hombre los había mirado, así, no se produjo un cruce de miradas que hubiera violentado más el encuentro. Él, el hombre, siguió calle abajo y ellos, él y la pequeña Nadia, continuaron calle arriba. Él, el hombre, era impulsado por el viento que bajaba desde el mirador y ellos, él y la pequeña Nadia, avanzaban

frenados por el mismo viento. Cuando todo entre ellos hubo terminado, él, el hombre, giró la cabeza y vio cómo ellos, él y la pequeña Nadia, se alejaban. En un instante la situación se había resuelto felizmente para todos.

Desde que ellos, él y la pequeña Nadia, vieron al hombre hasta que él, el hombre, pasó, ellos, él y la pequeña Nadia, estuvieron dentro de un tiempo solo ocupado por un desconocido. «Ahora en la ciudad nadie puede ir por su camino sin miedo de lo que pueda suceder», así dijo él a la pequeña Nadia y la pequeña Nadia dijo: «Me satisface mucho este comentario tuyo», una vez más, así la pequeña Nadia. Tal era la situación, confusa para todos, aquí dentro, bajo el cielo y la lluvia, en este mundo tan enfermo.

Estaban —así suele decirse en algunas ocasiones— «al aire libre» y allí, en la calle Mitter, ellos, él y la pequeña Nadia, caminaban dentro de ella, la calle Mitter; ella, aunque recta, parecía un laberinto, la calle Mitter, tal era la situación de ellos. Ella, la pequeña Nadia, sin experiencia del horrible oscurecimiento y él —así suele decirse donde él nació—, «un hombre lleno de tiempo». Gozaba la calle Mitter del cielo abierto, pero ellos, él y la pequeña Nadia, caminaban con la cabeza agachada. De vez en cuando uno de los dos alzaba la mirada. No obstante este gesto no era suficiente.

Me pregunto cuánto tiempo ha de pasar para que ellos, él y la pequeña Nadia, se den cuenta. Llegar, llegarán al mirador. Una vez allí, en el mirador, con la ciudad a sus pies, ¿acaso se darán cuenta?

INTENTO BIOGRÁFICO

Voy a contar mi vida. Todos creemos que nuestra vida es interesante. La mía, sin ir más lejos, es interesantísima. Tengo las sienes plateadas de tan interesante como es mi vida. El interés de mi vida reside en que es tan rutinaria que me sorprende y yo, el sorprendido, me intereso por la causa de mi sorpresa. Desde que tengo uso de razón me doy cuenta de ciertas cosas; una de ellas es que soy como un reloj suizo. Cada hora está destinada a una cosa y cada cosa tiene su tiempo exacto. No piensen que en estos periodos de sesenta minutos hago cosas extraordinarias. Llevo cuarenta y cinco años haciendo las mismas cosas grises, con ligeros cambios propios de la edad.

Me acuesto a la diez de la noche y me levanto a las cinco de la madrugada. Así, la vigilia tiene para mí diecisiete horas. Contar mi vida es detallar aquello que hago en cada una de estas horas. Por supuesto algunos días sufro alteraciones en mi rutina. Entonces me despisto y no es agradable. Trato de hacerme la vida tan sencilla como esté a mi alcance. Este intento tiene dificultades. Cuando se vive entre las personas no se depende de uno mismo. Así que he reducido mis relaciones a tres personas inevitables. Estoy contando mis costumbres y no mi vida, como quería, porque es una vida interesantísima. Hay un detalle que debo resaltar: a pesar de hacer siempre lo mismo, no acabo nada. Esto es importante. Acabar es cambiar y como no quiero cambiar dejo todo inacabado. Intenté algunos cambios hace unos años, hasta cambié de ciudad. Volví a los dos meses de haberme ido y con la sensación de haber sido engañado. Fui a buscar algo que después el tiempo ha revelado trivial y además dejé un presente para mí dichoso. Un engaño absoluto. Solo se engaña a los inocentes. Volví, pues, engañado y sabiéndome inocente. No me refiero al inocente libre de culpa o al que no tiene malicia, sino al ingenuo y fácil de engañar. Con las palabras hay que tener cuidado. Era un inocente, pero uno necesita un tiempo para comprender ciertas cosas. Muchas veces pienso que nosotros, los hombres, estamos fuera de lugar en un mundo que siempre está donde debe estar. Sí, la naturaleza por el lado correcto y nosotros, que somos de ella, por el lado equivocado. ¿Se arrepiente la naturaleza del hombre? Otra vez me desvíó. Estoy aquí para contar mi interesantísima vida gris. Hasta mi sonrisa es gris y suelo sonreír a menudo. Esta sonrisa gris, la mía, es la sonrisa de un hombre agradecido. Supongo que cuando me sienta desgraciado sonreiré con un rictus amargo y más gris, ya cercano al negro. Y tengo motivos para ser desgraciado si quisiera cebarme en ellos. ¿Por qué ser desgraciado cuando puedo ser dichoso? Cuando era joven tuve algunas ilusiones y esas ilusiones quedaron atrás, como desilusiones primero y luego como las trivialidades que eran. Según trato de contar mi vida me doy cuenta de lo difícil que es contarla. Todas las vidas deben de ser difíciles de contar, pues qué contar y cómo contarlo. Los mismos sucesos cuando acontecen son ya una interpretación y la vida narrada es una interpretación de la interpretación. Siempre vuelvo a lo mismo. Es un rasgo común a los hombres grises y repetitivos.

UN INTENTO DE CONFESIÓN

Las circunstancias me obligan a confesar aquello que en otra situación no confesaría. Ahora que el asunto ha sido descubierto se me exige una confesión. Trataré de adornar mi confesión para que los sucesos aparezcan mitigados. Aquí hay varias víctimas expectantes. Algunas se sorprenderán, para otras será decepcionante y es probable que unas pocas sean insensibles a mi confesión. He dedicado unas quince horas a preparar la confesión y todavía estoy empezando. Hasta ahora solo he reunido el material. El proceso me llevará tiempo. Según mis cálculos, si consigo trabajar sin sobresaltos, la confesión estará preparada en unos veinte días. Es posible que al cabo de este tiempo, cuando ensaye frente al espejo, encuentre errores y carencias. Entonces necesitaré dos días más. Uno para afinar la confesión y el otro para que el tiempo juegue a mi favor. La impaciencia y la ansiedad iniciales se enfriarán y tal vez si consigo demorar mi confesión las víctimas pierdan interés. Mi estrategia tiene sus peligros. Puede que la espera avive el fuego y cuando confiese, aquellos que no estaban soliviantados entonces estén violentos por la espera y lleguen a la confesión como personas ya enemigas y ávidas de un castigo ejemplar. Estas cosas me superan. Soy un hombre que antes de actuar he de tener todo bien atado. Cuando hice aquello que ha ocasionado esta situación creí tener todo bien atado. Como me ha demostrado la evolución de los acontecimientos, los nudos estaban flojos. Cualquier acto de este tipo, aunque haya sido preparado minuciosamente, tiene puntos imprevisibles. Yo lo sabía. Debí pues mantenerlo solo en la ficción. ¿Por qué no lo dejé en mi imaginación? En algún lugar se acumulan los montones de mierda de los hombres. Tarde o temprano debemos recoger la basura y cargar con ella hasta la expiación. Este asunto me quita el sueño, estoy agotado y el cansancio me roba la lucidez necesaria para preparar mi confesión. Tenía, cuando empecé a preparar la confesión, una postura muy objetiva de todo esto; según avanzo pierdo objetividad y cuando la objetividad se pierde la subjetividad gana terreno y me perjudica. Con esto quiero decir que mi confesión no se ajustará a lo que sucedió. Por otra parte ¿qué sucedió realmente? Cualquier suceso tiene muchas interpretaciones. Cuantas más personas sean afectadas por el suceso, más interpretaciones tendrá y el suceso perderá objetividad. No me sorprende que cada vez que intento preparar la confesión sufra una parálisis. A veces oigo y veo cosas que prefiero callar y he soportado otras que tengo bien guardadas. Estos desgraciados han aireado sus miserias, que son también las mías. Yo reúno sus desgracias y las mías y voy a ser juzgado como autor de ellas. Si no presento una confesión convincente seré condenado. Hasta ahora no me he dado cuenta de que las cosas más sencillas y habituales pueden perderse. ¿Realmente eran cosas sencillas o la costumbre y su repetición así lo hacían creer? Siempre me comporto de la misma manera. Cuando algo me atenaza miro a otra parte como si alejarme y disimular esfumara el problema. Utilizo ardides muy toscos, propios del necio

entre los necios. Ahora mientras me lamento, el tiempo corre más veloz cada instante y mis lamentos se repiten. ¡Cómo quisiera acabar con todo esto! Busco argumentos imposibles, pues los hechos son rotundos. Podría haber pedido la ayuda de un especialista, pero no confío en nadie. ¿Dónde encontrar un hombre horado y profesional? La búsqueda se comería mi tiempo. Ahora la mayor dificultad radica en empezar mi confesión. Si logro un comienzo eficaz todo será más sencillo. Debe ser una confesión breve, clara, sencilla y convincente. En el fondo no siento compasión por mis víctimas ni me arrepiento de lo que hice.

¿Y si no hubiera sido descubierto?

Iré a mi confesión vestido con sencillez y cuidaré mis movimientos y gestos. Seré humilde y educado. Los detalles en estos temas son muy importantes. Quiero sembrar dudas en el jurado para llevarlo a mi terreno. Mi conversación será agradable y educada. Como iré más preparado que ellos mi punto de vista se impondrá. No escatimaré nada. Incluso cosecharé elogios. No me sorprenderá que lleguen a disculparse, ellas, las víctimas. He de tener presente que en la imaginación todo resulta perfecto, pero en la realidad del juicio se perderá brillantez.

¿Cómo he llegado a esta situación? La pregunta evidencia un antes y un después.

EL CRONÓMETRO

¿No sabe usted cuándo acabará? El hombre mira su reloj. Calcula. Quedan dos minutos, dice. He calculado dos minutos menos el tiempo que he tardado en calcular lo que restaba. Aproximadamente un minuto y unos cuarenta y cinco segundos. ¿Qué es este tiempo después de haber gastado aquí ya dos horas? Este minuto y cuarenta y cinco segundos, ahora un minuto y unos treinta segundos, va a ser el minuto y medio más largo. Se acerca el final y cada segundo se alarga cada vez más. Mientras he hecho estos cálculos habrán pasado unos quince segundos, de modo que ahora falta unos setenta y cinco segundos para que esto acabe. Mientras hago estos cálculos el tiempo pasará más rápido. De hecho ahora faltarán unos cincuenta y cinco segundos. Una mirada aquí y otra allá, un cambio de posición y todo habrá terminado. Ahora restarán unos treinta segundos. Cuando llegue a casa esto me parecerá otro mal sueño. Estas cosas suceden por mi imprudencia.

PREJUICIOS

Algunas personas con las que él suele cruzarse por las calles le son antipáticas. A pesar de no haberlas tratado nunca concibe hacia ellas aversión. Todo empieza por un detalle incómodo como la cabeza inclinada o la manera de caminar. Y cada vez que coincide con ellas alimenta su desprecio. La peculiaridad que las hizo desagradables se extiende y al final no ve en ellas sino una presencia irritante. El detalle inicial envenena todo. Así, cuanto más coincide con esas personas, más antipáticas le resultan. Él ya no se fija en el detalle, sino en un conjunto odioso de movimientos y gestos provocadores. En algunas personas no se trata de un detalle físico. Adivina en ellas una humildad ficticia o una estupidez insalvable. Llega a la aversión por otros caminos. El resultado es como antes. Se deleita en el odio. Le gusta mirar a estos odiosos desconocidos y debe de responder este asunto al ánimo de distanciarse de sus preocupaciones. Mientras odia, se distrae. Bien pudiera (sería una distracción más sana) mirar árboles o nubes, aunque alimentarían menos que el odio, así cree. No hay tanta satisfacción en mirar pájaros como en mirar a sus odiados. Es cuestión de gustos. Creo que algunos biólogos y botánicos no estarán de acuerdo con él. Este alimento del odio es aire malsano. Viene del prejuicio.

En una ocasión tuvo la oportunidad de hablar con uno de sus odiados. Enseguida todo su veneno desapareció. El odiado resultó encantador. Desde el tono de su voz a su amabilidad, todo en él seducía.

Todavía hoy él sigue con esta afición.

EL PLAN

No sabes lo que harás. Sin duda algo harás. Te refieres a un plan que respetarás siempre, por supuesto, que las circunstancias exteriores e interiores lo permitan. Si tu fortuna no cambia, todo dependerá de tu voluntad. Ahora es imprescindible que aciertes con la medida de tus limitaciones, asunto nada sencillo, este equilibrio entre lo que quieres hacer y puedes hacer. Hay tantas cosas posibles e imposibles para ti que es fácil perderse en una vorágine inútil. Es indudable que el mundo se ha vuelto loco y quieres cordura. Te sientes un poco decepcionado con tu vida, aunque no tengas motivos para la decepción. Siempre has gozado de buena salud; para ti la salud es lo más importante en esta extraña vida. Te preguntas si no habrá alguna cosa maravillosa que puedas hacer y una vez más te preguntas qué es para ti una cosa maravillosa. Puede que hagas cosas maravillosas y no te hayas enterado. Sería lamentable escuchar la lista de tus cosas maravillosas y desapercibidas, para golpear la cabeza contra la pared por necio. Dices esto porque sospechas algo. Cuando eras niño estabas rodeado de cosas maravillosas, hacías cosas maravillosas y no te dabas cuenta. Has necesitado cuarenta años para enterarte de lo de entonces y temes que ahora estés en el mismo error. Adivinas que ya es prodigioso que las cosas sucedan con la sencillez natural y cotidiana. Se necesita una inteligencia muy inteligente para percibir la extraordinaria sencillez. Crees que tu plan es la continua elaboración de un plan. En esto pasas tu tiempo.

AQUEL HERMOSO Y LOCO MUNDO

Era hermoso aquel loco mundo. Lo supe cuando lo perdí. En aquel hermoso y loco mundo —supe que era así cuando lo perdí y no mientras estaba en él —, viví durante tres años, ajeno a su locura y belleza, yo, el inconsciente y limitado. Utilizaré a menudo el yo para afianzarme, porque entonces, allí, en el hermoso y loco mundo yo perdí mi yo. Los hombres son hombres vacíos. Es este el título adoptado para entendernos.

Quiero explicar que hay muchas cosas inexplicables en esta extraña vida, tal vez porque carezca de las palabras para explicarlas y por tanto para entenderlas. Es posible que el mundo sea maravilloso y terrible a la vez y muchas cosas más. Hay un mundo para cada hombre y sin hombre no existe el mundo, como ya ha quedado demostrado.

Así fue. En aquel alocado y hermoso mundo viví yo sin darme cuenta. Cuando comparo aquella vida con la que llevo ahora, advierto que aquel mundo hermoso y alocado fue un periodo desapercibido por mí, actor del alocado y hermoso mundo. Quizás aquel mundo me pareciera ahora hermoso y loco porque lo comparo con este, cuerdo y gris. Es posible que entonces no hubiera sido como ahora se me presenta en el recuerdo. ¿Acaso no viví días desoladores? Entonces yo era un hombre ambientado, un hombre adecuado para ese lugar. O un lugar conveniente para ese hombre. Entonces fue entonces y si hoy volviera allí, no sería ya como entonces. Acerca de esto me quedan algunas cosas que ahora callaré.

UN HOMBRE CONSERVADOR

Es un hombre conservador. Hay en él un desmesurado apego a la conservación. Conserva los recuerdos queridos, las tradiciones y quisiera conservar su edad presente durante toda la vida. ¡Y las conservas! Magníficas y muy cómodas. Cuando no le apetece cocinar abre una latita de atún y prepara un bocadillo que envidiarían los hombres más saciados de este mundo. Está afiliado a un partido conservador. No podría ser de otra manera. Aquello que funciona lo deja tranquilo. Cuando empieza a deteriorarse aplica el remedio. «Este es el progreso más seguro, el que avanza despacio y desde la tradición. Hoy está de moda el cambio. ¿Por qué cambiar una situación que ha sido eficaz durante muchos años y sigue siéndolo? Sucede que en la placidez y la abundancia los hombres nos aburrimos, ya no disfrutamos de lo que tenemos y nos aventuramos en empresas inciertas», así él. «Soy un conservador progresista o un progresista conservador, un progresista prudente o un conservador arriesgado. ¡Qué sé yo lo que soy! Bien, soy un hombre desorientado, enemigo de los cambios, pero que los acepta cuando son irremediables. En el fondo no tengo malas intenciones y esto debería de bastar», así él.

EN LA CIUDAD

En este mundo todo el mundo tiene deseos y no creo que encontrase un hombre sin esperanza. Hasta el suicida tiene alguna esperanza. Es una epidemia mortal. ¿A qué se refiere? Él volvió a sacar del bolsillo derecho de su abrigo el lápiz y la libreta. Soportar a mis espaldas una prole, ¿me hace un proletario? ¿Y miedo? ¿Acaso hay un hombre sin miedo? Mi amigo ha dejado de llamarme. Siempre era él quien me llamaba. Un día me lo reprochó. Una actitud previsible. Los amigos se cansan cuando no se cultiva la amistad. Como aún no había guardado la libreta y el lápiz pensé que tenía la intención de apuntar algo más.

La mujer tomó la comunión y guardó la hostia en su boca, se la dio al judío para recuperar las ropas empeñadas. El judío rompió la hostia y la hirvió. Entonces salió sangre de la hostia. En aquella época cosas así eran la viva imagen de la estupidez. El judío antes de ser quemado fue juzgado y después condenado, antes de ser quemado. Entonces no habíamos inventado estos aparatos del demonio con esta tecnología de hombres resabiados. A pesar de todo hoy algunos hogares todavía se calientan con el fuego de leña en hermosísimas chimeneas. Sí, una buena chimenea es insuperable para calentar una habitación. Entre tanta barbarie hay momentos deliciosos.

¿Cómo puede llamar barbarie a su modo de vida? Es usted un hombre desagradecido. Esa mañana nevaba. El ambiente conseguido allí, en la ciudad, era, a pesar del frío, ¿cómo era el ambiente conseguido? ¡Un ambiente transitorio! ¿No debemos buscarnos pensamientos que al menos no nos hagan más desgraciados? Usted no tiene fácil solución. Es un prisionero del ambiente. Su vista es miope. Apenas a unos kilómetros de aquí hay ciudades en ruinas, robles de cien años partidos a dentelladas por la mitad y esto es lo más amable que usted puede encontrar. ¿Cuándo acabará su insatisfacción? En todas sus fotografías tiene la misma pose. Una cabeza agachada y ladeada hacia la izquierda, gesto inconfundible de los jacobinos, la pierna izquierda cruzada sobre la derecha y la mano derecha metida en el bolsillo del pantalón. Intenta con esa actitud fotográfica aparentar una calma que usted no ha tenido nunca ni siquiera después de haber mamado de los pechos de su bendita madre. O abandona la dieta del doctor Mourmán o la dieta acabará con usted. Tanto limón ha agriado su carácter.

Entraron en el coche. Desde el coche la nevada... ¿Tenía otro aire? No, no es esto. Desde el coche la nevada... ¿Arrancará usted? Desde el coche la nevada... ¡Ánimo! Desde el coche la nevada pasó a formar parte del relato. No entiendo lo que me quiere decir. Tal vez si gesticulara más dejaría de prestar atención a sus palabras y me fijaría en sus gestos.

Desde el coche la ciudad parecía tranquila. Experimentábamos la ciudad en un día de nieve dentro de un coche, una experiencia nueva. No teníamos la prioridad de acumular experiencias, aunque no renunciábamos a aquellas que se presentaban sin buscarlas. Dije que sacara a la luz sus ideas como un buen

comerciante de joyas. Así lo haré cuando no esté presionado por usted y sin esperar metió la mano en el bolsillo derecho del abrigo. La ciudad perdía nitidez desde el coche, además estaba la nieve. Así, se daba una relación estadística entre el coche, la nieve y la nitidez. Las relaciones estadísticas no tienen fin. Según el peso del cerebro así la longevidad, dije, y no eché mano de la libreta. En esta ciudad cuando llega abril las calefacciones se apagan automáticamente. Resulta que muchos abriles han sido más fríos que los eneros. Añada a este desorden natural que los hogares ya no están calientes. Los ancianos mueren como moscas en estos abriles. Sus muertes son justificadas por la vejez y no por el frío. Puede que todo al fin y al cabo tenga su parte, un poco la vejez, un poco el frío, un poco la soledad y un poco la tristeza. Añada a esto las inspecciones periódicas del departamento de sanidad para comprobar si ellos, los ancianos, expulsan mierdas como panes o en el mejor de los casos como señales de tráfico. En estas circunstancias es fácil que los termostatos salten. Aquellos que sobreviven a estos abriles fríos sin calefacción se ufanan al recordar que otros tan viejos como ellos han muerto mientras que ellos siguen aquí.

Con los años todo queda atrás. No siento avances, solo retrocesos. Incluso lo inmediato se aleja rápidamente. Allí, desde el coche, vi personas que no pertenecían a la ciudad, lo notaba en sus ropas, en la manera de andar, de mirar también. Vimos muchos parques de niños. Estaban vacíos. Pensé que era debido a la nevada. Añada a esto que no había un solo niño por las calles. Allí, en la ciudad, nadie movía un dedo por la nieve, a pesar de que ella, la nieve, embellecía la ciudad. Nosotros respirábamos otro ambiente dentro del coche, un ambiente cargado, no a la manera de un café cargado o un arma cargada. Abrí la ventana y el conductor la cerró sin mediar palabra. Añada a esto que me volvió el recuerdo de aquella vez que pasamos por un puente y debajo de él, el puente, había una piscina natural. Era un día de verano muy caluroso. Nos hubiéramos bañado en la piscina natural con mucho gusto, pero pasamos de largo. Al cruzar el puente entramos en un bosque cerradísimo. La temperatura cambió bruscamente. La carretera era muy estrecha. Que ella, la carretera, fuera estrecha tiene su importancia en este relato, tal vez más que el bosque profundo. Él volvió a sacar la libreta y el lápiz del bolsillo derecho de su abrigo, de modo que se inclinó, por la estrechez, hacia su izquierda, así, juntó tanto su cabeza a la mía que sentí la frialdad de ella, su cabeza. Hubiera asegurado, en otras circunstancias, que se trataba de la cabeza de un caballo. Añada que cuando empezaron a dormirse mis labios él apuntó algo en la libreta. Miré con disimulo y alcancé a ver las palabras «*Serratia Marcescens*». Las memoricé porque ignoraba el significado. Añada que pistas como esta no debían ser despreciadas. Según recorríamos la ciudad aumentaba el tiempo que pasábamos dentro del coche y cuanto más tiempo estábamos allí, dentro del coche, más se cargaba el ambiente. El otro hombre nos dijo que el conductor tenía la orden de recorrer toda la ciudad. «Barrer toda la ciudad» según luego expresó. Nos quedan unas tres horas, dijo. Añada que la ciudad no

era muy grande, así me pareció desde el avión. Nevar, nevó durante todo el recorrido. ¿Podía eludir mi suerte? Si yo entonces hubiera bajado del coche... Añada que no importa tanto la impresión que uno da como la que tiene de sí mismo y añada que ambas impresiones son humo. Nevar, continuó nevando mientras barríamos todos los rincones. Niños, no vimos ninguno. Parques infantiles había muchos. Añada que nosotros vimos la ciudad exterior, no la ciudad que se ocultaba detrás de las paredes. A distancia las personas que caminaban por las calles movían a compasión, de cerca resultarían insoportables. ¿No era así en todas las ciudades? Así en ciudades, pueblos o mar abierto, en cualquier lugar donde se junten los hombres acaban por retarse a duelo.

AMENAZAS

Tenga en cuenta que existe la posibilidad de que en un instante su saludable vida sea trastornada y usted se derrumbe. Ejemplos hay a manos llenas. Todo lo que nos rodea está amenazado y las amenazas acaban por cumplirse. Tenga en cuenta que según avanza los años usted es más vulnerable. Imagine lo más funesto. Acertará. ¿Qué nos ha llevado a esta situación? Porque no cabe duda de que un cuerpo humano bien pudiera haber sido creado para no perecer nunca y entonces, así las cosas, veríamos esta insólita condición con normalidad.

Como advertí que desde el bosque ella me hacía señas, dejé al hombre allí. Por supuesto, me despedí. Aun en mi situación, soy educado. Corrí hacia el bosque para encontrarme cuanto antes con ella.

EL SIMULACRO

Simularemos el ataque a las dos de la noche. Comprueben el material cuando acabemos. Los aviones bombardearán la zona del sector cuatro. Allí están concentrados casi todos los civiles. Intentaremos que nadie sobreviva. Mi capitán, como portavoz de la compañía, he de comunicarle que todos estamos ahora un poco confusos y me atrevo a decirle que este ataque no da la impresión de ser un simulacro. Bien, una cosa es la apariencia y otra la realidad. Puede parecerles un ataque real, pero les aseguro que es un simulacro de un ataque con el objetivo de que ustedes se familiaricen con ciertas técnicas y que la población sepa, llegada la situación de un bombardeo real, cómo ha de reaccionar. ¿Cómo explica usted que hagamos fuego real sobre nuestros compatriotas? Y no solo eso, deben conseguir que en la zona del sector tres nadie sobreviva. ¿No dijo usted que bombardeáramos el sector cuatro? Bien, el sector cuatro o el tres, ¿qué importa? Están tan juntos que las bombas destruirán parte del sector tres si bombardean el sector cuatro y parte del cuatro si bombardean el tres. ¿Bombardearemos entonces el sector tres o el cuatro? Bien, dejémoslo en el sector cuatro. Lo más importante es que no sobreviva ningún civil. Provocaremos un incendio real para entrenarnos en los incendios. Veo que usted ha comprendido el fondo del asunto. Quisiera que todos los soldados tuvieran su misma lucidez. ¿Cómo explicaremos que fue un simulacro? Bien, esto no debe ser un motivo de preocupación para ustedes. Es parte de mi cargo lidiar con estos asuntos. Ustedes cíñanse al cumplimiento escrupuloso de las órdenes. Sospecho que aquí hay una trampa. Usted nos ordena que no sobreviva nadie, pero antes habrán desalojado a todos. Bien, no sospechen ni interpreten. Les aseguro que los civiles estarán durmiendo bien calentitos en sus madrigueras como ratas satisfechas. Bien, ¿alguna pregunta extraordinaria? En los sectores tres y cuatro casi todos tenemos familiares. Bien, esto no es una pregunta ni es extraordinaria. Nos volveremos a reunir aquí a medianoche. Ahora preparen y revisen el material y luego descansen.

LA CASA ABANDONADA

Una vez estuve en una casa abandonada. Nadie había pisado allí desde la muerte de su único habitante, hacía ya veinticinco años. La casa era de un amigo que vivía en el extranjero. Al cabo de veinticinco años quiso alquilarla de nuevo y como yo era la única persona que conocía en la ciudad me pidió, a cambio de un tanto por ciento, que tratara de alquilarla. Me dijo que el último inquilino había muerto en la cama de su habitación. Cuando entré en la habitación de aquel hombre observé que el colchón mantenía aún la forma de su cuerpo. Sobre el borde del cenicero había un cigarrillo a medio fumar. La ceniza no se había desprendido del cigarrillo. El pequeño golpe que di en la mesilla hizo caer la ceniza y bastó para que aquella habitación perdiera la quietud de los últimos veinticinco años. Sobre todos los objetos de la habitación habían pasado los años. Allí estaban, con su fidelidad de objetos, según los dejó el habitante. Cuando yo los miraba, ellos, los objetos, recuperaban su condición de objetos después de veinticinco años. Me sentí aturdido por la soledad y devastación. Pensé entonces que yo pasaba continuamente por sucesos preparados para revelarme la esencia de las cosas y solo me enteraba de formas, perfiles o colores. Era un auténtico desperdicio. Llamé al amigo para decirle que la casa necesitaba una reforma. Fue todo lo que se me ocurrió, pero había mucho más.

LAS CUATRO GRANDES RELIQUIAS DE AQUISGRÁN

Apunta: «Las cuatro grandes reliquias son: manto de la Virgen, pañales de Jesús niño, taparrabos de Jesús en la cruz, paño donde colocaron la cabeza de Juan el Bautista».

Apunta: «Tener en cuenta que las reliquias se exponen cada siete años. Averiguar qué año fue el último».

Él no logra apaciguar su deseo de ir a Aquisgrán para ver las cuatro grandes reliquias. ¿Cómo superar el temor a ir hasta allí —¿dos mil kilómetros?— cuando apenas consigue salir de los alrededores de su casa? Viajar, no viajará. Quien conoce a este hombre sabe que viajar, no viajará. Por otra parte él no es conocido por muchos. Esos pocos conocidos, los pocos, aseguran que viajar, no viajará, que su temor es más fuerte que su deseo.

Él apuntó hace poco que hay tantas cosas encerradas en cada persona que no prestar atención a los hombres demuestra profundísima ignorancia, además de un salvajismo ilimitado.

Apuntó: «Cada encuentro humano es prodigioso».

Apunta: «Las acciones humanas habituales se repiten. La misma acción empieza y acaba y vuelve a empezar y acabar como si fuera la primera vez. Esto es un desperdicio de tiempo y esfuerzo».

Como saben bien aquellos que conocen a este hombre, viajar, no viajará. Como bien saben los cambios atemorizan a este hombre. ¿Por qué hablar de él, si él puede expresarse?

Apunta: «En un momento toda la materia conocida que me rodea puede ser un obstáculo. Aquello que me orienta, de repente puede ser un inconveniente que me desorienta. Conviene tener esto en cuenta».

Cuando le preguntamos por qué, después de todo, quedarse en el sitio y no correr, y sobre todo no parar hasta caer exhausto como un lobo, el hombre respondió con otra pregunta. Así es —contestó—, ¿por qué no? Sin embargo, él, este hombre, no sale de los alrededores de su casa. Muchas veces solo merodea.

Apunta: «Mientras o cuando estoy fuera de casa me suceden las cosas que solo pueden suceder fuera de casa. De aquí que ¿si estoy dentro de casa me suceden cosas que solo pueden suceder dentro de casa?»

Apunta: «Una misma acción nunca es igual dentro que fuera de casa, aparentemente parece igual, pero no es la misma. Por lo tanto no puedo utilizar el adjetivo misma para referirme a acciones que suceden dentro y fuera de casa».

Y si él pregunta a menudo, ¿por qué a mí no me permiten preguntar como a él? ¿No estamos en la misma situación? ¿Acaso puede un hombre como este viajar unos dos mil kilómetros? Corre el rumor —aunque en un círculo

reducido— que las grandes reliquias de Aquisgrán son un fraude. De cualquier manera viajar este hombre no viajará. Él planifica, comprueba horarios, estudia los diferentes caminos. Este será todo su viaje, salir de los alrededores de su casa no saldrá.

Apunta: «A pesar de que me conozco bien me resulta extraño que miles de hombres visiten a diario esta plaza y yo la evite».

La lámpara que cuelga del techo parece un sombrero. La lámpara, esta que cuelga del techo, parece el sombrero del señor Arnolfini. Con todo, si el señor Arnolfini hubiera llevado sobre su cabeza la lámpara del techo, entonces, cuando por fin se dejó pintar por Jan, no hubiera estado tan ridículo como uno puede aventurar. Además, el sombrero del señor Arnolfini, del rico mercader Arnolfini, colgado del techo como una lámpara de techo gozaría de cierto encanto.

Apunta: «Hay que estudiar las cosas a fondo si queremos entenderlas. Incluso el asunto que parece más sencillo debe ser estudiado».

Apunta: «Puedo recordar hechos desgraciados y hechos felices y como es posible elegir entre los hechos desgraciados o los hechos felices, ¿por qué no recordar solo los hechos felices?».

El señor Arnolfini, el rico mercader Giovanni Arnolfini, se sube a una silla e introduce su respetable cabeza en el sombrero-lámpara que cuelga del techo, entonces, todo él ¡señor Arnolfini!, se ilumina. Parece un ángel.

Apunta: «Averiguar si el sombrero de Giovanni Arnolfini se conserva todavía. ¿Y si estuviera el sombrero de Arnolfini en Aquisgrán?».

Aquellos que conocen a este hombre —muy pocos conocidos tiene— saben mejor que él que nunca irá a Aquisgrán. Ni siquiera saldrá de los alrededores de su casa. Acaricia este hombre la idea de viajar a Aquisgrán y ¿quién sabe?, allí, en Aquisgrán, si no sufriría una decepción. Quiere él, este hombre, visitar la catedral de Aquisgrán y allí, en la catedral, admirar las cuatro grandes reliquias. Corre el rumor de que son un fraude. No se lo hemos dicho. ¿Quién sabe si allí en Aquisgrán una vez iluminado por las reliquias encuentra el sombrero del señor Arnolfini? Él, este hombre, vive con la ilusión de ir a Aquisgrán, aunque esta ilusión no logra llevarse su abatimiento.

Apunta: «Aquisgrán tiene manantiales de agua caliente. Tal vez lleguen a Aquisgrán más hombres atraídos por las aguas termales que por las cuatro grandes reliquias, lo cual a todas luces es propio de bárbaros».

Apunta: «Está comprobado que el rico mercader Arnolfini estuvo en Aquisgrán y visitó la catedral».

No nos dejamos engañar por este ladino. Este hombre cuando nos ve por las calles nos dice que está a punto de viajar a Aquisgrán. Viajar allí, no viajará.

El señor Arnolfini, el rico mercader Giovanni Arnolfini, siempre que viajaba —viajes de negocios, naturalmente— llevaba en su equipaje, como buen judío, una paleta con la cual cavaba un hoyito antes de hacer sus necesidades; después de sus necesidades cubría el hoyito con la misma paleta. Esto cuando sus necesidades eran expulsadas en campo abierto. En las ciudades había otros

métodos.

Apunta: «La pereza no trae nada bueno. La pereza incuba ignorancia y muchos males».

Apunta: «Es difícil encontrar personas eficaces. A pesar de su éxito comercial — ¿realmente?— el señor Arnolfini no me da la impresión de que fuera una persona eficaz. Por supuesto muchas evidencias contradicen mi impresión».

Apunta: «Así es, dentro de un año las cuatro grandes reliquias de Aquisgrán volverán a ser expuestas».

Quienes conocemos a este hombre sabemos que ir allí, a Aquisgrán, no irá, como no irá a ningún lugar que diste más de dos o tres kilómetros de su casa. ¿Actuamos bien cuando animamos a este hombre y nos mostramos delante de él como no somos?

Este hombre, él, viajar a Aquisgrán no viajará. Él, este hombre, es un hombre rutinario y además él mismo expresa su amor por la rutina. Cuando nos habla de su viaje a Aquisgrán para ver las cuatro grandes reliquias nosotros no entramos en detalles. Aunque nos despierten curiosidad, ellas, las cuatro grandes reliquias, no debemos mostrar interés por ellas a este hombre; nuestro interés perjudicará a él, a este hombre. Él, nuestro interés, avivaría su deseo de ir hasta Aquisgrán y sabemos a ciencia cierta que él, este hombre, viajar, no viajará.

Apunta: «Hoy he oído tres veces que el tiempo pone todo en su sitio. Me resulta gracioso cómo se aceptan los lugares comunes. Entran en el estómago como un buen asado».

El señor Arnolfini, el rico mercader Giovanni, bajo su sombrero que parece una lámpara de techo, ¿ocultaba ya, cuando posó con su esposa para el famoso pintor Jan, su adulterio? Él, Giovanni Arnolfini, el rico mercader, tenía en el salón de su casa una lámpara de techo bellísima. Si los ambientes que el rico mercader frecuentaba eran tan bellos como el de su casa, ¿cómo iba a imaginar él, el señor Arnolfini, que con el paso del tiempo y los nuevos diseños su sombrero parecería una lámpara de techo!

Apunta: «La esposa de Giovanni se llamaba Giovanna. Todo perfecto para Giovanni, el rico señor Arnolfini. La vida le sonreía».

Apunta: «Después de ver las cuatro grandes reliquias iré a Londres y veré el cuadro del matrimonio Arnolfini, aunque tal vez la experiencia de las cuatro grandes reliquias cambie mi postura ante la vida, y entonces no me apetezca ver el cuadro».

Apunta: «Hoy he leído que Dios no puede cambiar de opinión, por lo tanto el mundo no pudo ser creado por Él desde la nada».

El retrato del matrimonio Arnolfini fue pintado al óleo sobre una tabla de ochenta y dos por sesenta centímetros. ¿Hay algo más bello que pueda ser sacado de una tabla?

Las cuatro grandes reliquias están guardadas en el Cofre de María. El retrato pasó por muchas manos y ahora reposa en Londres. También las reliquias pasaron por muchas manos y ahora están en Aquisgrán. Desde Aquisgrán

hasta Londres hay unos quinientos treinta kilómetros. Atravesar Bélgica hay que atravesarla si queremos ir por el camino más corto. También hay que pasar por Francia. Por supuesto el viaje no es fácil ni para un aventurero experimentado.

Él, este hombre, viajar no viajará, ni a Londres ni a Aquisgrán. No saldrá más allá de dos o tres kilómetros de su casa. Vemos a este hombre por la calle y, entusiasmado, nos cuenta sus planes y sabemos que todo quedará en nada. Además, él, este hombre, no tiene el aspecto del que pronto se pondrá en camino. Es como si dijera: «Todo en mí sigue como siempre».

Apunta: «Tal vez el viaje a Aquisgrán me traiga alguna fortuna o tal vez me traiga alguna desgracia. No creo que el viaje a Aquisgrán pase por encima de mí sin darme cuenta».

Ayer me encontré con él, con este hombre. No tenía la mirada habitual. Me dijo: «¿Acaso no nota usted cómo nuestras vidas se desmoronan?». Enseguida fui a buscar a los otros y les conté mi encuentro con él, con este hombre. A pesar de todo estamos convencidos de que viajar, no viajará.

Apunta: «¿Es este todo el orden que podemos alcanzar?».

EL GITANO

Hace unos días cruzaba la calle por un paso de cebra y un coche me habría atropellado si yo no hubiera reaccionado con la velocidad y agilidad propias de un hombre veloz y ágil de veinte años, a pesar de que tengo cincuenta y dos. Son las ventajas de una vida dedicada al ejercicio físico. No quiero ahora hablar de las bondades deportivas. Ahora escribo para destilar el odio que todavía me envenena. También la escritura tiene sus bondades. A pesar de la rapidez del suceso pude ver al conductor. Era un gitano ya conocido por mí. Desde la terraza lo veo a diario entrar en la casa de apuestas. Mi odio no viene de su condición de gitano. No se me acuse de racista, que por otra parte algo tengo, como cualquier hombre, aunque el mío es un racismo débil, el mínimo que corresponde a cualquier raza. Tampoco quiero ahora detenerme en estos prejuicios, ahora, como ya dije hace poco, quiero desahogarme. Me aprieta el odio y me daña el hígado.

El gitano rozará los treinta años. Tiene la delgadez ágil y contorsionista de las serpientes. Su piel es muy oscura. Lleva una barba áspera y una coleta larga que recoge sobre la espalda su pelo negrísimo y liso. Más que una coleta parece el rabo de un demonio preparado para fustigar y ahogar. Camina con los hombros hacia atrás y esta posición forma un surco en su espalda en el que acopla su coleta. Todo en él es despreciable. Se mueve violentamente. Parece que siempre está preparado para sacar la navaja. Cuando camina sus movimientos se asemejan a los de las arañas, aunque creo que pertenece a la familia de las ratas. Algunas ratas tienen figura de hombre; en realidad son ratas disfrazadas. Antes de mi encuentro con él, en el paso de cebra, ya lo había visto más de una vez, como dije, y desde el primer día que lo vi despertó algo maligno en mí. Me pregunté quién podría haber concebido a ese demonio. Me dije que solo traería sufrimiento a este mundo.

Este hombre lleva siempre un bolso con una correa que le cruza el pecho. El bolso cae hacia su lado izquierdo. Es fácil adivinar qué llevará en ese bolso: instrumentos para engañar al prójimo y el dinero adquirido a cambio de engaños y desgracias.

¿Qué tendrá dentro de su corazón? Quisiera yo tener una mirada capaz de hacerlo tropezar y que cayera de bruces.

Que todo te haga desgraciado, que seas un infeliz entre los infelices, que no conozcas el amor.

Ahora, después de este tiempo de odio, me encuentro mejor. El gitano real, durante este proceso de escritura, ha sido transformado en un hombre ficticio. En esta ficción he vertido mi odio. Las palabras han guiado y ordenado mi odio. Que el hombre real siga su camino, sea feliz y coma perdiz.

UN COMPLEJO ENCARGO

Nunca he disparado contra un hombre. No debe de ser fácil disparar contra un hombre, ni siquiera será sencillo para el hombre más malvado y asesino entre los malvados y asesinos. No, no será fácil disparar a un hombre, tampoco batear su cabeza o clavar un puñal en su pecho. Parece más sencillo envenenar, a primera vista parece también más higiénico que los otros asesinatos. Uno pone el veneno en la copa y puede irse lejos mientras el veneno acaba con la víctima; no te ensucias ni cruzas la mirada con ella. También parece más fácil matar desde lejos, como los francotiradores. Se mata sin sufrirlo uno mismo.

Me propuso matar a ese hombre a cambio de una suma enorme. Por supuesto había asesinado a muchos hombres con la imaginación, pero nunca se me había ocurrido asesinar a un hombre realmente. Había pensado en otras soluciones a nuestro problema con aquel hombre. Todas las soluciones imaginadas no solucionaban el problema, de modo que no debían de ser soluciones. Mientras él me decía que la única solución era matar al hombre yo untaba mantequilla en el pan para matar el hambre. Pensé entonces que esta posibilidad tenía que ser analizada. Para mantener mi prestigio le dije que no entendía una palabra de lo que me estaba diciendo y él adivinó que yo sabía lo que me decía porque ignoró mi comentario y siguió con el asunto como si yo no hubiera dicho que no entendía nada de lo que me decía. Le dije que se llevara a los niños y bajara la voz antes de continuar. No era una conversación para ser escuchada por extraños y desde luego no era una conversación para ser escuchada por niños. Como llovía mucho y el toldo de la terraza aumentaba el ruido de la lluvia, él voceaba cada vez más y yo dudaba si para los niños y las personas de alrededor el ruido de la lluvia se imponía o eran los gritos del hombre los que dominaban. Le repetí que se llevara a los niños y bajara la voz. Como llovía intensamente y la lluvia golpeaba en el toldo no me oía, de modo que se lo repetí más fuerte. Él sonreía y continuaba voceando como antes. Yo pensé que le estaba tomando demasiado en serio. No sé por qué tomo a la gente tan en serio, cuando los hombres somos tan poca cosa. Si perdiera un poco de rigidez me sentiría mejor. En realidad estoy muy cansado. Sé que si me concentrara en algo podría pasar el rato con cierta alegría y abandonar este círculo inútil. Me aburre ver siempre lo mismo. Salgo a la calle y veo a los mismos hombres y el mismo trasiego de coches. Cuando llueve la calle se moja y los hombres desaparecen. Aunque todo es muy previsible siempre hay algo que está a punto de cambiar. Ayer estuve de excursión. Fuimos a visitar una granja y ¿qué vimos? Sí, así es, pollos, gallinas, cerdos y vacas. Hoy he visto en el trabajo a los idiotas de siempre. Por las tardes paseo hasta la estación de trenes y allí solo hay trenes. Antes iba hasta la estación de autobuses hasta que me cansé de ver autobuses. Desde luego es para desanimarse. Teníamos que solucionar el problema con este hombre. Y me propuso asesinarlo para quitarnos el problema. Matar a un hombre no es lo

mismo que aplastarle una tarta de nata en la cara o pinchar las ruedas de su coche. ¡Dejemos las cosas así por el momento! El seguía voceando, la lluvia intensa, los niños cada vez más cerca de nosotros y la gente apiñada por la lluvia debajo del toldo de la terraza. Noté que algunos empezaban a curiosear. Se acercaban a nosotros con disimulo. Si asesinaba al hombre, estos curiosos serían pruebas vivas del crimen. La situación no me hacía ningún bien. Una vez más pensé en que mis padres me trajeron a esta vida con la ilusión de los enamorados. No merecían esto. Yo era todo para mi madre. Hubiera dado su vida por mí. Una vez pregunté a mi padre que si había matado a alguien en la guerra. Él, mi padre, me contestó que no había matado a nadie, aunque tuvo oportunidades de hacerlo y que estaba orgulloso de no haberlo hecho. Cuando yo enfermaba mi madre era tan agradable y atenta conmigo que yo quería estar enfermo siempre. Además yo notaba que mis enfermedades favorecían a ella, mi madre. No quiero decir que ella fuera insensible a mi dolor o que se alegrara, sino que olvidaba sus preocupaciones y sus preocupaciones eran muchas, casi todas relacionadas con mi padre. Mi madre era incapaz de decidir. Siempre paralizada y lamentándose. Cuando yo enfermaba, ella, mi madre, olvidaba su parálisis y sus lamentos porque se concentraba en mí. De pronto sonreía, ganaba agilidad y reaccionaba igual que cuando era joven, así pensaba yo, que ella en su juventud era alegre y ágil como entonces durante mi enfermedad. Ya no se apretaba la cabeza con las manos ni lloraba. Incluso sonreía y miraba con cariño a mi padre, su esposo.

No era saludable para mí este cambio. Yo buscaba la enfermedad como los otros niños buscaban los juegos y así, para ver a mi madre alegre, pasé muchos días de mi infancia encamado y solitario.

Apúntame la dirección y el nombre de ese tipo, le dije a aquel zafio, y el zafio en vez de apuntarlo lo proclamó. Bien, le dije, ahora todos saben que se llama Roberto y vive en la zona alta y yo gritaba más fuerte que aquel patán. Continuaba lloviendo intensamente. Las alcantarillas rebosaban y de sus bocas empezaban a brotar las inmundicias de la ciudad.

TRAMPAS

Cuando está despierto puede disimular. Yo observo a las personas cuando duermen. En el sueño nadie miente. El rostro entonces, en el sueño, dice la verdad. Me fijaba en sus manos, cortas y anchas. Ellas, las manos, eran un motivo más de repugnancia. Los durmientes tienen los ojos cerrados, por eso ningún hombre dormido miente. Los hombres falsos se cuidan de no dormir delante de ciertas personas. Él dormía a pierna suelta, a la vista de cualquiera. Entonces miraba sus manos. Hacían muecas grotescas, ellas, sus manos, cuando dormía. Tenía entonces, cuando estaba dormido, la boca entreabierta. De buena gana hubiera acabado con todo, pero me faltaba valor. Después me di cuenta de que estaba acabando con todo. Mi percepción está distorsionada. Desde niño, ella, la percepción, está deformada. Año tras año arrastro las equivocaciones de una percepción distorsionada. A veces pienso que si me he dado cuenta de esto, no tengo una percepción distorsionada del mundo. Es un pensamiento motivado por la distorsión. Despierto, él, se mueve, cambia de posición, hace lo que suelen hacer los hombres cuando están despiertos. Despiertos, ellos, los hombres, pueden captar algo de la belleza del mundo. Como él, despierto, no mantiene una postura fija, es más difícil observar su cara que cuando está dormido. Sus movimientos, despierto, mitigan mi repulsión hacia él. Según mi pensamiento distorsionado, creo que el movimiento atenúa el odio. También estar en un sitio cuando habría que estar en otro alivia el odio. El hijo de este hombre, durante la excursión, se quedó solo un buen rato porque él, el padre, se durmió. Él, el niño, vio belladonas y fue atraído por sus frutos. Por suerte no comió las suficientes bayas para envenenarse. Por supuesto tuvo alucinaciones. No es apropiado decir que sufrió alucinaciones, gracias a ellas, las alucinaciones, adquirió él, el niño, habilidades extrañas y se ganó un nombre. Había caminos dentro de los mares. Eran caminos que se abrían paso entre las aguas y por ellos avanzaban aquellos niños de cabezas enormes. Ellos, los niños, acertaban todo lo futuro. Tenían sentimientos, ellos, los niños, que podían verse e iban ellos, los sentimientos, detrás de ellos, los niños. Veo escenas de mi pasado. Son escenas anodinas. Estoy comiendo en casa de aquel hombre. Estos recuerdos me sitúan siempre en lugares equivocados. Él duerme con las manos cerradas. Duerme rígido. Un sueño rígido entra por su boca entreabierta y otros sueños se escapan por su boca. Despierto, él suele ir de un lado para otro de la habitación y habla, mientras camina por la habitación, como un profesor. En la vida, dice, es saludable tener siempre algunas incomodidades. Una vida sin contratiempos, dice, debilita. Entonces, despierto, incluso resulta atractivo a veces. Mientras el niño corretea por la casa ¿cómo es capaz él de dormir a pierna suelta? Él es entonces un hombre odioso. Sin máscara es repulsivo. Despierto, ya con la máscara y moviéndose, él gana mucho. Sabemos, la costumbre, que él, mientras duerme, es repugnante. También así fue expresado por él, el niño, su hijo, y precisamente él, su hijo, el niño, no es agradable para

la vista, así lo expresó él, su padre. ¿Qué sentido tiene continuar con todo esto?

Por toda la casa hay trampas para ratones y ratas. Las trampas de las ratas son más grandes que las de los ratones. También hay trampas para serpientes, aunque nunca hemos visto serpientes en la casa. Son trampas inventadas por él, el hombre durmiente. Las trampas saltan a menudo y entonces me sobresalto. Una tarde una trampa enganchó a una rata enorme; ella, la rata, se paseó durante una temporada con la trampa como un ajusticiado de la Edad Media con el cepo al cuello. Ni una sola rata ayudó a la rata atrapada a liberarse del cepo. En otra ocasión el cepo se cerró sobre los dedos del niño. Él, el niño, lanzó un chillido parecido al de los ratones cuando caen en las trampas.

¿Sería posible concertar un encuentro dentro de la casa que pareciera fortuito? Y a partir de este encuentro que ellos, el hombre durmiente y su hijo, empezaran una aventura fuera de la casa, que un día dijeran: «Nos vamos unos días», animados por ese encuentro planeado. Encontrar, así es, a un seductor y convencer al seductor de que su mejor opción es alejar de la casa al padre durmiente y al hijo. Si yo convenciera al seductor de este plan disparatado, entonces yo sería otro seductor. En tal caso ¿para qué buscar un seductor?

Ellos, el hombre y el niño, han entrado en mi cabeza e invaden mi cabeza como han invadido la casa. Trato de que a duras penas se muevan por mi cabeza. Intento cerrar todos los caminos. Aquí en mi cabeza soy yo el que pongo las trampas.

Sentir la casa vacía, así yo, creo que me sentiría también vacío. Vacío en un mundo tan lleno de cosas ha de ser emocionante, que el sol caliente un alma vacía o pasearme ligero por las calles, sin verme obligado a disculparme. Sentado en casa, así, pasar unas horas vacías, así, vivir protegido por el vacío. Elevo mi queja al cielo. Hasta en el cielo la vida se hace pedazos. Hoy he visto cómo el halcón destrozaba a la paloma. Caían plumas, desde el cielo. Ellas, las aves, vencedoras de la gravedad, ni siquiera en el cielo mantienen las formas.

¿Acaso por convivir con ellos, el hombre durmiente y el niño, sé algo de los muertos? ¿Alguien sabe algo sobre los muertos? De ellos, los muertos, solo conozco las relaciones que mantienen con la vida: fríos, rígidos, lívidos.

No quisiera dar una impresión falsa. Soy un hombre ocupado en sus problemas. Mientras trato de solucionarlos el tiempo pasa de modo que no logro ser un hombre más allá de sus problemas, que por otra parte se renuevan con rapidez.

No siempre fue así o si lo fue no me daba cuenta. Tal vez era entonces también un hombre con sus problemas, pero inconsciente de ellos. Era, pues, más dichoso que ahora.

Él es repugnante cuando duerme. Sus sueños se escapan por su boca entreabierta y salen mezclados con su aliento y ellos, los sueños, se contorsionan como colas de lagarto. Con todo, viene el hombre a decirme que tengo una manera nefasta de ver las cosas. Como es natural, no respondí.

Continué con la vista puesta sobre el libro; ahora simulaba leer, aunque tenía la vista puesta sobre él y no sobre el libro. Me tomé ciertas libertades para aliviar mi repugnancia.

A menudo él, el hombre, está despierto cuando tendría que estar dormido. En esta situación él, el hombre, fuerza su suerte, porque despierto en el tiempo del sueño vive fuera del tiempo marcado. Es un hombre fuera de control.

Se me rompen los dientes, de viejos. Antes soñaba que ellos, los dientes, se partían y que las muelas se desprendían de la encía. Ahora no es un sueño. He ocupado ya mucho tiempo y el espacio se estrecha.

De la casa, desalojar al hombre y al niño para ganar espacio, en ella, la casa.

Mientras Sísara estaba profundamente dormido Jael cogió un clavo de la tienda y lo clavó con un martillo en la sien de Sísara. El clavo traspasó la cabeza de Sísara y llegó hasta la tierra. Sísara no era repugnante cuando dormía. Está escrito que entonces, durante el sueño, sus facciones eran más bellas que cuando estaba despierto. Su belleza, despierto, no libró a Sísara de una muerte de animal inundo.

Abrí las ventanas para escuchar la lluvia. Entonces, con las ventanas abiertas, él, el hombre, no tuvo reparo alguno en mostrar su desacuerdo. Él, el niño, se puso nervioso y taciturno. Ellos, el hombre y el niño, lograron que la lluvia fuera amarga. No merecía la pena que las ventanas estuviesen abiertas un segundo más. Tan pronto como las cerré busqué alguna compensación.

El odio y la repugnancia no son frutos de un solo día. Ellos, el odio y la repugnancia, son vinos viejos. A pesar de todo, esta no es una historia acerca del odio y la repugnancia. Sería terrible contar una historia de este tipo en mi situación. Si entrara en una historia así mi mente se entumecería todavía más. Cargar más la mente, no la cargaré. Quiero ser un hombre sano en mi percepción a la manera de las abejas o de los animales de montaña.

Retomar algunos hábitos.

Salir de casa a menudo.

No observar al hombre cuando duerme.

Acortar los pasos al caminar.

Alumbro mi habitación con una vela rodeada por un plástico rojo. Según la vela se consume corto el plástico para que la llama no se ahogue.

Buscar coincidencias.

Así, la llama y la puesta de sol, o la llama llama mi atención, o la llamada de auxilio de una llama envuelta en llamas.

Ajustar tiempos. Así «empezar en el momento exacto a».

La cera de la vela cae a veces encima de la mesilla. Procuro evitarlo. Mi cautela no basta. En un descuido o en un instante de aturdimiento la cera vuelve a caer sobre la mesilla. En cierto sentido esta situación es parte de la realidad de mi relación con la vela.

No nos subestime, me dijo el hombre, él, ni menosprecie el aspecto lúdico de nuestra relación. Las presencias forman imágenes que pueden, con habilidad, combinarse en el recuerdo. Apure usted el pasado.

Una mañana él, el hombre, y él, el niño, salieron de casa juntos y voluntariamente. Él, el hombre, dejó escrito que tenía la intención de hacer algunas preguntas.

Ellos, él, el hombre y él, el niño, volvieron a casa por la tarde. Llegaron agotados, como recién venidos de un torneo medieval. Tuve la impresión de que habían formulado algunas preguntas y que habían encontrado algunas respuestas. Les dije que me satisfacía mucho que hubieran llegado a casa sanos y salvos. No hice otro comentario. Él, el hombre, pronto se quedó dormido. Cuando entraba en el sueño, él, el hombre, era repugnante. Él, el niño, no correteó por la casa. Estaba agotado. Sin duda este era un mundo agotador y poco seguro.

Empezar de nuevo, no empezaré.

HABITACIONES

La habitación era un cubo, seis caras cuadradas, un hexaedro, doce aristas y ocho vértices. Las paredes, desplegadas en el suelo —un suelo que no es el suelo de la habitación, otro suelo— dibujarían una cruz, entonces no serían paredes, sino suelo. Cada pared, tres metros de anchura por tres de altura, así también el suelo y el techo, considerados ahora no como paredes, sino como techo y suelo. Yo entraba y salía de este cubo por una puerta rectangular, cuyas medidas no vienen al caso. En la pared opuesta había una ventana. Cuando miraba por la ventana me parecía ver siempre la misma imagen; esto era una impresión mía. Sabía que las cosas cambiaban, aunque yo no notase el cambio. Heráclito puro. Nada nuevo. Eclesiastés puro. Supe que se alquilaba una habitación en la zona norte por un anuncio del periódico local. En principio no tenía intención de alquilar una habitación. Cuando leí el anuncio me dije que me convenía cambiar de habitación y de zona. La arrendataria era una mujer de unos cuarenta años y no estaba gorda como yo había imaginado cuando hablé con ella por teléfono. Enseguida me fijé en que la mano derecha tenía cuatro dedos. Hasta ahora solo había visto manos con cinco dedos y esto, pues, como no era habitual, me llamó la atención. Por lo demás, hasta ese momento el día había avanzado según lo previsto, ante la ausencia de previsión. Ella, la arrendataria, no mostró mucho interés por mí y aquello me gustaba por una parte y por otra me disgustaba. Después del primer acto pasamos a la habitación, el cubo. No tuve que agacharme para entrar en ella, la habitación, el cubo, porque la puerta medía unos veinte centímetros más que yo. La habitación, el cubo, seis caras cuadradas, hexaedro, doce aristas y ocho vértices, desplegada en el suelo sería una cruz. La primera impresión me decía que ella, la habitación, el cubo, había sido diseñada —¿o era una casualidad? — para dejar pasar el tiempo. Desde luego no era una habitación para dialogar y menos para pasar una noche con una mujer. Por experiencia sabía que no se puede asegurar nada a primera vista. Los prejuicios me habían equivocado más de una vez. ¿Qué influencia podría tener ella, la habitación, sobre mí? Y una vez que pensé en ello ¿cómo podría yo influir en ella, la habitación?

Las paredes y el techo eran blancos; el suelo, de parquet. Había una cama pegada a la pared que quedaría a mi izquierda cuando yo estuviera acostado en ella. A mi derecha, entonces, una mesilla. Aproximadamente a metro y medio de la mesilla estaba la ventana. En el centro de la habitación colgaba del techo una lámpara redonda enorme y debajo de la lámpara había una mesa cuadrada y dos sillas. Si la lámpara se desprendía del techo cuando yo estuviera sentado es muy probable que me aplastara parte del brazo que en ese momento estuviese apoyado en la mesa. Esto era todo. Lo demás corría de mi cuenta. Enseguida eché de menos una estantería y un armario. La estantería y el armario corrían de mi cuenta, así ella, la arrendataria. La puerta estaba enfrente de la cama. Se abría hacia el interior de la habitación, de modo que cuando yo estuviera dentro debía tirar de ella y cuando estuviera fuera

empujarla. La puerta disponía de un cerrojo interior. Así, cuando yo saliera de la habitación, siempre quedaría abierta aunque cerrase la puerta; cuando yo estuviera dentro de ella, la habitación, siempre tendría la posibilidad de echar el cerrojo y la habitación quedaría cerrada.

Después de pensar un poco mientras ella, la arrendataria, hablaba, concluí que la decisión de mudarme respondía a la necesidad de intentar algo nuevo. Tal vez ella, la habitación, resultase después de todo un lugar acogedor donde fuera posible tener sueños hermosos e incluso encuentros que superasen mis expectativas y me sorprendieran. ¿Y si en ella, la habitación, descubriera un espacio pacífico y con el tiempo fuera el lugar apropiado para mí? Ahora no hablo de crearme una vida nueva — ¿puede alguien empezar una nueva vida? —, sino de coser algunos retales nuevos a mi vieja vida.

Ella, la habitación, el cubo, un hexaedro, desplegada, una cruz, en la parte norte de la ciudad, paredes, vértices, aristas, techo, suelo. De ninguna manera, ella, la habitación, libre de contagios, infecciones, virus y pensamientos malvados, a pesar de que desplegada fuera una cruz. Con determinación superaría en ella, la habitación, algunos obstáculos e intentaría pensamientos elevados y bellos. No sé si en ella, la habitación, lograría alcanzar las esperanzas puestas en ella, la habitación, y en mí, pero estoy seguro de que si pasaba mucho tiempo en ella, la habitación, evitaría muchos problemas. ¿Pascal puro? Ahora urgía cambiar de sitio la mesa. De esta manera la lámpara, enorme y pesada, dejaría de ser espada de Damocles. Como solo tenía dos sillas, las propias sillas me decían que debía aprovechar la carencia para ganar espacio. Encajé la mesa en el vértice de las dos paredes más cercanas a la ventana, así eliminé dos lados de la mesa y dejé los otros dos libres para las dos sillas. Desde cualquiera de las dos sillas podría mirar de vez en cuando a la calle y comprobar que no pasaba nada fuera de lo corriente. Quiero decir que vería todo normal aunque no fuera normal; al fin y al cabo yo estaba acostumbrado a ver el mundo así y juzgaría el trozo del mundo que viera por la ventana de la habitación como habitual y conveniente. Y lo mejor sería cuando viera pasar gente por delante de la ventana.

La arrendataria y yo nos pusimos de acuerdo. Aún no habíamos llegado a un acuerdo y ella, la arrendataria, ya hablaba de manera que no dejaba lugar a las dudas y yo ya pensaba como habitante de la habitación. Me sentía bien cuando llegaba a un acuerdo sin llegar al acuerdo.

Ella, la arrendataria, me trajo dos mantas y un juego de sábanas. Se lo agradecí y dije sin razón alguna que yo también traería mis cosas. Ella, la arrendataria, dijo entonces que no quería engañarme, que aquella habitación era muy fría, que estaba orientada al norte precisamente en la parte norte de la ciudad. «Un norte encima de otro norte», así ella, la arrendataria. ¿Por eso dos mantas? Yo entonces no veía con claridad. Cuando no veo con claridad es cuando creo que veo con claridad, mientras que cuando tengo lucidez creo que estoy ofuscado. Dije que no era un obstáculo, él, el frío, para lo que tenía en mi mente y que por otra parte un norte sobre otro norte era algo nuevo de lo que podría

aprovecharme. Ella, la arrendataria, no sonrió. Creo que mi comentario fue interpretado por ella, la arrendataria, con suspicacia.

Me gustará mucho llegar cansado a esta habitación. Disfruto como un oso cuando está cansado y llega a su madriguera. Por supuesto hay madrigueras y madrigueras. Esta, en el norte sobre el norte me augura alegrías, excelentes descansos, siempre que me proteja del frío. Por ahora todo son conjeturas. ¡Cuántas veces he imaginado las cosas de una manera y han resultado ser muy distintas! ¿Qué sucede entre mi imaginación y la realidad? Hay un desajuste o desequilibrio. No vamos a la par. No digo que todo salga igual como lo imagino, solo que no cambie de tal manera que no reconozca el resultado. Al fin y al cabo imaginación y realidad tiene mucho en común. Aquí, en la habitación, intentaré poner paz y limpiar la habitación del sucio paso del tiempo. Mientras yo esté en ella, en la habitación, en el cubo, un hexaedro, seis caras que desplegadas en el suelo forman una cruz, el tiempo no será el del exterior, aquí, en la habitación, lograré un tiempo más lento. Inevitablemente algunas infecciones entrarán en la habitación sin mi consentimiento. Cuento con ello.

Me engaño una vez más. ¿Acaso seré otro hombre en esta habitación? ¿Acaso dejaré mi alma podrida afuera? Seré el mismo, pero en la habitación podré manejar la situación, de hecho es el único lugar donde seré capaz de manejarme con alguna seguridad. Cuando salgo de ellas, de las habitaciones, aunque soy el hombre que entró en ellas, las habitaciones, siento fuerzas para continuar y cuanto más prolongado es mi estancia en ellas, en las habitaciones, más convencido salgo de ellas. Así me ha pasado en todas las habitaciones que yo he sido. Es la soledad que yo soy allí, en las habitaciones, la que me fortalece. Después, en el exterior, cada encuentro me debilita.

Cuando era un niño compartía la habitación con dos de mis cuatro hermanos y no guardo malos recuerdos de entonces. En aquella habitación compartida, a pesar de todo, ya era capaz de aislarme. A veces sueño que uno de mis hermanos se apropia de mi cama. Por lo demás, no recuerdo discusiones ni que la convivencia fuera una carga. Hoy no me explico cómo en un espacio tan pequeño podía aislarme mientras los dos hermanos estaban allí. ¿Era yo entonces, en la infancia, un niño sociable? Tengo muchas lagunas acerca de mi infancia. La recuerdo como un tiempo muy largo. Nunca parecía tener fin mi infancia. Viví setenta inviernos, entonces, en mi infancia y setenta veranos y los inviernos y los veranos duraban años. Ahora me doy cuenta de que yo no me sentía apurado por el tiempo —por otra parte algo normal en un niño—. Vivía a oscuras. Si hubiera disfrutado de la sensación de un tiempo tan lento como el de ahora estoy convencido de que habría evitado algunas equivocaciones.

La habitación compartida también estaba orientada al norte. Entre el norte y la habitación, ni una barrera que nos protegiera del viento del norte y a pesar de estar expuestos así, jamás en ella, en la habitación, tuvimos frío. Teníamos entonces otras cosas en la cabeza.

Todos los cambios sucedidos desde entonces fueron lentos, de modo que la adaptación a ellos no fue violenta. Cuando vuelvo atrás no reconozco el mundo de mi infancia, de tan sencillo como era, entonces, y me veo como un niño, yo, tan alejado de mí que no soy yo. Mis padres, los veranos, las calles, la habitación, ¿qué fue de todo? Vivo en un mundo violento, tiene forma, el mundo, de cabeza de perro. Me sobrepongo a la violencia del mundo gracias a mi embotamiento. ¿Podría soportar la violencia del mundo un hombre lúcido? En todas las habitaciones que yo he sido fui más libre que al aire libre, porque en ellas, las habitaciones, la única amenaza para mí era yo mismo, allí, en ellas, las habitaciones, sin las amenazas de los hombres yo podía concentrarme en algo, en ellas, las habitaciones despojadas de muebles y objetos superfluos, ganaba espacio y ahorra tiempo.

Esta habitación será ocupada por mí, su habitante, una habitación habitada por su legítimo habitante; a su vez, el habitante, yo, seré habitado por la habitación. Otros hombres vivieron aquí. ¿Experimentarían este espacio como lugar afectuoso? Porque si así fue la habitación me recibirá con hospitalidad y me ganaré a la habitación con poco esfuerzo. Únicamente dentro de ella, la habitación, ella será habitación y yo su habitante. Ambos seremos lo que debemos ser, una relación en la que las dos partes conocen sus limitaciones y saben cómo comportarse para agradar.

Todo lo que yo pueda ser sé que lo seré si llego a serlo dentro de una habitación y todo lo que no soy estará fuera de ella. Así, en las habitaciones descubro un proceso de reconocimiento, mientras que en el exterior pierdo el tiempo. Adentrarme en la habitación como un explorador se adentra en un bosque, adentrarme no me he adentrado hasta el corazón del bosque, así todavía en la habitación tengo algunas posibilidades.

¿Cuándo me distancié de las palabras que ella, la arrendataria, me lanzaba? Aquel parloteo se quedaba en mitad del camino. Al fin ella, la arrendataria, me dio una llave de la casa. Con esa llave yo podía entrar en la casa y una vez dentro llegar hasta la habitación.

EN LA BIBLIOTECA

¿Por dónde empezar? Aún quedan las huellas de muchos comienzos, pero no hay pasos intermedios ni finales. En realidad persigo la dicha a cañonazos y en realidad todo es lamentable cuando voy al fondo de las cosas. No sé por qué los hombres caminan dándose importancia. Sí, en realidad todo podría ser mucho peor. Empieza a flaquear mi forzado optimismo. Con las palmas de las manos hacia afuera me expongo y exclamo: «¡Quiero la paz!». ¿Hay algo más pacífico que la paz? Muchas veces aprobamos cosas que no merecen ser aprobadas. Hasta que yo no merezca mi aprobación seguiré inquieto. ¿Resignarme? ¿Aceptar? Una confusión enorme. Me digo que todo lleva su tiempo, pero el tiempo me lleva y se lleva todo. Mientras tanto, tan pronto como veo la ocasión, robo bolígrafos. Son pequeños hurtos dentro del gran robo del tiempo. Faltaba un día para mi Primera Comunión, cuando el sacerdote me sorprendió robando tres bolígrafos de su escritorio. Un asunto inoportuno cuando se está tan cerca de recibir a Dios por primera vez. Y ahora les confieso que el viaje desde aquel día hasta hoy —han pasado cuarenta y cinco años— ha sido un viaje muy corto. Los detalles sobre este viaje no merecen la pena, esto, aparentemente. El viaje, aunque corto, tuvo etapas de recuperación ¿Cómo si no hubiera podido aguantarlo? Muchas veces, para ganar tiempo, corría sin atender al paisaje ni a las personas. ¡Enorme equivocación! Son conclusiones que desvelo con una intención.

Un martes a principio de otoño tuve la impresión de que el viento había amainado. Hoy recuerdo aquella impresión y sé que era cierta. ¡Mejor así!

No quiero mostrarme impaciente, el público se fija más en el impaciente que en el paciente y no me gusta ser mirado, aunque ahora en esta biblioteca concurrida me muevo con los movimientos y los gestos de un hombre impaciente. Este asunto me aburre, entonces me impaciento más. Los lectores levantan la vista de los libros para mirarme, no todos al mismo tiempo. Cualquier cosa distrae a ellos, los lectores. ¿Qué se puede esperar de unos lectores aficionados? Me acucia un deseo de teorizar sobre estos lectores. No cederé. Tanto deseo es fastidioso. No paro de reprimir deseos. Creo que podría vivir con un par de deseos. Por supuesto, tendría que afinar mucho. Sería complicado el día a día, sobre todo al principio.

SÓLLER

Una carretera llana y en buen estado une el pueblo de Sóller con el puerto de Sóller. El pueblo y el puerto no están juntos. Distan unos cinco kilómetros. Si uno no fuera advertido creería que el puerto de Sóller es un pueblo y que el pueblo de Sóller no tiene puerto, pues está ubicado en el interior. Se da el extraño caso de que un pueblo del interior tiene un puerto de mar. El puerto está comunicado con el pueblo y el pueblo con el puerto por una carretera que bordea el mar y por la vía férrea. Un tren antiguo con los vagones de madera circula por el camino de hierro. Los habitantes del pueblo y del puerto apenas utilizan este tren para ir del pueblo al puerto o del puerto al pueblo. El tren, que debió de nacer con buenas intenciones, ahora ha degenerado en un tren turístico.

Entre el pueblo de Sóller y el puerto de Sóller, además de la carretera llana y en buen estado y de la vía férrea, hay otro camino, sin duda el más bello y duro. Es un camino de montaña. Tiene unos tres kilómetros más que los otros. En este caso la belleza se impuso a la dureza. Ahora casi nadie utiliza este camino, excepto algunos excursionistas alemanes. Cuando descubrí este camino me lo apropié para correr. Casi siempre corro solo por él, aunque algunas veces viene el amigo Pep conmigo. Una sola vez corrí por este camino de montaña con Dolores y Pedro. Al día siguiente de esta carrera Dolores me abandonó y unos dos meses después Pedro se suicidó. Creo que acierto si aseguro que esas tristes decisiones no guardan relación con aquella carrera.

Hice una sola vez andando el camino de la montaña, desde el pueblo de Sóller hasta el puerto de Sóller. Anduve aquel camino acompañado de una cubana, llamada Sofía, la persona más malvada que he conocido, como supe con el tiempo y que entonces desconocía.

En otra ocasión, mientras corría con Pep por el camino de la montaña descargó sobre nosotros una tormenta bellísima.

Hace quince años que salí de Mallorca y desde entonces no he vuelto. ¿Habrá sido abierto un nuevo camino entre el pueblo de Sóller y el puerto de Sóller?

EL VIAJE

Iniciaste el viaje sin prepararte. Un día —ahora comprendes que impulsado por la desorientación— pediste una bicicleta a un amigo de tu hermano. Recuerdas que te la prestó con agrado. Llenaste la mochila y saliste de casa hacia el norte. Entonces no tenías las preocupaciones de ahora. Entonces eran otras preocupaciones. Las de hoy tienden a reducirte a un espacio pequeño y aquellas, según parece, necesitaban espacios amplios. El primer día recorriste unos ochenta kilómetros. Solo recuerdas el cansancio. Ni siquiera dónde pasaste la noche o algún paisaje del primer día. Después empezaste ya a subir cuestras y a bajarlas, primero entre paisajes amarillos y secos. Alrededor del tercer día continuabas subiendo y bajando; ahora los paisajes eran verdes y húmedos. Un avión pasó muy cerca de ti y luego otro, tan juntos y tan cerca que te pareció un truco de magia. Entonces estabas tan cansado que casi abandonas la bicicleta en la cuneta para seguir el rastro de los aviones campo a través y así encontrar el aeropuerto, que sin duda estaba por allí. Allí, en el aeropuerto, sacarías un billete y apenas en tres horas estarías en casa. Si no lo hiciste fue porque la bicicleta no era tuya. ¿Cómo explicar al amigo de tu hermano que volvías sin la bicicleta? En verdad no hubieras tenido que explicarte; pasaron años hasta que volviste a ver al amigo de tu hermano. Entonces, cuando coincidisteis, no te preguntó por su bicicleta. ¿Se acordaba él, el amigo de tu hermano, de ella, su bicicleta? Tu padre decía: «No prestes nada a un amigo, te quedarás sin el amigo y sin lo prestado». Te has dado cuenta con los años de que él, tu padre, decía cosas acertadas.

Pedaleabas por la mañana, después comías, descansabas unas dos horas y luego volvías a la bicicleta hasta casi la puesta del sol. Cuando quedaba poco para oscurecer buscabas un lugar para dormir. Un día dormiste en un campamento ocupado por jóvenes; ellos, los jóvenes, estaban en una especie de convivencia religiosa. Había allí una chica muy guapa y además simpatiquísima. Siempre has creído que aquella noche se enamoró de ti. Por lo demás la noche fue terrible. Pasaste mucho frío y escuchaste durante todo el tiempo ruido de trenes y de hombres que parecían vomitar. Ella, la chica, te escribió cartas durante años y te felicitaba todas las navidades. Incluso vino a verte, pasados ya unos diez años desde aquel encuentro. Crees que quedó decepcionada cuando te vio de nuevo. ¿Cómo explicar que desde entonces no haya dado señales de vida? Ella, la chica, Natalia, era un destino para ti igual que lo fueron Alicia, Dolores e Isabel. Estas cosas se entienden con el tiempo, como los consejos de tu padre, y es bueno entenderlas en algún momento.

Aquel viaje no acabó cuando volviste a casa. Entonces, más bien, empezó, él, el viaje. Ahora, entonces, el viaje desde dentro, como se debe viajar.

Alrededor del quinto día estabas tan agotado que por la tarde subiste a un tren. Cuando el tren llegó a su destino dormías y pasaste unas cinco horas allí, en el vagón vacío, dormido, hasta que un hombre —¿limpiador, revisor, maquinista?— te vio y te despertó. ¿Volverás a tener un sueño tan plácido con

aquel? El viaje ya hubiera merecido la pena por aquel sueño tan logrado. Llegaste hasta las raíces del sueño. Ya no podías alcanzar más profundidad. Más allá será la muerte.

MANUALES

En autopistas y autovías un camión debe circular a una velocidad que no supere los noventa kilómetros por hora. Se considera que en estas vías un camión circula a una velocidad anormalmente reducida cuando no alcanza los sesenta kilómetros por hora. Un turismo, en autopistas y autovías, puede circular entre los ciento veinte y los sesenta kilómetros por hora, así también las motocicletas, pero los ciclomotores tienen prohibida la circulación por autopistas y autovías, sin embargo, una bicicleta puede circular por el arcén de una autovía, no así de una autopista. Todo esto me resulta curioso. Un ciclista puede quitarse el casco cuando hace mucho calor o sube una pendiente muy pronunciada. El casco calienta muchísimo la cabeza. Por otra parte el casco retiene los pensamientos y esto puede distraer al ciclista. Esto último es una aportación mía.

Es conveniente que el motorista utilice gafas cuando su casco carece de visera. A ciento veinte kilómetros por hora una abeja o un tábano son proyectiles capaces de reventar los delicados ojos del motorista. Por otro parte, aun sin insectos, los ojos sufren mucho a esta velocidad y el motorista no vería con nitidez. Dudaba si apuntar aquí algo tan obvio.

¿Qué espíritu ordenado no sentirá pasión por un manual de tráfico?

En el manual está todo regulado como en las Leyes de Manu. Y así debe ser. Cuando algo es habitual y depende de uno, si se deja al azar origina situaciones muy desagradables. ¡Cuánto más aquello que depende de muchos!

